



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**EL ORIGEN DEL RECHAZO HACIA LA VEJEZ: SU REPRESENTACIÓN
COMO OTREDAD**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

Licenciada en filosofía

PRESENTA:

AMAIRANI DAMARIS GARCIA MEJIA

ASESOR:

DR. ANGEL ALONSO SALAS

Facultad de Filosofía y Letras





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

“Nadie acepta ser viejo porque nadie sabe serlo,
como un árbol o como una piedra preciosa”.

Silvina Ocampo

Agradecimientos

Más que un trabajo escrito, esta tesis representa el esfuerzo (intelectual, anímico, humano y moral) que he ido desempeñando a lo largo de mi carrera y, más aún, de gran parte de mi vida. Lejos de ser simples páginas que abordan un tema académico, son algo íntimo, pues reflejan mucho de lo que soy y de lo que quiero ser. Reflejan parte de mis propósitos y de mis inquietudes más humanas. Reflejan un proceso de sensibilización que, según espero (y me aseguraré de concretar), es solo el comienzo del crecimiento que me queda por delante. Si bien este trabajo es la culminación de una parte o aspecto de mi vida, también es un punto de inicio para un futuro que, si bien se ve complicado e implica miedos y retos, también pinta hoy con muchos más colores que antes.

No puedo decir que este trabajo es solo mío, porque hubiera sido imposible de concretar sin el apoyo de numerosas personas: todas ellas son puntos cruciales en mi camino. Cada una me ha dado incontables lecciones y, si bien algunas personas no siguen hoy conmigo, con solo cruzarse en mi vida, me han enseñado y sensibilizado. Hoy en día, no puedo decir que soy lo que soy sin ellas; y creo firmemente en que hay que valorar y agradecer incluso a aquel extraño que nos hizo detenernos para mirarlo a los ojos.

Antes que nada, quiero agradecer a mi madre. Esa mujer que ha sido la y lo más incondicional en mi vida. No son solo palabras, es el pilar y la fuerza. Agradezco su comprensión, porque solo ella sabe lo que la vida, la carrera, la tesis, e, incluso las cosas más banales, representan para mí. Nunca podré dejar de agradecerle, porque es un motor que me invita a repensar el mundo y a buscar mejoras para que este esté a la altura de personas como ella. Del mismo modo, y no menos importante, quiero agradecer a mi padre, porque ha sido fuente de fuerza e inspiración. Me enseñó que se deben seguir los sueños, por más complicados que se miren, que lo que se haga debe hacerse desde la pasión, y que dedicar la vida y la reflexión a temas como este es una de las labores más nobles y humanas. Le agradezco a ambos su apoyo incondicional en todos los aspectos de mi vida.

Le agradezco enormemente a Ronald, mi hermano, quien se ha mantenido incondicionalmente a mi lado y me ha ayudado a ver el futuro con menos miedo,

confiando en que pase lo que pase estará conmigo (y yo con él). Le agradezco a Enma, mi hermana, por su ternura, amor, escucha, apoyo incondicional y comprensión. Ambos son fuerza e inspiración en mi vida.

Asimismo, quiero agradecer a mi asesor, Angel Alonso Salas, quien tuvo paciencia y confianza en mí. Me dejó fluir en este trabajo y, al mismo tiempo, fue guía y escucha. Sus conocimientos y cualidades humanas van de la mano y eso para mí es algo inspirador en la filosofía. Le agradezco también a mis lectores. A Ramón Chaverry, por su confianza, amistad y apoyo constante; y por las puertas que me está ayudando a abrir. A Leticia Flores Farfán, porque con ella comenzó todo este proceso, me ayudó a definir mis inquietudes y a perder miedos en esta travesía. Es una mujer fuerte, inteligente, amable e inspiradora. A Pedro Enrique García Ruíz, porque sin saberlo, también fue fuente de inspiración, con sus clases y con sus temas. Le agradezco porque fue uno de los primeros puntos cruciales. A Silvana Rabinovich, a quien encontré en la recta final de este camino, pero que, sin duda, deja aportaciones invaluable en este trabajo. Una mujer amable, sabia y humana.

No puedo dejar de agradecer tampoco a un ser incondicional que me ha enseñado que el amor y el apoyo no requieren ni siquiera de palabras, sino que basta con una bola de pelos, unos ojos aceituna, un mimo, y un estar al lado cada día: Nusza. Tampoco puedo dejar de agradecer a mi amigo incondicional en esta travesía: Alexis, a quien conocí desde el primer día y agradezco tener hoy al lado. Naufragamos en el mundo de la filosofía juntos y eso es algo invaluable en un camino que a veces parece ser tan solitario. A personas importantes, que me han enseñado el valor de la compañía y escucha, como Oscar, quien ha seguido apoyándome y me ha visto crecer.

Por último, y no menos importante, quiero agradecer a la vida, con sus complicaciones y con sus tiempos. A la vejez, por inspirarme y por volverse una amiga y un reto. A los otros, en el sentido más amplio, porque sé que de una u otra manera han hecho que hoy esté aquí.

Índice

1. Introducción.....	1
2. Panorama general de la vejez: qué se entiende por vejez.....	7
2.1 Diferencia entre vejez y envejecimiento.....	11
2.2 Jean Ámery: distinción entre vejez y envejecimiento. Rebeldía o resignación	17
3. Antecedentes históricos de cómo se ha percibido a la vejez en la filosofía	23
4. Aspectos éticos que engloba la vejez	39
4.1 La otredad.....	48
4.1.1 Simone de Beauvoir.....	50
4.1.2 Emmanuel Lévinas	64
5. El rechazo hacia la vejez: su representación como otredad	83
5.1 Representación.....	86
5.1.1 La representación de la vejez como un límite	89
5.2 Rechazo.....	93
5.3 Particularidades del rechazo hacia la vejez representada como otredad	97
5.3.1 La vejez: la otredad que potencialmente se halla en cada ser humano.....	100
6. Aspectos que influyen en la representación de la vejez como otredad (¿de dónde surge la representación de la vejez?).....	105
6.1 Prejuicios en torno al cuerpo: cuerpo envejecido.....	106
6.2 El anciano visto como un sujeto inservible para el sistema	119
7. Conclusiones.....	128
Referencias	131

1. Introducción

Sin duda, uno de los temas que aquejan a cualquier ser humano es el de la vejez. Esto se debe a que más que un simple tema, la vejez es algo vivencial. Es una etapa de la vida que está llena de experiencias y que no se reduce al ámbito teórico o especulativo. Hablar de vejez implica grandes complicaciones y retos. Por un lado, hay muchos enfoques desde los que se puede abordar; por el otro, al ser un tema tan amplio y complejo, parece que ninguno de estos enfoques o áreas termina de reflejar la gran dimensión de todo lo que la vejez implica. Esto deja entrever que lejos de que la teoría sea innecesaria para abordar este tema, es crucial porque puede permitir ahondar en la multiplicidad de factores por los que la vejez se encuentra atravesada. Sin embargo, al abordar esta temática de forma teórica nunca hay que perder de vista su lado práctico y vivencial, porque esto permite tener presente que no hay verdades últimas en su discusión, sino que en la propia búsqueda o diálogo se van descubriendo muchas posibles soluciones.

Aunque no se repare en ello, la vejez se halla en todas las personas desde el momento en el que nacen, como un futuro inevitable. Por ello, es un tema que incumbe a todos, en tanto seres humanos. Permanecer ajenos a lo que acontece con la vejez es huir y negar de una parte de uno mismo. Aunque una persona no se encuentre en esta etapa de la vida, naturalmente, si vive lo suficiente, llegará a ella. En la vejez se halla en entredicho el presente y el futuro de los otros y de uno mismo. Resulta interesante la incomodidad que el hablar del tema implica, pues, como Simone de Beauvoir señaló, se considera que es un tema triste o del que los jóvenes prefieren no hablar¹. Se le asocia con la decrepitud, el declive y la muerte. Incluso, el hecho de observar a los cuerpos envejecidos despierta malestar en las personas.

Si bien la vejez es un tema que ha sido y está siendo ampliamente abordado por áreas como la sociología, la psicología o la antropología, e incluso existen áreas enfocadas totalmente en su estudio, como la gerontología y la geriatría, resulta indispensable que el tema sea tratado también desde la filosofía. Al hablar de la vejez desde esta disciplina

¹ Cfr. Simone de Beauvoir, *La vejez*, p. 8

uno se enfrenta a retos interesantes. En la antigüedad varios filósofos reflexionaron acerca del tema, sin embargo, con el paso del tiempo la vejez ha pasado a ser abordada principalmente por las disciplinas sociales o médicas y se dejó un poco de lado en las reflexiones filosóficas. Contrario a lo que puede creerse, si uno profundiza en el tema, puede notar que se trata de un tema ético, ontológico y político por excelencia, incluso, se halla atravesado por varios dilemas bioéticos.

Resulta indispensable ir abriendo mayores espacios en la filosofía para reflexiones sobre temas como este. En este trabajo, la vejez será abordada desde la Ética. El problema central será responder a la siguiente pregunta: ¿Cuál es el origen del rechazo hacia la vejez? Para responder a ello, el tema de la otredad surge como una cuestión esencial. Se sostendrá que el rechazo hacia la vejez tiene su origen en la representación peyorativa que se tiene de esta etapa de la vida y de los sujetos que la viven: los ancianos o adultos mayores. Esta representación posiciona a la vejez como una otredad. En ella, influyen numerosos aspectos, sin embargo, destaca que es una representación peyorativa o negativa que fomenta el rechazo y que impide que los adultos mayores puedan representarse a sí mismos. Todos estos aspectos fomentan su posicionamiento como otredad.

Se habla de representación porque esto implica que no se trata necesariamente de lo que la vejez implica realmente, sino que es una imagen que se forma de ella y que le atribuye un sinnúmero de características peyorativas, mismas que no siempre coinciden con su realidad y que suelen basarse en meros prejuicios o ideas arraigadas en el pensamiento social. Esta representación puede o no coincidir con la realidad de la vejez, sin embargo, tiene consecuencias importantes porque se cataloga a los adultos mayores con base en ella, limitando su posibilidad de despliegue: su libertad para desplegarse en el mundo y para representarse a sí mismos.

Para abordar el tema de la otredad se seguirán las argumentaciones de Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo*. De Beauvoir fue una importante filósofa francesa. Interesada por temas sociales y políticos, se mantuvo firme en la lucha por el reconocimiento de la mujer y de los grupos segregados. En sus obras resalta esta lucha y búsqueda por cimentar nuevos modos de relación con la otredad. *El segundo sexo* es

considerado uno de los primeros y más importantes aportes para el feminismo. En esta obra la autora cuestiona el papel que las mujeres han tenido en la sociedad, indagando qué implica ser mujer en el mundo y cómo su condición lamentablemente siempre se ha visto sujeta al hombre.

También escribió una obra enfocada en el tema de la ancianidad, la cual se titula *La vejez*. En ella, la autora critica el rechazo, la marginación y los malos tratos a los que se somete a los adultos mayores. Analiza el papel que se le ha dado a la vejez en las distintas sociedades en distintas épocas. Asimismo, cuestiona cuál es la relación que el anciano tiene consigo mismo. Sus obras son sumamente interesantes y completas porque implican un análisis exhaustivo de los diferentes ámbitos, épocas y sociedades en los que los sujetos rechazados (en este caso, las mujeres y los ancianos) se han desarrollado.

En *El segundo sexo*, De Beauvoir argumenta la existencia de un dualismo entre lo Mismo y lo Otro. Bajo esta lógica, desarrolla su pensamiento en torno a la otredad. Sostiene que siempre que dos colectividades o conciencias se enfrentan, una adquiere el papel de Sujeto o Uno, en tanto esencial y Absoluto y, desde ese lugar, posiciona a la otra colectividad o conciencia como su opuesto, como lo Otro, diferente e inesencial. Siguiendo esto, se sostendrá que la sociedad, en tanto Uno, ha posicionado a la vejez como lo Otro, desde donde se le segrega y rechaza. La vejez, se vuelve un problema filosófico y ético, en tanto que, como muchas otras formas de otredad, ha sido invisibilizada y sometida con base en la representación que se tiene de ella, pues no es esencialmente lo Otro, sino que es ahí donde se le posiciona.

Se sostendrá que el rechazo hacia la vejez tiene su origen en la representación peyorativa que se tiene de esta otredad, el cual proviene de la sociedad que, en tanto mismidad, lo restringe de representarse a sí mismo y lo somete a numerosos tratos crueles. Para sostener esto, también se seguirán las argumentaciones que Simone de Beauvoir expone en su obra *La vejez*, así como las argumentaciones de pensadores como Jean Améry, Martha Nussbaum y Fernando Lolas Stepke. Asimismo, se abordará el pensamiento que algunos filósofos sostuvieron frente al tema, lo cual permitirá percibir su gran influencia en la representación actual de la vejez.

Si bien se sostendrá que la representación predominante de la vejez, misma que sigue vigente, la posiciona como una otredad en el sentido en el que De Beauvoir argumenta en su obra, se argumentará que es elemental cambiar el modo de ver a la otredad para concretar el reconocimiento real de los grupos que son posicionados en ese lugar. En este punto, es donde el pensamiento de Emmanuel Lévinas se vuelve de vital importancia, pues su concepción de la otredad será tomada como un buen punto de partida para repensar las relaciones intersubjetivas y la responsabilidad que todos los seres humanos tienen en ellas, particularmente, en el caso de la vejez.

Lévinas, al igual que De Beauvoir, fue un filósofo que vivió durante la época de la Segunda Guerra Mundial. Esta vivencia despertó en ambos pensadores una profunda preocupación por las problemáticas sociales y por buscar repensar las bases sobre las que las relaciones intersubjetivas se dan. Esta preocupación se percibe de un modo peculiar en Lévinas debido a sus orígenes y vivencias. Es un filósofo lituano y judío que vio morir a gran parte de sus seres cercanos en esta guerra. Él mismo estuvo encerrado en un campo de concentración. Sin duda, esto influyó en gran medida en su pensamiento, donde predomina una preocupación ética por la otredad.

El pensamiento de Lévinas es predominantemente ético. El autor sostiene que todo ser humano tiene una responsabilidad para con el otro. Esta responsabilidad antecede a todo, incluso a toda elección o toma de posición: se da como una exigencia. En este sentido, todo ser humano tiene una responsabilidad para con todos los otros seres humanos. Esta responsabilidad es ilimitada e irrenunciable y denota que hay un deber moral hacia los otros, sobre todo ante aquellos que se hallan desprotegidos.

Siguiendo el pensamiento de Lévinas se sostendrá que es importante cambiar el modo de ver a la otredad para así poder cambiar las relaciones que se dan en la realidad práctica. Partir de su pensamiento orienta a una preocupación genuina por los otros. En el caso de la vejez, se puede percibir que hay una responsabilidad ilimitada hacia ellos y que, como seres responsables, todos deben buscar responder ante su auxilio para cambiar su situación en el mundo.

Es elemental cambiar los modos de relación con la vejez, por ello, también es crucial abordar a la vejez desde la teoría, porque nombrarla también es una forma de

visibilizarla. No debe perderse de vista que reflexionando y hablando acerca de un tema se da un importante paso para transformar la realidad. El reflexionar filosóficamente acerca de la vejez puede dar lugar para comprender una parte esencial de la realidad del ser humano, contribuir a crear una nueva ética hacia los adultos mayores (y hacia la otredad en general), comprender de dónde surge el rechazo hacia esta forma de otredad, e incluso, cuestionar las formas de rechazo y de violencia que se ejercen contra ella.

Desde la Ética, se puede cuestionar si es posible abordar el tema para abrir un espacio para el reconocimiento de este tipo de otredad: para una nueva ética de la vejez, que deje de lado la exclusión social y que dé pie a la comunicación intergeneracional. La relevancia de cuestionar cuál es el origen del rechazo hacia la vejez radica en que es el punto de partida para proponer nuevas formas de acercamiento hacia los adultos mayores y hacia uno mismo, partiendo del respeto, del reconocimiento y del cuidado. Hacer esta cuestión y responderla es crucial para que, con base en ello, se den posibles soluciones: que se propongan nuevas acciones y actitudes, que dejen de lado las representaciones peyorativas que se tienen de la vejez y de los ancianos. Se debe partir de la comprensión de que la diferencia no debe implicar una jerarquización arbitraria donde se catalogue a lo diferente en un lugar lejos, o incluso, debajo de lo normalizado.

La vejez es un tema que demanda un análisis ético, ya que, en tanto seres morales, todas las personas tienen una gran responsabilidad con las distintas formas de otredad. En gran medida se trata de actuar desde el reconocimiento de la diferencia para acabar con las brechas generacionales que imposibilitan o limitan la convivencia con los ancianos, que los dejan en el aislamiento, y que los colocan con una serie de características despreciables. Por ello, se trata también de poner especial atención en las representaciones que se forman de la vejez, tanto a nivel individual como social, pues, sin duda, estas repercuten en las demás generaciones.

Resulta indispensable, entonces, que, desde la Ética, cuyo propósito principal o el más básico es reflexionar sobre la relación entre el Yo y los Otros, se reflexione sobre la vejez, ya que esta es una etapa de la vida que engloba a personas que exigen y merecen un mejor lugar en el mundo. Además, no hay que perder de vista que al abogar por la vejez se está abogando por todos los seres humanos y, de hecho, también se está abogando

por uno mismo: por el propio futuro. Hay que dar las bases para que cualquier persona que llegue a esta etapa llegue sin temores, así como para que la vejez sea vista como una etapa más de la vida, que no menoscaba al ser humano: que no le quita nada, ni su valor, ni sus metas o aspiraciones, ni mucho menos sus derechos.

2. Panorama general de la vejez: qué se entiende por vejez

A lo largo del tiempo han variado las edades que se utilizan como parámetros para definir a la vejez. Uno de los problemas para proponer una edad concreta en la que los sujetos entran en esta etapa es que se considera que la vejez no depende únicamente de elementos cronológicos (el tiempo vivido o una edad alcanzada), sino que, dependiendo de los hábitos y de muchos otros factores derivados del estilo e historia de vida de cada persona (factores económicos, sociales, laborales, de salud, de alimentación, etc.), cada individuo entrará en dicha etapa en una edad diferente y, por ende, también la experimentará de distinta manera.

Si bien lo anterior es real y muchos expertos en el tema reafirman la idea de que cada sujeto envejece de diferente modo y llega a la vejez en circunstancias diferentes, algunos factores, como el incremento y el envejecimiento de la población, el aumento de la esperanza de vida, la disminución del número de nacimientos, y un importante desarrollo científico, tecnológico y médico, han propiciado que mundialmente se adopten parámetros similares (una edad promedio) para delimitar cuándo comienza la vejez.

Lo anterior, se debe a que “aunque puede discutirse cuándo empieza [la vejez], en realidad, hay marcas y señales que permiten identificarla”². Dichas señales, que son principalmente cambios corporales, han sido empleadas para proponer una edad concreta en la que las personas entran en la vejez y pueden ser llamadas adultos mayores. De este modo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) considera a los 60 años como la medida estándar para referirse a una persona como adulto mayor, de edad avanzada o de la tercera edad³. Esta edad es propiamente el inicio de la vejez, entendida como una etapa de la vida humana.

Tomar a los 60 años como punto de partida de la vejez tiene consecuencias éticas, políticas y sociales. México es uno de los países que adoptó dicho estándar y a partir de dicha edad las personas comienzan a recibir beneficios y apoyos específicos para los adultos mayores. En otros países dichos beneficios comienzan a partir de una edad

² Fernando Lolas Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 63

³ <<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/envejecimiento-y-salud>> [Consulta: 20 de octubre, 2020]

similar, siempre rondando los 60 o 65 años. Sin embargo, puede esperarse que, debido al rápido incremento de este sector de la población, mismo que se espera que continúe en los próximos años, la edad para recibir dichos beneficios pueda cambiarse por una edad mayor, pues evidentemente esto representa gastos significativos para los gobiernos y los obliga a tener nuevos programas y políticas públicas.

Cabe señalar que antiguamente resultó complicado explicar qué es la vejez y cuáles son sus causas, debido a que era un tema que generaba incomodidad y del que se conocía muy poco. Se prefería no hablar de ello, debido a que todo aquello relacionado a la decadencia humana generaba rechazo y se mantenía en el silencio. Aunado a ello, el hecho de que la mayoría de las personas murieran jóvenes ocasionaba que pocos llegaran a la vejez y, por ende, no se podía estudiar este fenómeno de un modo profundo, ni mucho menos concretar una edad como el comienzo de esta etapa. Sin embargo, con el paso del tiempo cada vez más personas pudieron llegar a edades más avanzadas y se hizo evidente la necesidad de abordar y estudiar el tema. Ya no se trató solamente de una cuestión de interés meramente intelectual, sino de urgencia social.

En la actualidad, la vejez se entiende como un fenómeno biológico que es inherente a la vida y que resulta evidente debido a las singularidades que se dan en el organismo humano. También se sabe que trae consigo importantes cambios psicológicos; de hecho, ciertas actitudes o conductas se consideran como propias de la vejez. Aunado a ello, tiene una dimensión existencial propia⁴, la cual se ve fuertemente afectada por cómo el anciano experimenta el tiempo. La relación con el tiempo cambia significativamente en la vejez. El adulto mayor suele remitirse más a su pasado (a sus recuerdos) que a su futuro, pues considera que el futuro es muy corto, o que verlo implica reconocer la proximidad de la muerte. Este cambio en la percepción del tiempo en la vejez afecta también el modo de percibir, de vivir el mundo y de desarrollar la propia historia de vida.

La vejez no debe ser entendida como un mero hecho biológico, existencial o psicológico, sino que estos tres aspectos (y otros más) se interconectan en esta etapa de la vida. Por lo mismo, el desequilibrio en uno de ellos puede afectar significativamente a los otros.

⁴ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 15

Mantener el bienestar del adulto mayor en todos estos aspectos resulta crucial, ya que únicamente así se consigue la plenitud y el equilibrio. Siguiendo esto, y contrario a lo que se sostenía en la antigüedad, la vejez no es un tema que deba ser tratado solamente por la medicina o la biología, sino que debe ser abordado por diversas áreas y disciplinas, tanto sociales como humanísticas. Solo así se puede tener un acercamiento real al tema, sin dejar de lado sus problemáticas y toda la dimensión que implica.

Es importante entender a la vejez como una etapa atravesada por una multiplicidad de factores que deben ser procurados por igual, para que así, los sujetos puedan desarrollarse del mejor modo posible. Además, hay que tener presente que, si bien la vejez es el destino biológico de todo ser humano, es decir, un destino compartido, esta etapa, en tanto hecho cultural, es vivida de manera diferente acorde a los distintos contextos sociales⁵. Esto origina que definir a la vejez sea una labor compleja, ya que presenta una gran diversidad de caras, muchas de ellas incluso opuestas.

Existen diferentes conceptos que se utilizan como sinónimos de vejez. Algunos prefieren llamarle “tercera edad” o “senectud” y a los sujetos que entran en esta etapa les llaman “adultos mayores” o “ancianos”, pretendiendo con ello una mayor inclusión de este grupo etario. En lo anterior, también influye el hecho de que el término “viejo” se considera como ofensivo o excluyente, por lo que se prefiere recurrir a otra terminología. Sin embargo, esta pretensión suele limitarse al ámbito teórico o conceptual y en la vida cotidiana, pese a usarse términos políticamente correctos, se sigue segregando a las personas adultas mayores. Esto denota que, si bien es importante poner atención al lenguaje empleado para hablar de la vejez, también lo es el hecho de indagar y cambiar la realidad práctica que viven estas personas, pues, de lo contrario, todo se queda en un mero contenido teórico, sin ningún impacto social.

Por último, un aspecto muy importante al hablar de vejez es que “el discurso profano y el discurso científico indican que la vejez es una etapa de menoscabo y pérdida. Tanto en el plano de lo visible como en el de los rendimientos, el cuerpo biológico deja de ser lo que era. Se transforma en sentido negativo”⁶. Lo anterior es importante porque no se

⁵ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 16

⁶ F. Lolas Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 63

trata solamente del discurso que las disciplinas dan acerca del tema, sino del discurso que la sociedad sostiene: se trata de la representación que socialmente predomina.

Ambos discursos siguen el mismo hilo argumentativo y trastocan completamente lo que la vejez es. Lejos de ser vista como una etapa natural de la vida humana que implica cambios de diversa índole, se le ve como un mal o tormento, como una etapa que pesa y que viene cargada de decrepitud. La vejez difícilmente es vista como una etapa añorada por las personas. Contrario a ello, se ve como una etapa temida, desfavorable, que produce angustia y que viene impregnada por la cercanía de la muerte, sometida a un sinfín de juicios de índole negativa y de consecuencias irreversibles.

A partir de lo anterior, se puede concluir que la vejez no es un tema que se limita al ámbito académico de ninguna disciplina. Por el contrario, es un fenómeno complejo que requiere ser puesto en cuestión, sobre todo porque su definición y representación afecta directamente la vida de las personas. Su definición no puede limitarse a ser una etapa de la vida que comienza a una determinada edad, no se trata solo de cifras, de estadísticas o de cambios biológicos. Esto no agota lo que la vejez es.

Las normativas gubernamentales que determinan la edad en que uno ingresa a los listados para recibir los apoyos y los beneficios para los adultos en la tercera edad, las estadísticas sobre el número de ancianos que hay en cada país o las relativas a si viven o no en pobreza extrema o abandono, así como toda la investigación médica encaminada a clarificar con mayor precisión las enfermedades propias de la senectud, no son suficientes para comprender ni dar cuenta de la vejez⁷.

El tema requiere un análisis interdisciplinario, debido a que ningún discurso basta para dar cuenta de la complejidad del fenómeno de la vejez. Sin embargo, en conjunto, los discursos de las disciplinas pueden favorecer su entendimiento y concluir en mejoras para las personas que atraviesan las distintas etapas de la vida: no únicamente para los adultos mayores, sino también para las personas que se van acercando a esta etapa, o para aquellos que, si bien aún no ven esto próximo, tarde o temprano llegarán a ello.

⁷ Leticia Flores Farfán, *La vejez y sus metáforas*, p. 261

2.1 Diferencia entre vejez y envejecimiento

Para explicar la diferencia entre vejez y envejecimiento es importante recurrir a la gerontología. Esta disciplina es relativamente reciente; surgió hasta el siglo XX, debido a que en las épocas anteriores los estudios sobre estos temas no eran atendidos por la falta de visibilidad de los adultos mayores.

La gerontología surgió como una respuesta de índole humanística y social ante las problemáticas del envejecimiento, de la vejez y de los adultos mayores. Se centra en la prevención y la intervención dentro de las diferentes esferas que influyen en la vida humana: biológica, psicológica, social y espiritual. Esta disciplina parte de las propias opiniones, necesidades y deseos de los adultos mayores, lo cual es esencial, pues no se parte de meras especulaciones ni de lo que desde el exterior se considera adecuado para ellos, sino de los propios sujetos por los que se aboga y en los que se enfoca el estudio o disciplina. Además, involucra a los gobiernos e instituciones, a la sociedad, a la familia, y a las personas cuidadoras de los ancianos, lo cual posibilita la generación de redes de apoyo de distintas magnitudes, donde lo prioritario es respetar a los adultos mayores y satisfacer sus necesidades y cuidados de la mejor manera. Con todo esto, se pretende fomentar la participación y el reconocimiento de los adultos mayores.

La gerontología, en tanto ciencia, permite conocer las problemáticas que afectan a los adultos mayores desde un punto de vista científico. Es importante no confundirla con la geriatría, pues, si bien ambas disciplinas se hallan relacionadas, presentan diferencias significativas. La gerontología aborda su campo de estudio desde un enfoque interdisciplinario. Implica conocimientos sociales, pero también conocimientos enfocados al área de la salud; trata el conjunto de necesidades que implica la vejez. Por su parte, la geriatría se enfoca únicamente en el aspecto de la salud: busca mejorar la salud física y mental de los adultos mayores, pero no aborda los otros aspectos. Por lo anterior, la gerontología es vista como una ciencia más amplia que la geriatría; incluso, se considera que la geriatría es una rama de la gerontología.

En términos generales:

La o el gerontólogo, es la persona profesional del área de la salud [...] que atiende la triada envejecimiento, vejez y persona mayor dentro de un contexto biológico, psicológico, social y espiritual. [...] Este profesional, está formado y capacitado para realizar valoraciones gerontológicas integrales, así como realizar intervenciones acordes a cada perfil de la persona mayor, fomentar el autocuidado, la independencia, la autonomía y favorecer una cultura de envejecimiento y de prevención con la finalidad de alcanzar niveles de bienestar y alta calidad de vida en la población adulta mayor [...]⁸.

La gerontóloga o el gerontólogo también está capacitado para implementar programas o estrategias que propicien mejoras en la política pública, siempre teniendo como base el bienestar de los adultos mayores (y de la población en general). Además, debe contar con habilidades y cualidades como la capacidad de escucha, la crítica y autocrítica, la empatía, el respeto, y la ética profesional. Por todo lo anterior, es importante que cualquier persona que se involucre en la atención directa de la vejez, del envejecimiento y de los adultos mayores, posea aunque sea una mínima capacitación en gerontología, ya que así podrá brindar una atención de mejor calidad a este grupo etario.

Ahora bien, partiendo de la gerontología, resulta indispensable diferenciar los conceptos de vejez y envejecimiento, ya que así se evitan confusiones comunes que propician la segregación social de los adultos mayores y, además, se pueden comprender mejor ambos conceptos para actuar acorde a las necesidades específicas que las personas experimentan en cada uno de ellos. Según el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (INAPAM), “al proceso que inicia desde el nacimiento y termina con la muerte se le conoce como envejecimiento. Y la vejez es una etapa de vida que comienza a los 60 años y es considerada la última etapa de vida y forma parte del envejecimiento”⁹.

A partir de lo anterior se comprende que un individuo envejece durante toda su vida y no solo durante un parte de ella, ni a partir de una determinada edad. El envejecimiento es

⁸ <<https://www.gob.mx/inapam/es/articulos/la-importancia-de-la-gerontologia-y-el-papel-de-las-y-los-gerontologos?idiom=es>> [Consulta: 22 de diciembre, 2020]

⁹ <<https://www.gob.mx/inapam/es/articulos/envejecimiento-y-vejez?idiom=es#:~:text=Este%20proceso%20se%20encuentra%20influenciado,y%20forma%20parte%20del%20envejecimiento>> [Consulta: 20 de octubre, 2020]

un proceso, es decir, un conjunto de etapas o fases, mientras que la vejez es una etapa de la vida que sí tiene una edad como punto de inicio (generalmente los 60 años). Desde que se nace se está envejeciendo, es decir, aproximándose a la muerte; aunque erróneamente se tiende a asociar a la vejez directamente con la muerte, debido a que, por ser la última etapa de la vida, se ve más cruda su proximidad.

Es evidente que la concepción que comúnmente se tiene del envejecimiento es muy diferente a la definición dada, pues el envejecimiento suele asociarse únicamente a los últimos años de vida de una persona. No se le ve como un proceso, sino como una etapa; por lo mismo, se le concibe solamente como fuente de deterioro, retroceso y decrepitud, siempre asociado a cualidades negativas, en vez de ser visto como un proceso que abarca la totalidad de la vida humana y que, como tal, también abarca los rasgos positivos de ella. Frecuentemente se deja de lado que el envejecimiento abarca todas las etapas de la vida humana, incluso aquellas que se ven tan lejanas de la vejez, como la infancia y la adolescencia. Lo anterior puede notarse en el simple hecho de que cuando se es joven y, de hecho, ya se está sometido a este proceso, no suele pensarse en términos de envejecimiento, sino de crecimiento o desarrollo.

Usualmente, en la adolescencia y en la juventud el desarrollo se ve como un proceso que tiende a aumentar las posibilidades del ser humano: adquiere habilidades y capacidades como la fuerza y la resistencia. Asimismo, las posibilidades y los recursos que el mundo le ofrece al individuo se expanden. Prácticamente se habla de una apertura del mundo: aún queda mucha vida por delante, llena de posibilidades, de experiencias, de aprendizajes y de errores. Los cambios que se dan en estas etapas se toman como algo positivo: van en una escala ascendente. Las cosas no toman un carácter tan fuerte como en la vejez, pues el futuro está por delante y aún nada se toma como irreversible, sino que todo se ve con un aire de novedad y cambio.

Normalmente no se habla de envejecimiento cuando los cambios o deficiencias corporales son esporádicos y fácilmente remediados o camuflados, ya que aún se les puede ignorar. Es hasta que se llega a una edad (relativamente) avanzada cuando se repara en el envejecimiento: cuando se notan signos que el paso del tiempo ha dejado en uno, como las arrugas o las manchas en la piel, algún dolor en las articulaciones, o

incluso, cuando el propio reflejo que se ve todos los días en el espejo comienza a incomodar. Cuando se voltea alrededor y se ve que los seres cercanos comienzan a presentar tales señales, señales que ya no se muestran con sutileza, sino que se hacen evidentes de un modo radical. Todo esto es experimentado por el sujeto envejecido como un grito que le recuerda que el tiempo ha pasado, que ya no es joven, y que la muerte está ahí, esperando. Es en este punto cuando el sujeto comienza a sentirse frágil, e incluso, impotente. Se siente frustrado por no poder detener estos cambios: siente que está declinando.

Respecto a lo anterior, es importante señalar que es verdad que el envejecimiento y la vejez implican cambios. Al llegar a la vejez el organismo ya no se halla en las mismas condiciones que antes, sufre cierto declive o declinación, sobre todo en términos biológicos; sin embargo, esto no es algo que deba ser motivo de vergüenza o rechazo. Los cambios que el ser humano sufre con el envejecimiento son algo normal y, hasta cierto punto, innegable, pero esto no implica que la vejez deba ser vista como una etapa de pura pérdida. Hay muchas acciones que pueden hacerse a lo largo de la vida para propiciar un buen envejecimiento y una buena llegada y tránsito de la vejez. No todo es malo en esta etapa de la vida. Hay cambios biológicos, sí, pero estos no siempre son radicales ni deben de ser motivo de tristeza, sino que son un fenómeno natural.

Ahora bien, a partir de lo anterior puede notarse que el discurso biológico tiene un importante papel en las definiciones de la vejez y del envejecimiento. Ambos fenómenos implican cambios biológicos que se dan en el cuerpo humano, sin embargo, estos cambios no son los únicos que se dan, sino que también se dan cambios en otras esferas de la vida, los cuales son igual de importantes. Como Lolás Stepke menciona, el envejecimiento es un “proceso que cruza lo biológico, lo social y lo biográfico”¹⁰; y, como se mencionó con anterioridad, la vejez también se encuentra atravesada por diferentes esferas o aspectos.

Siguiendo esto, no son fenómenos que pueden limitarse a lo que el discurso biológico dice, sino que requieren un tratamiento interdisciplinario. Como Stepke también

¹⁰ F. Lolás Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 57

menciona, el discurso sobre la vejez y el envejecimiento suele “biologizarse” tanto que incluso sus rasgos sociales caen en él, lo cual trae consigo consecuencias negativas, debido a que no todos los procesos pueden reducirse a este discurso y al hacerlo se dejan de lado aspectos importantes que demandan un profundo análisis social¹¹. Por ello, es importante evitar esto y ver al tema con la amplitud que demanda.

Otro aspecto que es importante resaltar es que parte de la visión negativa que se tiene de la vejez tiene que ver precisamente con lo que su definición menciona: por muy crudo que suene, la vejez es la última etapa de la vida humana. Esto, sin duda, trae consigo emociones e ideas fuertes, como el miedo a la muerte, que cada vez se ve más próxima, o la angustia ante cuestiones como el declive del propio cuerpo, la pérdida de independencia, la vulnerabilidad, lo laboral, o el rechazo al que uno se expone por el mero hecho de llegar a una etapa de la vida. Dichos factores hacen que el sujeto que llega a la vejez desarrolle emociones negativas y que, además de ser rechazado socialmente, se rechace a sí mismo, interiorizando el discurso que el mundo da de él; un discurso que ni siquiera parte de él en su individualidad, sino que lo define con base en su edad, como si fuera una mera cifra.

Por último, hay que resaltar la importancia de tener presente la distinción entre vejez y envejecimiento, con el objetivo de que, a partir de ella, se comprenda que las necesidades y las emociones que experimentan los sujetos al envejecer y en la vejez son diferentes. Con base en esto, se pueden proponer acciones encaminadas a cada uno de estos fenómenos, mismas que no los confundan, sino que respeten sus diferencias y peculiaridades, y que desemboquen en mejoras para el proceso que implica la vida humana en general. También es importante tener presente que el envejecimiento, como proceso de la totalidad de la vida humana, solo termina con la muerte, y la vejez evidentemente no es la muerte, por lo que los sujetos que atraviesan dicha etapa tienen las mismas necesidades que todas las personas (aunque no sean reconocidas), e incluso, tienen algunas necesidades más concretas, acorde a sus cambios en las distintas esferas de la vida.

¹¹ Cfr. F. Lolas Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 63

Dicho esto, este trabajo se enfocará en la etapa de la vejez, al hablar del rechazo hacia la vejez se hará referencia a la etapa que comienza a partir de los 60 años. Respecto a esto, un fenómeno que se debe destacar es que incluso cuando alguien ya entró propiamente en la vejez, el aumento de la edad se vuelve objeto de mayor segregación. Conforme más años tienen los adultos mayores, frecuentemente se les va segregando más. Debido a que las funciones físicas y las capacidades suelen ir en mayor declive, las diferencias se van acentuando más, y se concibe que los sujetos se hallan en un estado de mayor vulnerabilidad, lo cual se usa como justificación para objetualizarlos, rechazarlos y apartarlos aún más.

Ahora bien, para tratar el tema de la vejez en ocasiones también se hará referencia al proceso del envejecimiento, sin embargo, no debe perderse de vista que la vejez es parte del envejecimiento y que, si bien este último se hace más crudo o evidente en los últimos años de la vida, no por ello son sinónimos ni se deben confundir. El trabajo se centra en la vejez porque es especialmente en esta etapa cuando el rechazo se acentúa, pues ya no sólo se trata del rechazo del propio sujeto, que teme envejecer y que quiere seguir siendo joven, hacia sí mismo, sino que se trata también del rechazo social (por parte de los otros) derivado de la crudeza con la que el paso del tiempo se presenta en los cuerpos y en las demás características de los individuos, así como de la representación negativa que se tiene de esta etapa de la vida.

2.2 Jean Ámery: distinción entre vejez y envejecimiento. Rebeldía o resignación

Jean Ámery, autor de la obra *Reuelta y resignación*, desarrolla en ella un interesante análisis vivencial del envejecimiento y de la vejez, partiendo siempre de cómo el sujeto experimenta estos procesos, a través de la introspección. Como el propio autor señala, su obra es un conjunto de ensayos que parten de la propia vivencia de quien envejece o ha llegado a la vejez (de lo vivido), por ello, no ofrece afirmaciones concretas de carácter científico, sino que aborda las diferentes relaciones que quien envejece enfrenta, buscando denotar con ello algunos rasgos importantes que enriquezcan las reflexiones sobre los temas de la vejez y el envejecimiento.

En el escrito se percibe que el autor no habla del envejecimiento como el proceso que toda la vida humana implica, sino que sigue el común error de verlo como una etapa o proceso cercano a la vejez. Ámery repara en la distinción entre vejez y envejecimiento, sin embargo, no lo hace en términos biológicos, sino en tanto las emociones que despiertan en el ser humano y en el modo en que las personas se enfrentan a ellos. La distinción que ofrece no es incluyente, positiva o favorable, sino que posiciona al envejecimiento como un proceso triste y a la vejez como un proceso aún más triste.

Al iniciar la lectura de la obra es fácil pensar que el autor apuesta por todo lo contrario, pues habla de la imperiosa necesidad que surgió en él al ir desarrollando su obra: una necesidad que le llama a protestar contra la resignación que se le pide a quien envejece. Ámery se niega a aceptar la resignación que implica aceptar la decadencia sin reproches, incluso atribuyéndole rasgos positivos y enalteciendo su valor¹². Contrario a esto, el autor apuesta por la rebeldía, rebelión o revuelta, como rasgos positivos y necesarios en quien envejece. Él mismo define su obra como “un acto de rebelión, rebelión que, no obstante, y contradictoriamente, presupone la total aceptación de lo inevitable, de lo escandaloso”¹³.

¹² Cfr. Jean Ámery, *Reuelta y resignación*, p. 6

¹³ J. Ámery, *Reuelta y resignación*, p. 7

Sin embargo, al seguir las argumentaciones del autor, posteriormente se observa que esta rebelión es tomada por él como un rasgo positivo en quien envejece, pero no en quien ya se encuentra en la vejez, como si en esta última etapa ya no hubiera posibilidad de ello. Ámery expone claramente esto al mencionar que “el envejecimiento [...] aún consiente la disponibilidad a la rebeldía, mientras que la vejez se envilece de resignación”¹⁴. Con esto, el autor traza una tajante distinción entre vejez y envejecimiento: la vejez se ve como la meta irreversible a la que el envejecimiento lleva, una vez llegado ahí, no hay vuelta atrás, no hay posibilidad de experimentar muchas cosas, entre ellas, la rebelión. Se trata del punto de quiebre donde lo único que queda es resignarse y esperar a la muerte, sin siquiera poder plantearse una intención de rebeldía. Esta concepción es triste, radical y pesimista. Ante ella, fácilmente se puede cuestionar ¿por qué no rebelarse ante la vejez, o mínimo, ante la representación socialmente impuesta que conlleva? ¿Cómo y por qué la rebeldía queda excluida de las posibilidades de la vejez?

La argumentación del autor puede tomarse de dos modos muy diferentes. Por un lado, puede tomarse como una alusión a la falta de energía y al declive físico que la vejez implica, mismos que cesarían la disponibilidad a la rebeldía. Es decir, se trataría de una situación que se da naturalmente, por razones incluso biológicas: el propio cansancio corporal y mental. Sin embargo, por mucho que sea el cansancio o el declive biológico, puede que siempre haya lugar para la rebeldía, también en la vejez. Si la rebeldía es un componente de la personalidad de los individuos, no tiene por qué cesar a una edad en concreto.

El segundo modo en el que pueden tomarse sus argumentaciones da pie a una visión pesimista: el anciano ya no puede rebelarse porque se halla en una etapa sin salida, misma que en su envejecimiento evitó constantemente y que desemboca en limitaciones de todo tipo. Siguiendo esto, por mucho que una persona luche por rebelarse durante su envejecimiento, en la vejez lo único que le queda es resignación. A partir de ello, se puede preguntar qué sentido tiene rebelarse, si al final ya ni siquiera habrá posibilidades de ello. La argumentación del autor parece una generalización peligrosa porque

¹⁴ *Ibid.*, p. 29

posiciona a la vejez como una etapa totalmente limitativa y propicia creencias peyorativas en torno a ella. Estas creencias posicionan al anciano como un sujeto pasivo que no solo no quiere rebelarse, sino que ni siquiera puede hacerlo, pues en su constitución ya no hay disponibilidad para ello. Además, dejan de lado el hecho de que los ancianos pueden enfrentar y experimentar a la vejez de formas muy diferentes.

Contrario al autor, en este trabajo se sostiene que la rebeldía, en tanto resistencia, es elemental durante el envejecimiento y, aún más, durante la vejez. Si la rebeldía es bien enfocada, puede llevar a los sujetos a no aceptar el rol de anciano impuesto socialmente, o a que, si se acepta, se haga desde la conciencia y voluntad, y no sólo por temor, desconocimiento, conformismo, o por evitar una segregación aún mayor. No se trata de rebelarse como una negación, pues, como Ámery señala, es importante aceptar lo inevitable, y tanto el envejecimiento como la vejez son procesos inevitables que la vida humana implica. Negarse a envejecer o a la vejez, entendidos como cuestiones naturales del ser humano, resulta ilógico y sumamente perjudicial para el sujeto; por el contrario, se trata de mantener una actitud activa y de cuestionar frecuentemente al mundo y a uno mismo. Implica cuestionar lo que la vejez implica y cómo uno puede y desea vivirla, sin atenerse únicamente a lo que se dice de ella y de sus posibilidades y limitaciones.

En el contexto de opresión en el que se encuentran los adultos mayores, la rebeldía debe surgir como una respuesta necesaria ante la sociedad que arbitrariamente los mantiene oprimidos. Se vuelve una cuestión de resistencia donde el anciano desafía lo que el mundo le impone y decide no tomar las cosas pasivamente, sino aceptar solo aquello que él desea. Se trata de rebelarse ante las condiciones de vida que el mundo le ha impuesto, no sólo en un nivel material, sino, incluso, en un nivel ontológico, pues el mundo pretende decirle quién o qué es, limitando su ser y sus posibilidades de acción y de despliegue.

En este sentido, como se verá más adelante, siguiendo la postura existencialista, se está ejerciendo opresión contra los ancianos, quienes no están en plena libertad de desplegarse como proyecto en el mundo. Cada ser humano, en tanto libre proyecto de sus propias posibilidades, debe conservar la libertad de elegir los modos de existencia y de acción que desee, por lo que, cuando la sociedad oprime y rechaza a los adultos

mayores, está limitando sus posibilidades y su natural inclinación de trascenderse a sí mismos a través de ellas. La sociedad, en tanto sujeto con poder, está ejerciendo una limitación en el ser del anciano, al decirle quién debe ser por el mero hecho de tener cierta edad: está restringiendo su ser en el mundo. La opresión contra los ancianos cobra un carácter sumamente grave porque no viene dada solamente por un sujeto, sino que es la sociedad, en conjunto, como colectividad de conciencias, la que se impone. Ante esto, se puede cuestionar: ¿cómo hacer frente a tal opresión? ¿Hay posibilidad de vencerla o siquiera de hacerle contrapeso?

Ante situaciones como esta, la rebeldía es un componente necesario para que el mundo no mantenga estáticos los roles que los sujetos desempeñan. Si el oprimido no busca rebelarse, el opresor seguirá en ese lugar, afirmando que dicha dinámica social es así, dada naturalmente. Únicamente al rebelarse quien se halla en estado de vulnerabilidad y rechazo puede desprenderse de sus cadenas. Este es el caso de la vejez: su rebeldía es necesaria para propiciar el cambio de su situación. Sin embargo, al mencionar esto no se pretende decir que la rebeldía es una tarea sencilla, o que todos los ancianos se hallan en condiciones de desempeñarla.

Es un hecho que muchas veces quien oprime ni siquiera le da al oprimido el espacio para rebelarse. En el caso de la vejez, la sociedad no le da ni voz ni espacio al anciano, por ello, él tiene que buscar dicho espacio a través de una lucha por el reconocimiento de sí mismo. Además, la situación se complica aún más debido a la soledad y a las condiciones en las que muchos ancianos se encuentran: cansados del mundo física y emocionalmente; debido al desgaste natural al que sus cuerpos se enfrentan y, sumado a ello, debido al desgaste al que la sociedad los orilla. Incluso, muchos padecen condiciones de vida precarias donde tienen que preocuparse más por abastecer sus necesidades básicas que por luchar contra el rechazo al que están sometidos.

Muchos adultos mayores no se encuentran en condiciones que les permiten siquiera notar el rechazo social, sino que lo asumen como algo ya dado, ante lo que no pueden enfrentarse, o, que incluso, es merecido. En este sentido, el enfrentamiento entre los adultos mayores y la sociedad se da en desigualdad de circunstancias, ya que fácilmente

la sociedad sale vencedora. Por lo mismo, resulta aún más importante el papel de la rebeldía y de la resistencia por parte de los adultos mayores, pues sólo así se reivindicarán sus derechos y sus posibilidades en el mundo.

La rebeldía es una cuestión complicada para cualquier grupo sometido socialmente, sin embargo, es necesaria para salir de ese estado: para avanzar hacia las mejoras y el progreso social. El que se halla sometido no debe acomodarse en ese lugar que para nada es cómodo, debe esforzarse por realizar el retorno del estado de exclusión al reconocimiento, sin asumir la realidad que vive como algo inmutable¹⁵, sino teniendo presente que hay un retorno, o, mejor dicho, una posibilidad de cambio y de avance. El adulto mayor debe luchar por ser visto y respetado y quienes aún no forman parte de ellos deben acompañarlos en esta lucha, por ellos y por sí mismos: por su futuro compartido, por su vejez.

Ahora bien, siguiendo lo que Ámery menciona, la resignación, entendida como la “conformidad, tolerancia y paciencia en las adversidades”¹⁶, resulta útil ante el envejecimiento, pero también ante la vejez, debido a que puede llevar a su aceptación como un hecho natural. En este punto, hay que tener claro que la vejez en sí misma, entendida como una etapa de la vida, o incluso entendida como una adversidad debido a los cambios que implica, es natural, y, por tanto, inevitable; lo que no es natural ni debe aceptarse con resignación es la visión peyorativa que la sociedad tiene de esta etapa de la vida y de los sujetos que la atraviesan, así como el rechazo que surge a partir de ello. Esto no debe ser motivo de resignación, sino de rebeldía: solo rebelándose contra esos prejuicios y representaciones se pueden concretar cambios que culminen en una verdadera inclusión.

Si bien es real que con el envejecimiento las funciones corporales son diferentes, e incluso hay un cambio en las necesidades del individuo, el ambiente puede ayudar para tener una mejor adaptación y reconocimiento de dichos cambios, y para que, llegada la vejez, se tomen como algo natural. Además, al asumir estos procesos, se puede notar la

¹⁵ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 6

¹⁶ <<https://dle.rae.es/resignaci%C3%B3n>> [Consulta: 20 de octubre, 2020]

importancia de cuidar los hábitos que se tienen a lo largo de la vida, y a la vez, se puede asumir que, independientemente de ellos, el envejecimiento y la vejez traen consigo distintos cambios en las funciones corporales y en la vida del individuo, mismos que pueden ser minimizados con el cuidado, pero que jamás pueden ser anulados en su totalidad.

Lo anterior puede sonar extraño, sin embargo, no es contradictorio. Por una parte, la resignación puede ayudar al ser humano a asumir lo inevitable de la vejez y del envejecimiento y a no pretender cambiar cosas inmodificables: a reconocer que el curso natural de la vida implica ambos fenómenos. Por otra parte, la rebelión puede ayudar a no aceptar las imágenes fijas y peyorativas de ambos fenómenos y a dar pie a forjar el propio modo de experimentarlos. De este modo, ambos elementos son una buena herramienta, ya que a partir de ellos se acepta lo inevitable de la vida, pero no de un modo pasivo, sino para asumirse a sí mismo y saber que es posible experimentar de diferentes modos y hacer frente a todas las imposiciones sociales.

3. Antecedentes históricos de cómo se ha percibido a la vejez en la filosofía

Sin duda, la filosofía, en tanto rama elemental del pensamiento humano, ha influido en muchas de las concepciones sociales actuales. Los filósofos de las diferentes épocas han influido en el pensamiento de su época y también en el pensamiento posterior, a tal grado que, en la actualidad, puede verse la influencia de pensadores sumamente antiguos en las nociones o representaciones de algunos temas. Esto se debe en gran medida a que en la filosofía (y en otras disciplinas) se suele tomar como referencia a pensadores antiguos y sus postulados se mantienen en constante discusión, aún con el paso del tiempo. Numerosos pensadores actuales critican, apoyan o rechazan pensamientos antiguos, lo cual mantiene presentes sus postulados.

En este sentido, en este trabajo se sostiene que el tema de la vejez no ha sido la excepción, sino que la filosofía ha influido en la concepción actual de la vejez. Por lo anterior, entender cómo se ha percibido y representado a los adultos mayores y a la vejez en la filosofía de las distintas épocas y sociedades es elemental para comprender a las sociedades mismas, en tanto sus valores y significaciones, o incluso, en tanto su progreso moral y humano. Como De Beauvoir sostiene, “los que denuncian nuestro sistema mutilante deberían poner de relieve este escándalo. Concentrando los esfuerzos en la suerte de los más desheredados se consigue conmover a una sociedad”¹⁷.

A partir de esto, se comprende que hablar de la vejez no es una tarea sencilla; sin embargo, es elemental retomar el tema, desde muchos enfoques y partiendo desde sus inicios, para romper el silencio al que se ha sometido a la vejez y para lograr un verdadero progreso humano. Al tocar estos temas, que suelen dejarse en el olvido debido a la incomodidad que generan, o por mera indiferencia, se da pie a cambios sociales reales que conmueven los cimientos sociales y que dan paso a una sociedad verdaderamente incluyente.

A continuación, se mostrará un breve panorama de las argumentaciones que algunos filósofos han dado acerca de la vejez, lo cual permitirá ver la influencia de su pensamiento en el pasado y en la actualidad. Se expondrán las argumentaciones de algunos filósofos

¹⁷ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 13

que han sido cruciales para el tema. Se comenzará exponiendo el pensamiento de Hipócrates; posteriormente, se abordará el pensamiento de Platón y de Aristóteles, denotando sus marcadas diferencias y su fuerte influencia en la concepción de la vejez que ha predominado a lo largo del tiempo. También se expondrá el pensamiento de Cicerón, quien cobra un papel importante porque dedicó un tratado completo al tema. Por último, se expondrá la postura de Schopenhauer, en la que se puede percibir de fondo el pesimismo característico de su pensamiento.

Con base en estos pensamientos, se podrá ver que en muchas ocasiones se ha favorecido al anciano, pero también se notará que lo más común ha sido propiciar su representación peyorativa. Incluso, se podrá ver que al analizar las argumentaciones positivas se pueden hallar por debajo muchos de los prejuicios generalizados que se tienen en torno al tema. Cabe señalar que al exponer los pensamientos de estos filósofos no se pretende argumentar que la filosofía es la responsable de la representación negativa de la vejez, ni mucho menos del rechazo hacia ella, sin embargo, sí se pretende mostrar que las argumentaciones en esta área tienen un peso importante en el pensamiento social, por lo que se debe ejercer responsabilidad al desarrollar cualquier teoría o tema, sobre todo si se trata de problemáticas sociales. Además, si bien esta no es la única área que influye en el pensamiento social, al ser el área en la que se enfoca este trabajo, es importante dar un panorama general de cómo se ha abordado a la vejez en ella.

Dicho esto, inicialmente se expondrá el pensamiento de uno de los primeros pensadores que abordaron el tema: Hipócrates. Este pensador fue un médico y filósofo que vivió en la antigua Grecia. Para él, la vejez, al igual que la enfermedad, es resultado de una ruptura del equilibrio de lo que, siguiendo a la escuela pitagórica, denomina los cuatro humores. Considera que la vejez empieza a los 56 años. En varias de sus obras realiza observaciones importantes respecto a los ancianos, sobre todo en cuanto a los padecimientos médicos a los que comúnmente se enfrentan¹⁸. Asimismo, compara a las

¹⁸ Cfr. Hipócrates, *Aforismos y sentencias*, p. 33, 49, 50 y 65

etapas de la vida con las estaciones del año: la vejez es el invierno de la vida humana. El autor aconseja a los ancianos moderación y no interrumpir sus actividades¹⁹.

De su concepción resulta interesante que la vejez es vista como un tipo de enfermedad, pues es una visión que implica que los ancianos son vistos como incapacitados y llenos de achaques. Cabe señalar que el pensar que la vejez y la enfermedad son una dupla inseparable, incluso sinónimos, es una visión común en la antigüedad griega. Incluso, hubo una constante inquietud por cuestionar si la vejez en sí misma es un estado patológico o si es una etapa normal de la vida humana²⁰. Debe notarse la importancia de esto, ya que el hecho de verla como una enfermedad implica que deben buscarse remedios o curas para evitarla, como si su aparición fuera algo que se tiene que evitar por todos los medios.

Lo anterior se debe en gran medida a que la caducidad de la vida y sus implicaciones han sido un tema que causa gran malestar e incomodidad en las personas. En aquellas épocas se incurrió en un fuerte pesimismo al hablar de la vejez, lo cual aún sigue presente en muchos discursos que se dan del tema. En estos discursos se deja de lado que en realidad la vejez no tiene porqué ser un mal o un tormento. En este punto, hay que notar la importancia de que el envejecimiento no se conciba como un proceso que necesariamente desemboca en la enfermedad, por el contrario, se debe buscar un buen cuidado y prevención para cambiar estas ideas limitantes y para que la vejez (como última etapa del envejecimiento) no venga acompañada de enfermedades.

Por su parte, tanto Platón como Aristóteles, filósofos muy importantes e influyentes de la antigüedad griega, reflexionaron sobre la vejez. Un hecho curioso es que pese a ser de épocas similares, sus argumentaciones fueron en un sentido opuesto. Ambas concepciones son relevantes porque se usaron como “la principal empresa interpretativa de posteriores versiones, hasta la actualidad”²¹. Si uno analiza postulados, ideas, e incluso prejuicios actuales en torno a la vejez, puede remitirse fácilmente a las argumentaciones de estos pensadores.

¹⁹ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 23

²⁰ Cfr. Alfonso López, *La vejez como enfermedad: un tópico acuñado en la antigüedad clásica*, p. 156-159

²¹ Marco Jiménez Alfaro, *El envejecimiento y la muerte: un enfoque filosófico*, p. 85

Platón ofrece una concepción positiva de esta etapa de la vida. Considera que el anciano posee cualidades derivadas de sus conocimientos y experiencias acumuladas: el anciano tiene sabiduría y es un contenedor de aprendizajes. La concepción de la vejez de Platón tiene mucho que ver con el ámbito político, mismo que siempre fue una de sus principales preocupaciones. Asevera que la ciudad ideal es aquella donde se garantiza la felicidad a todos los individuos²². Dicha felicidad, al provenir de la virtud y del conocimiento de la verdad, solo puede estar en manos de quienes poseen sabiduría y experiencia y, por ende, ya han conocido la verdad: los ancianos. Así, en el diálogo *República*, la principal obra donde el autor aborda el tema de la ancianidad, hace un elogio a la vejez y sostiene que el mejor gobernante es el hombre de edad avanzada²³. Bajo su concepción:

Sólo los hombres que han salido de la caverna, que han contemplado las ideas son, pues, los designados para gobernar. Sólo son capaces de ello después de una educación que debe empezar en la adolescencia y que dará plenamente sus frutos a los 50 años. A partir de esta edad, el filósofo posee la verdad y se convierte entonces en el guardián de la ciudad. El reino de las "competencias", que desea Platón, es al mismo tiempo una gerontocracia²⁴.

Platón sostiene, pues, que es prioritario dejar un espacio importante para los ancianos en la constitución de la ciudad ideal. El hecho de que el autor apueste por una gerontocracia deja entrever el valor social y moral que le da a la vejez. En su concepción de la vejez influye mucho la concepción que tiene del cuerpo y del alma²⁵. Para él, la corrupción o declinación que el cuerpo sufre en esta etapa pasa a segundo plano, ya que lo prioritario del ser humano es su alma inmortal, vinculada al mundo de las ideas y en donde radica la verdad. El cuerpo es solo un contenedor o apariencia, un instrumento que el alma puede aprovechar en su beneficio, pero que no le es necesario.

Bajo este pensamiento, la vejez no implica necesariamente cambios de ningún tipo para lo que realmente importa: el alma. El alma es incorruptible y la decadencia que la edad trae al cuerpo no afecta al alma, si esta última ha sido bien cultivada a lo largo de la vida.

²² Cfr. Platón, *República*, IV, 419b-c

²³ Cfr. Platón, *República*, III, 409b

²⁴ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 134

²⁵ Cfr. Platón, *República*, IV, 441a-442d

Además, Platón sostiene que cuando el cuerpo va envejeciendo muy probablemente también los apetitos que encadenan y distraen al alma van en declive, por ello, la vejez puede traer consigo mayor paz y libertad para el alma. Los apetitos y la sexualidad ceden en la vejez y, en su lugar, se encuentra una serenidad y prudencia que los jóvenes y adultos no conocen, pues siguen estando sujetos a sus instintos y pasiones.

Por lo anterior, el autor argumenta que los ancianos son los mejores sujetos para formar a los jóvenes, es decir, para transmitirles la sabiduría que a lo largo de su vida han acumulado. Es en la vejez cuando el ser humano puede alcanzar las mejores virtudes, como la prudencia y el buen juicio, alejado de los meros apetitos; por ello, los ancianos deben tomar el papel de formadores de la juventud²⁶. Además, son estas virtudes las que hacen a los ancianos aptos para desempeñar los más importantes cargos en el orden público. Sin duda, puede verse que Platón relaciona a la edad con el valor social: los ancianos deben mandar, debido a que si han llevado una buena vida, han ganado cualidades valiosas. Los demás deben obedecerlos y respetarlos y, más aún, deben procurar aprender de ellos.

Es importante ver que bajo esta concepción la buena vejez es resultado de una buena vida: de la virtud. No se dice que cualquier ser humano que llegue a la vejez es sabio y prudente, sino que esto es lo que se debe buscar si se es un ser humano sensato²⁷. Quien coseche la virtud a lo largo de su vida, podrá gozar de una vejez sana y serena, con una buena calidad de vida y, además, con prestigio social. Esto deja entrever que no todos experimentan la vejez del mismo modo, por ello, es prioritario cultivar una buena vida, encaminada a las máximas virtudes. La vejez puede entenderse como una puerta a un mejor modo de vida, sin embargo, esto no es abierto para todos, ya que no se da de modo necesario, sino que es elemental que uno vaya trazando un buen camino para poder abrir esa puerta.

En este sentido, las argumentaciones de Platón se pueden usar como punto de partida para reflexionar sobre qué tipo de vida se quiere tener a lo largo del envejecimiento y, para que así, llegada la vejez, las metas personales se concreten. Siguiendo esto, no se

²⁶ Cfr. Platón, *República*, VI, 492a

²⁷ Cfr. Platón, *República*, VI, 498a-b

puede ver a la vejez como una etapa que por sí misma es buena o mala, sino que las elecciones y acciones personales repercuten directamente en ello. Si bien puede ser un tanto reduccionista creer que el futuro se reduce a las meras acciones o elecciones, tampoco puede negarse el peso que esto tiene y que, como seres morales, las personas se deben encaminar hacia sus metas a lo largo de la vida, sin dejar todo al destino o a las promesas de un determinado tipo de vida o vejez, como si esto fuera a darse por sí mismo de modo necesario. La invitación que el autor hace a procurar una vida cultivada en virtudes es algo acertado porque permite remarcar la importancia de concebir a la vida y al envejecimiento como procesos. Permite ver que la vejez no es un hecho aislado, sino que tiene relación directa con las etapas anteriores de la vida, por ello, es tan importante actuar con miras al tipo de futuro que cada uno desee.

Ahora bien, la concepción de la vejez de Aristóteles es totalmente opuesta a la concepción platónica. Este autor destacó las características negativas de la vejez. Para él no hay una tajante distinción entre alma y cuerpo como en la filosofía platónica, sino que su relación es necesaria: forman al ser humano como tal, como una unidad. Los males que afectan al cuerpo repercuten en todo el individuo, por ello es deseable tener un cuerpo sano, ya que solo así el alma también puede mantenerse sana.

El autor reconoce que los bienes corporales y exteriores son importantes para el espíritu²⁸, dicho de otro modo, el espíritu no puede estar bien si corporalmente el individuo tiene deficiencias o enfermedades. En este sentido, para tener una buena vejez es prioritario mantener al cuerpo en buenas condiciones, sin enfermedades o achaques²⁹. El autor considera que el ser humano tiene un progreso hasta los 49 años³⁰, a esa edad puede conocer la virtud máxima: la *phrónesis* o prudencia; sin embargo, después de esa edad el cuerpo comienza a sufrir achaques, lo cual trae consigo el declive de la persona entera.

En sus obras, Aristóteles suele atribuir a la juventud cualidades agradables, mientras que a la vejez la ve como su opuesto: como una etapa llena de inseguridades,

²⁸ Cfr. Aristóteles, *Retórica*, I, 1360b 15-20

²⁹ Cfr. Aristóteles, *Retórica*, I, 1361b 110-30

³⁰ Cfr. Aristóteles, *Retórica*, 1390b 10

incompetencias, vacilaciones, mal carácter, mezquindad, desconfianza, miedo, frialdad, egoísmo, desvergüenza, y un continuo empeoramiento³¹. Según él, la vida se mueve gracias a un calor interno y la vejez representa un enfriamiento. La vejez es un mal doloroso y destructivo³².

Cabe señalar que gran parte de la visión aristotélica de la vejez se debe a su concepción de la experiencia. Para él, “la experiencia no es un factor de progreso, sino de involución”³³. El hecho de que se tenga un progreso o desarrollo hasta una edad determinada (los 49 años), implica que todo lo que se dé en los años posteriores ya no es progreso, sino estancamiento o retroceso. Siguiendo lo anterior, los ancianos no son superiores, sino que únicamente han acumulado más errores que los jóvenes. La vejez es una etapa limitativa, pues ya de entrada se está diciendo que en ella no se tienen las mismas posibilidades que en las otras etapas de la vida y, peor aún, que ni siquiera hay posibilidades de progreso. De lo anterior fácilmente se puede concluir que nada de lo que se haga en la vejez tiene el mismo valor ni puede cambiar la suerte del anciano, porque ya se halla condenado por el hecho de tener más de 50 años.

Contrario a Platón, Aristóteles considera que los ancianos no deben poseer el poder político. Darles este poder es un error, debido a que son sujetos disminuidos que fácilmente pueden perjudicar los intereses de toda la sociedad. Sin duda, la concepción del autor denota un fuerte pesimismo y, pese a ello, tuvo una importante influencia en pensadores posteriores como Plutarco y Luciano. Además, fue frecuente que en la literatura y en las obras de teatro de aquellas épocas los ancianos fueran tomados como objeto de burla: como personajes que por sus solas características son ridículos.

Es importante tener presentes las concepciones de la vejez de Aristóteles y Platón porque, como Marco Jiménez Alfaro menciona, ambas “se van a prolongar en diversos autores, con distintos matices y moderaciones, y [...] explican además los estigmas vigentes también en la sociedad moderna”³⁴. Tanto la visión positiva de Platón, donde el anciano es visto como un sujeto sabio, prudente y poseedor de las máximas virtudes,

³¹ Cfr. Aristóteles, *Retórica*, II, 1389b 15-20

³² Cfr. Aristóteles, *Retórica*, II, 1386a 5-10

³³ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 136

³⁴ M. Jiménez Alfaro, *El envejecimiento y la muerte, un enfoque filosófico*, p. 87

como la de Aristóteles, donde el anciano es visto como un sujeto deteriorado, limitado, condenado a las enfermedades y sin posibilidades de progreso, se han prolongado de un modo sorprendente. De hecho, es fácil notar que al hablar de vejez en la actualidad se alude a rasgos de ambas posturas, lo cual denota su vigencia.

Ahora bien, otro filósofo que abordó el tema de la vejez es Cicerón. De hecho, este pensador griego puede ser considerado el primer filósofo de Occidente que escribió un tratado enfocado propiamente en el tema de la vejez: *De senectute* o *Diálogo sobre la vejez*. Por ello, el autor puede ser considerado “el primer gerontólogo de la antigüedad en sentido amplio, toda vez que destaca la calidad y estilo de vida mejores que le corresponde vivir al ser humano en sus años finales”³⁵. Este tratado es una de las obras filosóficas más importantes en torno al tema de la vejez, porque se centra totalmente en él. No lo aborda como un tema secundario o como un capítulo, sino que la vejez es el objeto principal de reflexión, lo cual en filosofía es muy peculiar, y más en aquellas épocas.

Dado el modo de su escritura, en forma de diálogo, en el tratado resalta una particular intimidad. Es fácil identificarse con los personajes. Su lectura puede ser muy útil y significativa para los adultos mayores, debido a que de la obra se desprenden valiosos consejos para aceptar al envejecimiento y a la vejez como partes naturales de la vida. Cabe señalar que uno de los principales intereses que el autor tiene en su obra es de índole político. Pretende demostrar que los ancianos no están descalificados, sino que sus aptitudes pueden conservarse o acrecentarse con la edad, por lo que pueden desempeñar cargos públicos sin problemas.

En este tratado el personaje principal es Catón, un anciano de 84 años, quien, según se percibe en la obra, aún posee todas sus facultades. Catón entabla un diálogo con dos jóvenes, quienes se encuentran sorprendidos por la buena condición del anciano y le realizan algunas cuestiones, aludiendo a los prejuicios más comunes que se tienen en torno a la vejez. Cicerón, a través de las respuestas de Catón, sostiene una defensa de la vejez, dando razones para no negar ni huir de esta etapa de la vida. Por el contrario,

³⁵ *Idem*

busca demostrar que es importante aceptarla con sus implicaciones, pues también es rica en dones y placeres, aunque estos son diferentes a los de otras etapas de la vida.

La obra se centra en refutar cuatro prejuicios en torno a la vejez³⁶. El primero es el que sostiene que la vejez hace que las personas ya no puedan desempeñar las mismas actividades o negocios, debido a deficiencias en la fuerza, en la memoria y en las demás capacidades. A esto, Cicerón responde con ejemplos de ancianos que han conservado sus capacidades y que han desempeñado las mismas actividades que en su juventud e, incluso, han aprendido cosas nuevas³⁷. Además, menciona que cualidades como la fuerza, la rapidez y la agilidad, las cuales, según reconoce, son disminuidas con la edad, son compensadas por otras cualidades, como el consejo, la sabiduría y la autoridad.

El segundo prejuicio es la pérdida de fuerza física y las enfermedades que se asocian a la vejez. En este punto, Cicerón reconoce que esto puede acrecentarse o ser resultado de la vejez, sin embargo, destaca que la fuerza física no es prioritaria y que las enfermedades pueden presentarse a cualquier edad, de modo que es inconveniente atribuirles únicamente a la vejez. Incluso, ofrece consejos en torno al cuidado de la salud física y mental para mantener una buena condición en la vejez³⁸. Esto resulta interesante debido a que Cicerón no niega muchas de las consideradas negativas que pueden desencadenarse en la vejez en los distintos ámbitos, sino que busca denotar que los cambios pueden ser contrarrestados o disminuidos con el cuidado. Invita a prevenir y a asumir estos cambios como naturales, sin caer en un pensamiento pesimista, pero tampoco conformista.

El tercer prejuicio es que la vejez implica la pérdida de placeres. En este punto, la influencia platónica en las argumentaciones de Cicerón es perceptible, pues sostiene que el anciano se halla a salvo de las pasiones y de los placeres, lo cual, lejos de ser un defecto o una desventaja, es un privilegio envidiable. Los placeres carnales grandes y prolongados que se viven en la juventud nublan al espíritu, y en la vejez estos ceden³⁹.

³⁶ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 10

³⁷ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 12-13

³⁸ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 17

³⁹ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 18-24

Aún hay muchos otros placeres que el anciano puede disfrutar, como la conversación, el estudio y la literatura. Lejos de culpar a la vejez por dejar de lado los placeres, hay que valorarla y felicitarla por ello. Además, una buena vida le aporta al sujeto dignidad y virtudes en su vejez, por lo que es elemental ir cultivando buenos hábitos⁴⁰.

Algo que Cicerón resalta es la importancia que tiene para las personas cultivar las amistades a lo largo de la vida, debido a que en la vejez estas se vuelven aún más importantes. Las amistades ayudan a dejar de lado el aislamiento o la sensación de soledad, proporcionando al adulto mayor compañía y bienestar. Es bonito este pensamiento, ya que se invita a cultivar los vínculos con las personas para que estos sean firmes y perduren a lo largo de la vida. Además, es acertada su observación, pues los adultos mayores suelen sentirse mejor y más incluidos cuando tienen amistades de su mismo grupo etario, con quienes pueden compartir sus experiencias e inquietudes.

El último prejuicio que aborda el autor es la idea de que la vejez es socialmente rechazada por su proximidad con la muerte. Al respecto, Cicerón sostiene que no hay que temer a la muerte, pues es un límite natural de la vida; debe de ser aceptada en el momento en el que llegue sin despertar preocupaciones absurdas antes de tiempo. La vejez no implica mayor cercanía con la muerte, ya que siempre estamos expuestos a ella⁴¹. El autor ve a la vejez y a la muerte como cuestiones naturales, por lo que no deben generar miedo.

A partir de lo anterior puede entenderse el pensamiento general del autor. Bajo él, la vejez afecta solo a aquellos que son pobres de espíritu. Si bien al envejecer el ser humano puede sufrir ciertas pérdidas o disminuciones, estas pueden ser compensadas con nuevas cualidades o hábitos. Los defectos que trae la vejez no son algo dado, sino que dependen del carácter de cada persona: es una etapa dichosa y feliz, si se ha llevado una vida virtuosa. Para el autor “la causa de todas estas lamentaciones está en el carácter de cada uno, no en la edad. Ciertamente la impertinencia y la falta de humanidad

⁴⁰ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 8

⁴¹ Cfr. M. Tulio Cicerón, *de senectute*, p.29

molesta en todas las etapas de la vida. Los ancianos moderados llevan la vejez de una manera aceptable⁴².

Cabe señalar que Cicerón acepta que la vejez en condiciones de miseria es insoportable⁴³, sin embargo, si el anciano no se halla en dichas condiciones, puede disfrutar de esta etapa de la vida y puede mantenerse en buen estado, como Catón atestigua. Muchos pueden considerar que las argumentaciones que los filósofos antiguos como Cicerón dieron de la vejez no plasman su cruda realidad, sino que la caricaturizan o idealizan, mostrando únicamente los rasgos más convenientes para poder hacer un elogio de ella. Al respecto, son acertadas las argumentaciones de Lolás Stepke, quien menciona que:

El libro de Cicerón es un bello monumento al ideal. Ojalá todos pudieran vivir y morir como el sabio tribuno imagina y recomienda. Ojalá sus recomendaciones fueran leídas y meditadas. Tal vez no a todos convenga el género de vida que allí se describe. Sus páginas destilan una suerte de esperanzada alegría, un útil recuerdo de que siempre hay algo mejor a qué aspirar. Como apología de la vejez, logró el libro su propósito⁴⁴.

Siguiendo esto, es importante tener presente que el libro tiene como propósito hacer una apología de la vejez, pues así se comprende el enfoque de sus argumentaciones: los rasgos positivos de ella. Además, debe notarse que Cicerón se refiere a cierto tipo de ancianos: aquellos que pueden vivir una vejez digna, y no a aquellos que se hallan en condiciones de carencia. A partir de ello, hay que señalar que, en general, el propósito del autor es loable, pues busca propiciar un cambio de visión de la vejez y mostrarla como algo respetable. También busca dejar de lado los sentimientos de compasión o lástima que muchas veces se tienen hacia los ancianos, reivindicando el papel activo que ellos pueden tener en la vida social.

Con base en el pensamiento de Cicerón y Platón, es fácil percatarse de que la vejez en la antigüedad no fue abordada de un modo meramente negativo, sino que también se le relacionó con las máximas virtudes: la bondad, el honor, la experiencia, la prudencia, la

⁴² M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 7

⁴³ Cfr. M. Tulio Cicerón, *De senectute*, p. 8

⁴⁴ F. Lolás Stepke, "Prólogo", en *De senectute*, p. 4

templanza, el arte de la palabra, la autoridad y la sabiduría. Bajo este pensamiento, la disminución física a la que se hallan sometidos los ancianos se ve compensada con todas las demás cualidades que poseen. La vejez implica la realización total de la vida humana, de modo que los años acumulados incluso dan un carácter ontológica y éticamente superior al ser humano.

A partir de lo anterior también se hace notorio que suele haber una distinción entre los mitos, las creencias colectivas y los pensamientos filosóficos o literarios, y las costumbres o modos de actuar que se dan en la realidad social, de modo que estos no siempre coinciden o son congruentes entre sí. El hecho de que teóricamente estos pensadores hayan enaltecido a la vejez, no significa que en la práctica en aquellas épocas los ancianos hayan sido reconocidos o incluidos realmente. Por el contrario, un fenómeno común ha sido argumentar que los ancianos poseen sabiduría y que tienen los mejores consejos, pero que en la práctica ni siquiera se les dé la oportunidad de expresarse, sino que se les hace pasar por personas lentas o tontas que nada tienen que decir u opinar. Lo anterior es lamentable, sin embargo, eso no deja de lado que los esfuerzos de autores como Platón y Cicerón son importantes debido a que han dado argumentaciones que pueden usarse como base para un pensamiento social incluyente y para nuevas formas de relación con la vejez.

Mencionado esto, cabe señalar que después de estos autores hubo un gran periodo de tiempo donde el tema no fue abordado ni en la filosofía, ni en las diversas áreas de conocimiento. Por ejemplo, en la Edad Media, debido a los pocos avances de la medicina, no solía hablarse de ello. Además, en esta época se tendía a despreciar la decadencia humana, de modo que se evitaba el tema y simplemente se despreciaba a los ancianos. En años posteriores, el tema aún no se abordaba con la profundidad requerida, en gran parte debido a los tabúes que implicaba, pues se consideraba que las investigaciones sobre ello podían provocar malestar. Lo único que se encontraba eran tratados que más que ser análisis objetivos y fructíferos, parecían ser meras recopilaciones de los achaques que se dan en la vejez.

Fue hasta los siglos XIX y XX cuando realmente se empezó a poner atención en el tema y surgieron una gran cantidad de obras al respecto, sin embargo, la propia Simone de

Beauvoir sostuvo que en su época hacía falta que se tocara el tema (por ello, decidió dedicarle dos obras completas), lo cual da a entender que aún había muchas trabas al hablar de él. Lo importante de estos siglos es que las barreras se fueron derribando, a tal grado que comenzaron a surgir disciplinas, como la gerontología y la geriatría, dedicadas concretamente a la vejez y al envejecimiento, y a sus implicaciones. Fue en este siglo cuando numerosos intelectuales comenzaron a abordar el tema, mismo que en épocas pasadas se fue dejando en el olvido, mínimo en la filosofía occidental.

Particularmente, es importante mencionar el pensamiento de Arthur Schopenhauer, quien es un autor recurrente al hablar de vejez en filosofía debido a que abordó el tema con bastante detalle y atención. Schopenhauer habló de la vejez en bastantes de sus obras. Una preocupación constante del autor fue examinar filosóficamente los distintos momentos de la existencia humana, siempre siguiendo el pesimismo que caracteriza a su pensamiento. En los *Aforismos sobre la sabiduría en la vida o El arte de sobrevivir* dedica un capítulo al tema, donde habla de la diferencia de las edades⁴⁵.

Para Schopenhauer, lo ideal es que el ser humano deje de lado la voluntad o el deseo de querer vivir. Dicha voluntad posee más intensidad cuando el ser humano es joven, por ello, en la vejez el ser humano se halla más cerca de la sabiduría, pues la voluntad está menos encarnizada. En la infancia aún no existe la voluntad, sino una actitud contemplativa o estética que permite mantener una distancia ante el mundo y desarrollar más la intuición. Las niñas y los niños son felices porque son representación, no voluntad. Sin embargo, en la juventud surge la voluntad, ese deseo de vivir y buscar la felicidad, mismo que según el autor nunca puede ser concretado. En la juventud las personas se desviven buscando la felicidad. Sin embargo, no todo es malo, pues es en esta etapa donde las personas son más fecundas y tienen más ideas y conocimientos. Llevan la novedad y la invención con ellos. Schopenhauer considera que el ser humano vive su apogeo intelectual a los 35 años.

Con el tiempo, algunos, los más sensatos, notan que la felicidad es algo meramente ilusorio y que lo que le queda a cualquier ser humano es un crudo y real sufrimiento,

⁴⁵ Cfr. Arthur Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 37-49

mismo que todos quieren dejar de lado, pero del que no pueden escapar plenamente. El tiempo hace que el ser humano se vuelva melancólico, debido a que comienza a notar los engaños en los que ha estado creyendo y se percata de algo que antes ignoraba: la muerte como final⁴⁶. Particularmente, a partir de los 40 años el ser humano que no ha renunciado a las pasiones y ambiciones sufre un crudo desengaño que lo lleva a la melancolía⁴⁷.

Solo en la vejez se puede experimentar el crudo desengaño necesario para recobrar la actitud contemplativa que se tuvo en la infancia. Para este autor, pues, los años más felices de la vida son los que anteceden a la decrepitud, siempre y cuando se tenga buena salud y estabilidad económica para compensar las carencias que se avecinan⁴⁸. Schopenhauer, al igual que otros autores, reconoce que vivir la vejez en la pobreza es una enorme desdicha⁴⁹. Sin embargo, en otras condiciones esta etapa de la vida es bastante fructífera y puede tolerarse sin mayores dificultades.

Este pensador sostiene que la vejez no implica necesariamente a la enfermedad ni al aburrimiento. Estos no son rasgos constitutivos de esta etapa, sino que se dan en aquellos que no han cultivado su vida. El aburrimiento surge en aquellas personas que se han perdido en los placeres de la vida social o de los sentidos, sin cuidar su espíritu y su intelecto. El autor sigue el hilo argumentativo que ya se ha visto en autores de la antigüedad y que resalta la importancia de cultivar una vida intelectual y espiritual por encima de los goces sensibles en los que la mayoría de las personas suelen perderse.

Aunado a lo anterior, sostiene que en la vejez las pasiones y el instinto sexual comienzan a minimizarse, por ello, el individuo puede recobrar la razón y descubrir verdades que antes no pudo. Puede sentir una calma intelectual que es la felicidad misma. Únicamente en esta etapa de la vida el ser humano puede experimentar el desengaño absoluto y notar la vanidad y la insignificancia de las cosas que antes le parecieron sumamente importantes. Es fácil percibir la influencia platónica en estas argumentaciones, pues la

⁴⁶ Cfr. A. Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 47-48

⁴⁷ Cfr. A. Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 44

⁴⁸ Cfr. A. Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 47

⁴⁹ Cfr. A. Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 46-47

idea de que las pasiones ceden en la vejez y de que esto es un rasgo positivo y admirable se mantiene presente.

Cabe señalar que el autor reconoce que en la vejez las personas pueden volverse taciturnas debido al desengaño tan fuerte que experimentan⁵⁰, sin embargo, bajo su postura pesimista, este es un bajo costo a comparación de lo que ganan: dejar la voluntad de lado. El pensamiento de Schopenhauer tiene rasgos positivos y negativos. Si bien posiciona a la vejez como una etapa superior a las demás, las causas que da para ello no parecen ser razones positivas o incluyentes, pues de fondo está la idea de que el ser humano tiene menos voluntad o deseos de vivir cuando es anciano. Lo anterior no es necesariamente así. La vejez puede implicar las mismas esperanzas y deseos de vivir y mejorar que se tienen en otras etapas de la vida. Sin embargo, también hay que notar que todas las argumentaciones del autor están atravesadas por su pensamiento pesimista, por lo que resulta bastante lógico que sean de este estilo.

Ahora bien, expuestos los pensamientos de estos autores, hay que resaltar que a lo largo de la filosofía ha habido una ambivalencia en la representación que se tiene de la ancianidad: por un lado, es vista como una lamentable fuente de decrepitud y de desdichas y, por el otro lado, es fuente de sabiduría y de virtudes, incluso llegando a cobrar un valor supremo o, mínimamente, jerárquicamente superior. Evidentemente, en estas concepciones influye el pensamiento, como conjunto o sistema, de cada autor, así como las ideas de la época en la que se desenvuelven.

Para concluir este apartado, se destacarán dos puntos importantes. El primero, es que un hecho que influyó significativamente en el cambio de visión de la vejez y que puede intuirse de los pensamientos expuestos e, incluso, puede percibirse en el pensamiento actual, es la degradación del valor dado a la experiencia acumulada a través de los años. Con el paso del tiempo ya no se tiene la creencia de que el saber es acumulable, sino que se ve como algo sujeto al cambio, como algo que caduca. Por lo mismo, los ancianos ya no se ven como sujetos experimentados y sabios, sino como sujetos que tienen saberes caducos e inútiles en la actualidad. Incluso, se les critica su capacidad para

⁵⁰ Cfr. A. Schopenhauer, *El arte de sobrevivir*, p. 40

adaptarse a la novedad y al cambio: se hallan estancados en los saberes de su época y ya no pueden comprender al mundo actual. Lejos de ser sabios y de poseer virtudes derivadas de sus años de vida, se les ve como sujetos cansados, estancados, sin posibilidades de innovación o actualización.

El segundo punto, es que hay que notar que los ancianos de los que se ha hablado o escrito, aquellos a los que se ha visibilizado, son quienes socialmente son importantes (quienes tienen un importante lugar social). Por el contrario, aquellos que se hallan en condiciones desfavorables, como la pobreza, al no tener importancia social, ni siquiera son mencionados. Como De Beauvoir menciona, “los escritores que, con perspectivas completamente diferentes han reflexionado sobre la vejez, proponen apologías más o menos matizadas; como los ensayistas de los siglos anteriores, no se interesan en la vejez sino en la medida en que concierne a su clase”⁵¹. De lo anterior, se desprenden muchas de las críticas que pueden hacerse a pensamientos como los de Cicerón o Platón, quienes dejan de lado la crudeza que la vejez implica por centrarse en hacer una apología que parte de su propia vivencia, pero que deja de lado a la realidad social. También se desprende la importancia de visibilizar a la vejez en general, independientemente de la posición social de las personas, e incluso, haciendo hincapié en los ancianos más desfavorecidos.

⁵¹ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 250

4. Aspectos éticos que engloba la vejez

A partir de lo anterior, se puede notar como en las simples definiciones de la vejez y del envejecimiento, o en el recorrido histórico de cómo se ha abordado a la vejez en la filosofía, se vislumbran algunos aspectos o planteamientos que demandan un análisis ético. El mal manejo o la mala comprensión de estos fenómenos fácilmente dan pie a un rechazo que, incluso, se cree justificado. Además, se debe entender que no son meros conceptos, sino que son etapas o procesos vivenciales y, como tales, el modo en que se ven y representan tiene repercusiones en el desarrollo de quienes los vivencian. Lo anterior, hace evidente la necesidad de tratar el tema desde la Ética. Siguiendo a Lolás Stepke⁵², se comenzará mencionando tres planteamientos éticos que surgen al hablar de la vejez.

El primero de ellos se refiere al significativo aumento del número de adultos mayores en los últimos años. La preocupación por este aumento ha sido un tema que se ha mantenido constante a nivel mundial a lo largo de varios años. Lolás Stepke escribe en el año 2001 y ya manifiesta una preocupación por las consecuencias de este suceso; es evidente que en la actualidad (2021) la cantidad de ancianos es aún mayor y, debido a que se espera que esta población continúe aumentando, también las consecuencias y medidas que se tomen al respecto demandan una mayor atención.

Cabe señalar que el aumento de la cantidad de adultos mayores se ha dado en todos los países. Debido a los avances médicos y a las mejores condiciones en las que viven algunas personas (pues, infortunadamente, no todas las personas mayores cuentan con la posibilidad de vivir su vejez dignamente), se espera que los límites de la longevidad (la esperanza de vida) continúen incrementando. Además, la población anciana está creciendo a un ritmo considerablemente mayor que otros grupos etarios o poblaciones, lo que hace que su proporción en algunos países sea mayor que el número de nacimientos, de niños y de adolescentes.

Según datos del informe "Perspectivas de la población mundial 2019", en 2050, una de cada seis personas en el mundo tendrá más de 65 años (16%), más que la proporción [...] de una de cada 11 en [...] 2019 (9%). Para 2050, una de cada

⁵² Cfr. F. Lolás Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 60

cuatro personas que viven en Europa y América del Norte podría tener 65 años o más. En 2018, por primera vez en la historia, las personas de 65 años o más superaron en número a los niños menores de cinco años en todo el mundo. Se estima que el número de personas de 80 años o más se triplicará, de 143 millones en 2019 a 426 millones en 2050⁵³.

Como puede verse, en muchos países el número de nacimientos anuales ha disminuido significativamente, lo cual implica que, por un lado, la longevidad ha aumentado y, por el otro, la natalidad ha disminuido, desencadenando así el fenómeno del envejecimiento de la población. Muchos países se encuentran preocupados por el escaso número de nacimientos anuales entre su población, ya que consideran que esto afectará a las futuras generaciones, las cuales se verán sumamente disminuidas o, incluso, podría desaparecer una importante parte de ellas. Por lo anterior, países como Japón, Francia y Noruega han decidido ofrecer apoyos económicos a quienes pertenezcan a su población y decidan tener hijos.

La baja de la natalidad puede deberse a la existencia de nuevos paradigmas de lo que una vida satisfactoria implica. En ellos, la meta ya no es necesariamente tener una familia, o ser madre o padre, sino que se ha dado pie a comprender que tener hijos es una elección personal y que existen muchos otros modos de vida deseables y plenos. Sin duda, lo anterior es un importante avance en cuanto a la apertura a nuevas formas de vida, sin embargo, es evidente que repercutirá en cómo se vivirá en un futuro y en las medidas que los gobiernos deben y deberán tomar para adaptarse a estas transformaciones sociales.

En el caso de México, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), a partir de “la ENADID [Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica] 2018, reporta que el número de personas de 60 años o más que reside en México es de 15.4 millones, cifra que representa el 12.3% de la población total”⁵⁴. El número de nacimientos también ha ido disminuyendo progresivamente, aunque no tan drásticamente como en otros países.

⁵³ <[⁵⁴ <\[https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/edad2019_Nal.pdf\]\(https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/edad2019_Nal.pdf\)> \[Consulta: 19 de noviembre, 2020\]](https://www.un.org/es/sections/issues-depth/ageing/index.html#:~:text=En%202018%2C%20por%20primera%20vez,a%20426%20millones%20en%202050.> [Consulta: 18 de noviembre, 2020]</p></div><div data-bbox=)

Sin embargo, es notorio que México también se enfrenta al mismo fenómeno: el envejecimiento de la población.

Para dimensionar mejor el envejecimiento de la población en México, se pueden comparar los datos anteriores, con los datos del censo poblacional más reciente, del año 2020, cuyas cifras salieron hace unos cuantos meses. Según este último censo:

En el país se ha venido observando un gradual proceso de envejecimiento, aunque sigue siendo joven, esto se ve reflejado en la edad mediana, que pasó de 26 a 29 años en la última década, es decir, en 2020, la mitad de la población tiene 29 años o menos. El proceso de envejecimiento también queda en evidencia en la pirámide poblacional, que presenta una tendencia a reducir su base, mientras que continúa su ensanchamiento tanto en el centro como en la parte alta, lo que significa que la proporción de niñas, niños y adolescentes ha disminuido y se ha incrementado la proporción de adultos y adultos mayores. Muestra de lo anterior es que la población de 60 años y más pasó de 9.1% en 2010 a 12.0% en 2020, mientras que la población de 0 a 17 años disminuye de 35.4% en 2010 a 30.4% en 2020⁵⁵.

Lo anterior también sirve para señalar que, si bien el envejecimiento de la población se da de formas diferentes en cada país, es decir, que la proporción de ancianos y el ritmo de su incremento es diferente acorde a los distintos contextos ideológicos, sociales y culturales, dicho fenómeno se está dando como algo mundial, por ello, la preocupación que se deriva de ello y la necesidad de tomar medidas al respecto.

Ahora bien, el segundo planteamiento que da Lolás Stepke se refiere a un aspecto social: la convivencia intergeneracional. Dicha convivencia tiene características particulares que no han sido vistas con anterioridad, pues ahora las personas jóvenes pueden convivir con personas significativamente mayores que poseen buenas condiciones de salud y que, por ello, pueden exigir recrear las formas de convivencia para sentirse incluidos y reconocidos. Ya no se trata únicamente de dejar de lado a los ancianos “enfermos” o “deteriorados” que no pueden reclamar nada y que pueden ser totalmente objetualizados, sino de responder ante sus exigencias para reconocerlos como sujetos de derecho a partir del respeto, de la empatía y de la solidaridad.

⁵⁵ <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/EstSociodemo/ResultCenso2020_Nal.pdf>
[Consulta: 11 de mayo, 2021]

Esta cuestión resulta sumamente importante porque puede contribuir a detener la segregación que socialmente se ha impuesto a las personas ancianas y, así, dar pie a una nueva forma de relación con la vejez: a una nueva ética de la vejez. Además, es importante señalar que no debe tratarse únicamente de mejorar la convivencia porque los ancianos pueden reclamar sus derechos, sino de extender las mejoras hacia todos los adultos mayores, incluso hacia aquellos que no pueden reclamarlos o hacerlos valer, como quienes están discapacitados, quienes padecen Alzheimer, o quienes se hallan en cualquier situación que les imposibilita su independencia.

A lo largo del tiempo la convivencia intergeneracional se ha visto conflictuada por la dificultad que implica reunirse con personas que, acorde a su generación y a los contextos en los que se desarrollan, tienen pensamientos y comportamientos muy diferentes, incluso opuestos; además de que en la convivencia muchas veces no se parte de la tolerancia, de la empatía y del diálogo, sino de un pensamiento cerrado y de la búsqueda de lo similar, rechazando cualquier rasgo que tienda a la diferencia.

En el caso de la convivencia con los ancianos lo anterior cobra especial relevancia debido a que este sector de la población se ha hallado sometido a condiciones de vida sumamente difíciles e indignas, siempre orillados a situaciones de soledad, pobreza y descuido. Tan solo en México, 1.7 millones de personas adultas mayores viven solas y solo el 41.4% de ellas son económicamente activas. Además de que el 69.4% de personas de edad que viven solas presentan algún tipo de discapacidad o limitación.⁵⁶

Lo anterior deja ver que muchas veces las familias y la sociedad en general rechazan a los ancianos y dejan de lado las necesidades que presentan. Así, pese a padecer discapacidades, se les orilla a un profundo abandono, donde sus cuidados, derechos y necesidades se dejan de lado y ellos tienen que enfrentarse a la incertidumbre de cómo sobrevivir en un mundo que ni siquiera los voltea a ver.

Es evidente que la comunicación intergeneracional debe cambiar para que haya mejores lazos y se les dé un lugar a los adultos mayores en los distintos sectores de la sociedad

⁵⁶ Cfr. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/edad2019_Nal.pdf> [Consulta: 19 de noviembre, 2020]

y en las demandas de servicios; para que se les vea como sujetos que, lejos de obstaculizar el desarrollo social, pueden contribuir en él. Asimismo, se debe tener especial atención ante aquellos adultos mayores que sufren discapacidades, pues evidentemente requieren más atenciones, enfocadas en sus posibilidades y limitaciones.

La comunicación intergeneracional debe partir del hecho de reconocer al otro. Siguiendo esto, es elemental que se comience a inculcar un pensamiento incluyente en los niños, jóvenes y adultos, pues así, conforme el tiempo avance, la sociedad en conjunto dejará de ver al anciano peyorativamente y podrá abrirse al diálogo y a la escucha. Si bien esto puede partir desde el ámbito familiar, también debe extenderse a esferas más amplias, porque es un fenómeno complejo que no se limita a un ámbito privado.

Por último, es elemental que también por parte de los mismos adultos mayores se den las bases para la mejora de la comunicación y de la convivencia, a través de una actitud de apertura a las nuevas ideas y dejando de lado los estereotipos que posicionan al anciano como un sujeto amargado, estático, anticuado y que prefiere la soledad, pues es evidente que no se reducen a eso, sino que siguen siendo seres humanos con aspiraciones y deseos, y con la necesidad de vinculación con el mundo. Al tratarse de comunicación y convivencia, se requiere la apertura de ambos lados, lo cual denota la importancia del diálogo como un componente ético y político.

Ahora bien, el tercer planteamiento, relacionado con los anteriores, implica el hecho de que el aumento de la población adulta mayor y de la longevidad han desencadenado y desencadenarán un aumento en la demanda de servicios en la vejez, mismo que no se ha visto con anterioridad. Gran parte de la población anciana se concentra en las grandes ciudades de los países. En estas zonas, debido a la sobrepoblación, ya de por sí muchas veces hay complicaciones para cumplir con los servicios básicos de la población en general.

Esto obliga a los gobiernos a repensar los programas para apoyar a este sector etario y propiciar su inclusión, bienestar y reconocimiento, partiendo de sus necesidades y derechos, como el derecho a la salud y a una vida digna. Además, la sociedad también debe repensar su organización para satisfacer las necesidades específicas de este sector de la población, pues es un hecho real que las personas ancianas tienen diferentes

necesidades, además de las necesidades básicas que todos, como seres humanos, tienen. Sin duda, “sus habilidades para mejorarse a sí mismas y a la sociedad se deberían integrar en las políticas y en los programas a todos los niveles. En las próximas décadas, muchos países estarán sometidos a presiones fiscales y políticas debido a las necesidades de asistencia sanitaria, pensiones y protecciones sociales de este grupo de población en aumento”⁵⁷.

Este planteamiento también implica cuestiones bioéticas. El personal de salud tendrá que enfrentarse a numerosos dilemas éticos, como delimitar cuándo es adecuado propiciar la eutanasia o el suicidio asistido en personas mayores, cómo tratar la depresión en ellos, o cómo mejorar su calidad de vida, ya que es evidente que no solo se trata de aumentar la esperanza de vida de la población, sino de que se den las condiciones para que las personas puedan vivir dignamente hasta el final de sus días, lo cual no siempre se concreta. Muchos adultos mayores (y personas, en general) viven en situación de pobreza o se enfrentan a condiciones laborales que no respetan el cambio natural que se da en sus funciones corporales. En estos casos, se hace evidente que además de mejorar la esperanza de vida, hay que centrarse en medidas para mejorar la calidad de vida como tal.

A partir de lo anterior, se nota la importancia de partir de las necesidades específicas de los adultos mayores para proponer y concretar estrategias políticas para su buen desarrollo e inclusión. Es elemental que esto no se concrete solo teóricamente, sino a niveles prácticos, es decir, al nivel de los derechos políticos, pues solo así se reconocerán efectivamente como sujetos. Además, únicamente así se puede dar lugar a que cada vez más adultos mayores experimenten lo que la OMS denomina envejecimiento activo: “un proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad que tiene como fin mejorar la calidad de vida de las personas a medida que envejecen”⁵⁸.

⁵⁷ <[⁵⁸ Organización Mundial de la Salud \(OMS\), *Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud*, p. 248](https://www.un.org/es/sections/issues-depth/ageing/index.html#:~:text=En%202018%2C%20por%20primera%20vez,a%20426%20millones%20en%202050.> [Consulta: 20 de noviembre, 2020]</p></div><div data-bbox=)

Mencionados los tres planteamientos anteriores, otro aspecto ético-político que surge necesariamente al hablar de la vejez es el de su relación y experiencia vivencial dentro del sistema capitalista. Las personas no son sujetos que se hallen aislados del mundo, sino que viven inmersos en una comunidad, sujetos a un sistema económico y social. Desde hace ya mucho tiempo el sistema capitalista ha permeado no solo en las relaciones económicas, sino en los modos de vida de las personas. El capitalismo permea la experiencia que las personas tienen: los sujetos ocupan diferentes espacios en la sociedad, lo cual caracteriza su vivencia del mundo y les da oportunidades o limitaciones. Evidentemente el capitalismo también afecta la vivencia que las personas tienen de las diferentes etapas de la vida, entre ellas, la vejez. En este sentido, la vejez presenta características provenientes de las condiciones sociales y económicas dominantes: el capitalismo.

En el capitalismo, un sistema en el que producir es el principal objetivo, en donde el descanso parece ser algo innecesario e incluso algo por lo que habría que sentirse culpable, en donde el dinero y la producción pasan a gobernar todos los aspectos de la vida de una persona, inclusive los más íntimos y privados, resulta evidente el papel inhumano que se le da al adulto mayor. Al ser un sistema que se halla enfocado en la juventud, deja de lado las demandas y las necesidades de la población adulta mayor. El anciano, al ser un individuo que ya no participa en el mundo laboral, deja de formar parte de la esfera más importante de la sociedad y pasa a ser invisibilizado o disminuido. La visión de la vejez como mero deterioro, y de los ancianos como personas inútiles, son consecuencias propias del sistema en el que se vive en la actualidad.

Esto se torna un problema ético, porque, como ya se mencionó, es indispensable que las políticas y la sociedad abran los espacios para los distintos grupos sociales y que dejen de enfocarse en un único grupo etario. Debe buscarse que el sistema contemple a la vejez en sus políticas y en sus paradigmas de vida. La visión de la vejez en el capitalismo será abordada con mayor profundidad más adelante, denotando el modo en el que a partir de este sistema y de su influencia en la ideología y en la vivencia colectiva se rechaza a los adultos mayores y se les ve como sujetos inservibles.

Dicho esto, puede vislumbrarse el mayor problema ético que subyace al hablar de vejez: el hecho de que la mayoría de los adultos mayores experimentan rechazo por parte de la sociedad, mismo que muchas veces se torna en violencia, y que se ve reflejado en la segregación que experimentan de múltiples formas en la cotidianidad.

Los adultos mayores presentan características particulares. Si bien progresivamente las minorías o grupos segregados han podido concientizar más sus derechos, dando pie a una lucha por el reconocimiento de ellos y por un espacio en el cuerpo social; en el caso de la vejez, esto no se ve del mismo modo. Pese a ser un grupo rechazado, la vejez se enfrenta a una ambigüedad que los posiciona en un estado de mayor vulnerabilidad; “por una parte, [está] su mayor grado de dependencia y de desvalimiento, frente a la necesidad creciente de luchar con mayor vigor y organización por sus derechos o por el reconocimiento de ellos”⁵⁹.

Aunado a lo anterior, está el hecho de que los ancianos no quieren pertenecer a su grupo etario, sino que siempre posicionan a la vejez como algo fuera de ellos: como una otredad. Incluso es frecuente que se diga que el Otro es el anciano y que uno sigue con rasgos de juventud. Por ello, no hay un sentido de pertenencia al interior del grupo y resulta más problemático luchar contra el rechazo al que se enfrentan. Aparentemente la vejez es cosa de los demás y pocas veces se ve al adulto mayor como un semejante.

Es importante notar que la vejez es posicionada como una otredad en dos sentidos: uno interno, por parte del sujeto que la experimenta, y otro externo, por parte de la sociedad. El rechazo social (externo) que se tiene hacia la vejez posiciona a esta etapa y a los sujetos que la atraviesan (los adultos mayores) como lo Otro, fuera de la sociedad. Este rechazo tiene su origen en las representaciones sociales peyorativas que se tienen de la vejez, las cuales la posicionan siempre como algo negativo, o mínimamente destacan más los rasgos negativos que los positivos.

Lo anterior trae como consecuencia que entrar a dicha etapa sea un tormento para las personas que lo experimentan, en parte por los problemas que implica la autoaceptación, pero aún más por la carga social que les imposibilita formar parte de la cotidianidad y

⁵⁹ F. Lolás Stepke, *Las dimensiones bioéticas de la vejez*, p. 60-61

que las orilla a buscar protección en la soledad, donde, si bien no son vistas, mínimamente no son rechazadas o molestadas. Además, el rechazo que se experimenta por parte de la sociedad se interioriza y hace que el anciano reniegue de la vejez y, por ende, de su cuerpo envejecido o viejo. La representación social peyorativa se interioriza en el sujeto y este ya no lucha por definirse, sino que se atiene a la definición (externa) que se le da y que él también rechaza.

La sociedad se aprovecha de la vulnerabilidad en la que los ancianos se encuentran, y no solo se aprovecha de esta otredad, sino de muchas otras minorías que son segregadas porque incomodan o porque representan algo “indeseable” dentro de la dinámica social. Lo anterior posiciona a la vejez como un tema que demanda un análisis ético, pues, en tanto seres morales, las personas tienen una mayor responsabilidad con las distintas formas de otredad: con lo Otro, diferente; con todas aquellas formas de vida con las que se relacionan y co-existen.

4.1 La otredad

Con base en lo anterior puede verse que la vejez es posicionada como una otredad dentro de la dinámica social; por ello, es prioritario comprender qué es la otredad y en qué sentido el anciano es visto o posicionado como lo Otro. Además, esto permitirá comprender que, en tanto otredad, la vejez presenta características muy particulares que la diferencian de otros grupos que también son posicionados como otredad.

Han sido muchos los autores que han abordado el tema de la otredad, el cual, por su complejidad, presenta numerosas problemáticas, principalmente de carácter ontológico y ético. Particularmente, en el siglo XX el tema fue ampliamente abordado por diferentes filósofos que cuestionaron qué tipo de relación hay entre la subjetividad (el Yo o lo Mismo) y la otredad (lo Otro que no es el Yo). Al hablar de subjetividad es inevitable remitirse a la relación con los otros, pues se cuestiona cómo se da esta relación, sobre qué bases, de qué tipo es y cuáles son sus limitaciones. Siempre que hay relación entre un Yo y los Otros hay un cuestionamiento de la diferencia o semejanza que implican, de cómo puede surgir el conflicto o la amistad, e incluso, se cuestiona cómo lograr un reconocimiento pleno de la diferencia que la otredad implica.

Para tratar el tema de la otredad, en este trabajo se tomarán como base las argumentaciones que la filósofa Simone de Beauvoir expone en la obra *El segundo sexo*. Se expondrá su postura para, posteriormente, sostener que la vejez ha sido posicionada como lo Otro en el sentido en el que ella argumenta: como algo afuera de lo Mismo que, si bien es necesario para adquirir unidad o identificación, también genera rechazo y se mantiene lejos. También se expondrá la postura que Emmanuel Lévinas, un filósofo de la misma época, sostuvo frente al tema. Su aportación resulta sumamente importante porque parte de un enfoque predominantemente ético y denota siempre una preocupación desinteresada por el Otro.

Se expondrá el pensamiento de ambos autores para sostener que, si bien se está posicionando a la vejez como una otredad en los términos que De Beauvoir argumenta, es elemental cambiar la visión de lo Otro, en primer lugar, y de la vejez, en este caso, para conseguir mejoras sociales. Por ello, el pensamiento de Lévinas resulta tan importante, ya que concibe a la otredad partiendo del desinterés y de la responsabilidad

que todo ser humano tiene al relacionarse con ella. A partir de su pensamiento puede darse lugar a la responsabilidad y a la preocupación por los demás, lo cual es crucial para respetar y reconocer la diferencia.

4.1.1 Simone de Beauvoir

Simone de Beauvoir es una filósofa que abordó temas muy importantes en sus obras. Se preocupó por temáticas como la situación de la vejez y de las mujeres en la sociedad, mismas que dejan entrever su interés por cuestionar qué subyace en las relaciones sociales, donde constantemente hay segregación y rechazo. Además, para indagar cómo experimentan estos sujetos su situación en el mundo recurre a análisis que engloban un gran entramado de aspectos, desde datos biológicos y culturales, hasta datos históricos de diferentes sociedades.

Particularmente *El segundo sexo*, una obra escrita por esta autora, es reconocida por ser uno de los primeros aportes para el feminismo. En ella, De Beauvoir parte de cuestionar qué es ser mujer. Como pensadora existencialista, rechaza la idea de que hay una esencia o realidad misteriosa que otorga la feminidad a los sujetos. Además, es en esta obra donde De Beauvoir expone su pensamiento en torno a la relación entre lo Mismo y lo Otro, es decir, en torno a la relación de alteridad u otredad. Cabe señalar que esta relación es abordada en la obra como la relación entre las mujeres, lo Otro, y los varones, lo Mismo o Uno, sin embargo, sus argumentaciones fácilmente pueden usarse para abordar otras relaciones sociales con la otredad, como el tema de este trabajo: la vejez. Para abordar la temática de la otredad, la autora toma como hilo conductor dos pensamientos filosóficos importantes, los cuales se ven reflejados a lo largo de sus argumentaciones. Por una parte, tiene influencia de la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel y, por otra, responde y sigue al pensamiento que Sartre desarrolla en *El ser y la nada*⁶⁰.

Para comprender el pensamiento que De Beauvoir desarrolla en torno a la otredad inicialmente hay que señalar que, como se mencionó, la autora es una filósofa existencialista. Como tal, su filosofía tiene como base el hecho de que los seres humanos son libertades absolutas que se proyectan en el mundo a través de sus propios proyectos. En este sentido, no hay una esencia humana que predisponga al ser humano a un único destino fijo o meta, sino que, precisamente por ser seres libres, no hay ninguna

⁶⁰ Cfr. <<https://www.teseopress.com/recorridos/chapter/27/>> [Consulta: 21 de enero, 2021]

esencia que los determine. No son esencialmente algo concreto, sino que es a través de su existencia como van determinándose a sí mismos.

Los seres humanos se van significando en el mundo a través de expresiones concretas de su propia existencia. En el ser humano hay una búsqueda de ser, tan original, que no se remite a ninguna acción o característica concreta; por ello, considerar que hay una verdad primera del ser humano, que se remite a una relación en concreto, es erróneo y reduccionista. Hay muchos modos de ser en el mundo, no un único modo dado previamente para la totalidad de individuos. El individuo se elige a través de diversas experiencias, sin embargo, estos son solo modos en los que el mundo se le significa, de modo que no implican todo lo que el mundo es (una reducción de él): se le dan al sujeto de ese modo por las elecciones que va tomando, pero no representan la totalidad del mundo.

Los seres humanos, en tanto existentes que no poseen una esencia predeterminada, están siempre buscando trascenderse a sí mismos a través de la conquista de libertades. En este sentido, “todo sujeto se plantea concretamente a través de proyectos, como una trascendencia; no alcanza su libertad sino por medio de su perpetuo avance hacia otras libertades; no hay otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un porvenir infinitamente abierto”⁶¹. El ser humano se realiza como existente y abre paso a un porvenir a través del planteamiento de fines propios y de caminos hacia ellos, de modo que su proyecto es la propia superación hacia el porvenir. Bajo la postura existencialista, las posibilidades del ser humano son plenas, totalmente abiertas, y son vistas en términos de libertad, no de felicidad o dicha.

Debido a que el ser humano siempre tiende a su propia trascendencia, todo obstáculo que pretende impedir esto es visto como un mal. Además, si la trascendencia cae en inmanencia y su causa es producida por los otros (una causa ajena al propio sujeto), se trata de opresión, pues se está impidiendo que el sujeto oprimido justifique su existencia a través de la trascendencia de sí mismo. Dicho de otro modo, debido a que todo sujeto no tiene un destino fijo o impuesto, sino que es un proyecto abierto, siempre debe tener

⁶¹ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 9

la libertad de proyectarse a sí mismo. Si esto no es así, se enfrenta al dilema de verse oprimido por los otros existentes que buscan trascenderse a partir de la no trascendencia de su propio ser, lo cual tiene implicaciones fuertes, pues trascenderse a sí mismo viene como una demanda de su propio ser: no es un mero capricho o deseo, sino que le es dado como un reclamo ontológico.

Mencionado lo anterior, es importante resaltar algunas cosas. Por un lado, que en este trabajo se seguirá la misma postura de De Beauvoir: el existencialismo; por otro lado, el hecho de que evidentemente esta postura influyó en las argumentaciones que ella ofrece acerca del tema de la otredad, por lo que resulta necesario comprender las bases anteriormente expuestas para que, a partir de ellas, se entiendan las demás argumentaciones de la pensadora. Por último, que en *El segundo sexo* De Beauvoir encamina este pensamiento al tema de la mujer, por lo que al hablar de lo Otro en esta obra se refiere concretamente a ella, sin embargo, como ya se mencionó, su noción explica adecuadamente el posicionamiento de otros grupos sociales rechazados, como la vejez.

Dicho esto, a continuación se expondrá la noción de otredad de De Beauvoir. La filósofa sostiene que la categoría de lo Otro existe desde las sociedades primitivas. Incluso, en los mitos antiguos ya había un dualismo entre lo Mismo y lo Otro. Dicho dualismo no tiene un fundamento empírico ni un principio que lo guíe: no tiene una base sólida que lo justifique o valide; sin embargo, es elemental para que una colectividad pueda definirse como tal: como Una. En palabras de la autora:

Ninguna colectividad se define jamás como Una sin colocar inmediatamente enfrente a la Otra. Bastan tres viajeros reunidos por azar en un mismo compartimiento, para que el resto de los viajeros se conviertan en «otros» vagamente hostiles. Para el aldeano, todos los que no pertenecen a su aldea son «otros», de quienes hay que recelar; para el nativo de un país, los habitantes de los países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros», para el antisemita, los negros lo son para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, los proletarios para las clases poseedoras⁶².

⁶² *Ibid.*, p. 4

Debe notarse que, siguiendo esto, hay una necesidad a nivel ontológico: para afirmarse y definirse se requiere un posicionamiento específico, un enfrentamiento ante el Otro. La otredad es una categoría fundamental u original de la conciencia (del pensamiento humano); el ser humano no puede pensarse a sí mismo más que pensando en lo Otro, capta al mundo únicamente bajo el signo de la dualidad, de lo Mismo y lo Otro⁶³. Esto no se da únicamente en un nivel de conciencia individual, sino también en las conciencias sociales: en las colectividades. Siempre que dos categorías humanas se encuentren frente a frente, cada una tiene la pretensión de imponer su soberanía a la otra. Además, toda libertad quiere encontrar en el Otro una libertad sumisa o dócil, sin resistencia, que ceda ante su soberanía.

Es notorio que esta visión no parte de una concepción de las relaciones entre los seres humanos como algo basado en un entendimiento espontáneo, en la empatía, la solidaridad o la amistad, es decir, como si dichas relaciones se dieran espontáneamente y, debido a la “gentil” naturaleza humana que busca complementarse con el Otro, no hubiera oposición, servidumbre o conflicto dentro de ellas. Por el contrario, parte de considerarlas como relaciones o sistemas de oposición. En este punto De Beauvoir sigue a Hegel y “descubre en la conciencia misma una hostilidad fundamental con respecto a toda otra conciencia; el sujeto no se plantea más que oponiéndose: pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inesencial, en objeto”⁶⁴.

Toda conciencia requiere enfrentarse a otra conciencia para afirmarse como sujeto. Esta oposición surge de la búsqueda de la propia afirmación, de la tendencia a querer presentarse como sujeto, forzando al otro a dar dicho reconocimiento: es una consecuencia del imperialismo de la conciencia humana, que trata de cumplir objetivamente su soberanía⁶⁵. Sin embargo, lo Otro, en tanto conciencia, tiene la misma pretensión que lo Uno, una pretensión ética: la de afirmarse, y, por tanto, también ejerce oposición. Todo sujeto tiene esta pretensión de afirmación, por ello, aunque lo Uno quiera creer que es el único con esta pretensión, al enfrentarse a otra conciencia se percata de

⁶³ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 26

⁶⁴ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 26

⁶⁵ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 21

que es una relación de reciprocidad. Ambos tienen la misma pretensión, lo cual desencadena una continua tensión.

Se trata de un continuo conflicto en el que ninguna de las partes quiere ceder, ya que de por medio se encuentra la propia trascendencia o afirmación; sin embargo, siempre hay una parte que logra subordinar a la otra y se posiciona como privilegiada. Como se mencionó anteriormente, en estos casos surge una relación de opresión, pues se está obstaculizando la trascendencia del Otro. Quien somete tratará por todos los medios de mantener a la otra parte en la opresión, incluso, procurará que no se note que ya no hay reciprocidad en la relación, ya que esto podría motivar a que lo Otro responda y busque movilizarse y, por ende, representa el riesgo de que la relación cambie o se invierta.

Puede verse que De Beauvoir sigue la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel⁶⁶ y define a la subjetividad a partir de ella: hay siempre una tensión entre lo Mismo y lo Otro, la cual tiene a la base la búsqueda de la afirmación o del devenir del sujeto. No hay sujeto sin enfrentamiento. Esta dialéctica se da como resultado de la reciprocidad de las libertades. De Beauvoir comparte la idea de que el amo (lo Mismo) no logra percatarse de la necesidad que lo une al esclavo (lo Otro), mientras que el esclavo sí se percata de la dependencia que tiene respecto al amo.

Toda conciencia busca plantearse a sí misma como un sujeto soberano, a través del sometimiento de la otra conciencia a la esclavitud. El inicio de toda dualidad se manifiesta en un conflicto donde una de las partes logró subordinar al Otro y se impuso como superior o absoluto. Incluso, lo Uno frecuentemente trata de justificar su supremacía a través de imponerla como un derecho que le pertenece: como algo dado que es incuestionable debido a que siempre ha sido así. Cuando el oprimido cuestiona esto, no halla respuestas que lo reivindiquen, pues las respuestas son dadas por quien ostenta el poder. Lo Uno crea narrativas que siempre le favorecen y lo justifican. En dichas narrativas también recurre a invocar características peyorativas para lo Otro, mismas que aparentemente justifican su menor estatus.

⁶⁶ Cfr. Hegel, *La fenomenología del espíritu*, p. 113-121

Evidentemente estas características son arbitrarias e injustas, pero son una buena excusa para mantenerse como lo Uno. Lo anterior cobra aún más importancia cuando lo Otro representa una amenaza o competencia significativa para el orden que lo Uno ha impuesto, es decir, cuando se ven en peligro los propios intereses y la moral que le conviene. Cuando el Otro intenta liberarse, el Uno trata de frenarlo por todos los medios. Toma una actitud paternalista, buscando mantener a los oprimidos en “su lugar”, un lugar impuesto y elegido arbitrariamente para ellos. Evidentemente lo Uno no quiere ver en peligro los derechos que él mismo se ha dado. No quiere que lo Otro tenga lugar en la creación del mundo, un mundo en el que lo Uno ha creado los valores, las costumbres, la historia, e incluso, la historia de lo Otro.

En palabras de De Beauvoir: “cuando un individuo o grupo de individuos es mantenido en situación de inferioridad, el hecho es que es inferior; pero sería preciso entenderse sobre el alcance de la palabra ser; la mala fe consiste en darle un valor sustancial cuando tiene el sentido dinámico hegeliano: ser es haber devenido, es haber sido hecho tal y como uno se manifiesta”⁶⁷. Lo Uno, pues, busca mostrar como cuestión de hecho el papel del Otro y deja anulado el sentido dinámico o recíproco de las relaciones; crea un estado ficticio de hecho para lo Otro, como si ontológicamente su lugar estuviera dado.

Contrario a ello, para la autora la categoría de lo Otro jamás tiene un sentido de absoluto, sino que es relativa. La reciprocidad de las relaciones entre lo Mismo y lo Otro es lo que le da el carácter de relativo a la otredad. La superioridad del Amo es provisoria y siempre hay posibilidad de que los roles se inviertan. En este sentido, hay que tener presente que lo Otro no se plantea a sí mismo como Otro de manera voluntaria y espontánea, sino que es lo Uno quien lo posiciona ahí, en ese espacio de otredad. Lo Otro no es una otredad de modo natural o innato, sino que es posicionado como Otro en una determinada estructura que lo Uno ha creado. Lo Otro no define a lo Uno, sino que es lo Uno quien, al tomar el papel de Uno (al autodefinirse como tal), posiciona a lo Otro como lo inesencial o secundario, como aquello que ya no tiene el poder de definirse y de posicionarse a sí mismo en el mundo.

⁶⁷ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 7

Lo Uno pretende fijar a lo Otro como objeto, limitando su capacidad de trascenderse a sí mismo; así, lo mantiene en la inmanencia: lo oprime con su (aparente) trascendencia soberana. A lo Otro le vienen dadas un sinnúmero de determinaciones sociales que, en vez de potenciarlo o permitirle trascenderse, lo limitan. Lo Uno encarna la trascendencia, mientras que lo Otro se halla atado a la inmanencia, a lo estático. En este sentido, lo Otro requiere de lo Uno para determinarse y definirse, pero lo Uno no requiere de lo Otro para definirse, de ahí su carácter de esencial. Lo Otro es lo que lo Uno decide que es, su ser se encuentra de por medio en esa relación, pues la opresión llega a un plano ontológico y ético.

De lo anterior se comprende que, si bien la relación entre lo Mismo y lo Otro, es decir, la relación con la otredad, se da de manera natural y recíproca, se vuelve problemática cuando la reciprocidad deja de darse en ella. Cuando se mantienen estáticos los roles y únicamente una de las partes se afirma como lo esencial, sin dar lugar a una respuesta y sin dejar ver la relatividad de su papel como Uno u Otro. La autora señala que hay veces en que una categoría consigue dominar a la otra por un tiempo prolongado; a veces años, o incluso décadas o siglos. Este es el caso de la relación entre el varón y la mujer, y en este trabajo se sostiene que también es el caso de la relación entre la sociedad y la vejez (los ancianos). De Beauvoir indaga cuáles pueden ser las causas de esta opresión prolongada, misma que no deja entrever un comienzo o un antes donde haya habido reciprocidad.

Menciona que la opresión frecuentemente se da debido a una desigualdad numérica, donde lo Uno, como la población mayoritaria, decide perseguir e imponerse frente a lo Otro, que es una minoría; incluso lo persigue a través de leyes que él mismo impone y que lo posicionan privilegiadamente frente a los Otros pocos. También puede surgir como consecuencia de un acontecimiento histórico o del propio desarrollo histórico. Sin embargo, cuando la opresión no se da a partir de algo concreto que es fácilmente perceptible, como en el caso de las mujeres y de la vejez, esto resulta aún más problemático, ya que fácilmente se piensa que las relaciones se dan de este modo de forma natural y necesaria. Debido a que no hay un antes que explique el origen de la subordinación de lo Otro, esto se ve como algo que siempre se ha dado así y que ni

siquiera resulta extraño, dejando de lado toda intención de modificarlo. No se ve como algo accidental, ni sometido al cambio: simplemente siempre ha sido así. En estos casos, la relación entre lo Mismo y lo Otro se torna en algo estático, en una relación de opresión.

De Beauvoir reconoce que es sumamente complicado que quien pertenece a lo Uno quiera renunciar a los privilegios que este lugar le proporciona, por lo mismo, difícilmente incentiva cambios. “Se necesita mucha abnegación para negarse a aparecer como Sujeto único y absoluto”⁶⁸ y para decidir ceder en beneficio del reconocimiento o reivindicación del Otro. Además, lo más frecuente es que lo Uno ni siquiera se percate de sus privilegios, sino que crea fervientemente en la ilusión que la sociedad ha creado. Una ilusión que sostiene que socialmente se considera a todos los seres humanos como iguales, con la misma dignidad social. Creyendo en ello, lo Uno convenientemente piensa que ya no hay jerarquías y que no hay nada que requiera abogar o luchar, pues todos, diferentes o no, son tratados bajo el ideal de la igualdad.

En estos casos, se cae en una hipocresía en la que convenientemente se apela a la igualdad de todos los seres humanos. Se piensa que si teóricamente se ha abogado por todas las personas y se ha estipulado que tienen los mismos derechos, en la práctica no hay diferencias, por lo que no se requiere una búsqueda de mejoras o cambios. Dicho de otro modo, la sociedad frecuentemente “tematiza el principio de la igualdad abstracta; pero la desigualdad concreta que observa no la plantea”⁶⁹. Le basta ver que en la teoría hay avances para dejar de lado el cuestionamiento de la realidad práctica, es decir, de las vivencias cotidianas y de las relaciones que se dan en ella. Resulta más cómodo creer en los ideales de igualdad que se han enseñado, sin ver las injusticias a las que se encuentran sometidos muchos seres humanos.

Aunado a lo anterior, en ocasiones lo Uno puede atribuirle al lugar que le ha impuesto al Otro características positivas para no tener remordimientos y no encontrar resistencia o reclamos por parte del Otro. Frecuentemente le atribuye características como la dicha o la felicidad, o apela a que la inmovilidad es dicha. Así, crea la ilusión de que la condición del Otro es dichosa y de que los roles estáticos no lo afectan, por el contrario, le dan

⁶⁸ *Ibid.*, p. 8

⁶⁹ *Idem*

posibilidades favorables. Bajo estas ilusiones lo que se consigue es que el Otro acepte la situación en la que se le colocó y que no busque una reivindicación. Se consigue crear un estado de dicha ficticio donde todo está bien.

Ahora bien, un punto importante es que De Beauvoir traza una distinción entre lo Otro absoluto y lo Otro sujeto, dando a entender que no todas las relaciones con lo Otro son iguales. Para la autora, lo Otro semejante u Otro sujeto es aquello con lo que lo Uno se relaciona en términos de reciprocidad y semejanza. En este sentido, se entiende que lo Uno puede establecer relaciones de dualidad con lo Otro, pero esto se da cuando no es posicionado como una otredad en sentido absoluto; cuando lo Uno lo posiciona ahí porque es su semejante y porque ofrece relaciones de reciprocidad y de semejanza: cuando le permite afirmarse sin ver en peligro radical a su ser. Lo Uno elige estratégicamente a semejantes a él para enfrentarse, ya que en estas relaciones no se halla expuesto al peligro como cuando se enfrenta a lo Otro absoluto.

Cuando lo Uno establece a una colectividad como lo Otro absoluto es cuando surgen los problemas, pues justamente ese sentido de absoluto implica que no lo vea o considere como un sujeto o semejante (pese a serlo), sino que lo posiciona como algo opuesto con lo que no se puede relacionar en términos de reciprocidad. Cuando se posiciona a un grupo como lo Otro absoluto, lo Otro no puede constituirse como un grupo separado frente a lo Uno y, por tanto, no puede tener una relación directa y autónoma con él. Se le quitan todos sus derechos y se le desconoce como sujeto. Lo Uno siempre trata de desplazar a lo Otro absoluto. Incluso, cuando este sea mostrado como lo esencial, es porque lo Uno decide posicionarlo en ese lugar, por lo que no hay una reivindicación real de los roles, sino un reposicionamiento que lo Uno ejerce acorde a su conveniencia.

De Beauvoir sostiene que lo Otro absoluto es la mujer, quien ha sido posicionada así por los varones, sin embargo, también reconoce que hay otros Otro que han sido posicionados en ese espacio. Siguiendo esto, en este trabajo se sostiene que una de esas otredades absolutas es la vejez. Cabe mencionar que la autora también señala que todo sujeto busca enfrentarse a lo Otro absoluto porque sólo así ejerce una oposición que no es solamente abstracta, sino que afirma plenamente su ser. En sus propias palabras: “no hay presencia de lo otro nada más que si lo otro está presente a sí mismo:

es decir, que la verdadera alteridad es la de una conciencia separada de la mía e idéntica a ella⁷⁰.

A partir de lo anterior se entiende que la alteridad u otredad radical que es buscada por el ser humano es aquella en la que se enfrenta a otro ser humano que le es diferente (porque es Otro), pero que, en tanto conciencia, es su similar. Únicamente la existencia de otros seres humanos permite que cada sujeto se cumpla como trascendencia y que no se estanque en la mera inmanencia. El ser humano logra trascenderse y cumplir la verdad de su ser únicamente cuando se enfrenta a Otro que es en sí. El ser humano solo puede realizarse en relación con sus semejantes, no puede hacerlo en la soledad. Requiere ponerse en peligro frente al Otro para trascenderse a sí mismo constantemente. Lo Otro es una resistencia buscada, solo a través de él se da la propia afirmación.

Sin duda, pues, la relación con los otros seres humanos es una relación problemática, ya que si bien hay una necesidad ontológica que surge del hecho de que el ser humano requiere de los otros para trascenderse, también está el hecho de que el Otro, en tanto libertad extraña, confirma la libertad propia, pero a la vez entra en conflicto con ella. La autora afirma que este problema “puede superarse mediante el libre reconocimiento de cada individuo en el otro, planteándose cada cual a sí mismo y al otro, a la vez, como objeto y como sujeto en un movimiento recíproco”⁷¹. Dicho de otro modo, esto puede solucionarse si las relaciones entre lo Uno y lo Otro mantienen su movilidad y reciprocidad y no estancan los roles, sino que dan lugar a un constante movimiento que va cambiando quién se halla favorecido y quién no, evitando así relaciones de opresión.

Sin embargo, esto no se da así, debido a que las virtudes que se requieren para dar este paso son complicadas de ejercer y en la realidad cotidiana quien se encuentra en un lugar privilegiado no quiere perderlo ni cederlo, aunque sea temporalmente, por lo que busca conservarlo por todos los medios, incurriendo en una opresión que fácilmente se

⁷⁰ *Ibid.*, p. 57

⁷¹ *Idem*

torna en violencia y que llega a límites que dejan totalmente de lado la responsabilidad moral que idealmente debería tenerse para con el Otro.

Ahora bien, una pregunta importante que De Beauvoir elabora al inicio de *El segundo sexo* y que da pie a toda su obra es ¿por qué hay que definir a la mujer con relación al hombre? Este cuestionamiento puede realizarse en torno a muchas otras relaciones sociales donde hay opresión o rechazo, como la relación de la sociedad con la vejez. Llevando esta pregunta a una dimensión más amplia, lo que la autora cuestiona es ¿por qué hay que definir a lo Otro (rechazado) a partir de lo Uno (la sociedad)? Para responder a lo anterior, De Beauvoir sostiene que para reconocer plenamente a la otredad hay que comenzar por no definirla a partir de la mismidad; es decir, que no hay que tomar como punto de partida la relación que tiene con lo Uno, sea esta del tipo que sea; por el contrario, hay que partir de lo Otro como algo en sí mismo, que merece su propio espacio o definición. Para que haya un reconocimiento del Otro, este no debe hallarse sometido a definirse a partir de lo Uno ni de nada externo, pues eso implica seguir dándole privilegios a lo Uno, o, incluso, es reafirmar su dominio sobre lo Otro.

Además, como ya se mencionó, siguiendo al existencialismo no hay esencias concretas, por lo que no hay una definición que diga qué es ser mujer o qué es ser adulto mayor. Si bien hay una visión cultural muy marcada de cómo se concibe a estos sujetos en la sociedad, lo cual incluso pasa a verse como lo que son, hay que notar que se trata únicamente de una construcción que se ha desplegado progresivamente en la sociedad, y que está en manos de los sujetos oprimidos buscar la reconquista de sí mismos para adquirir su propia definición o identidad a partir de sus propios criterios.

Respecto a lo anterior, algo interesante es que De Beauvoir no considera que la negación de las esencias concretas, es decir, de algo que ontológicamente subyace para definir qué es ser mujer, judío, o, en este caso, anciano, siempre es un avance en la liberación de los sujetos oprimidos, sino que muchas veces trae consecuencias negativas: es una huida. Se huye de lo que esa esencia implica para remitirse a otra esencia que no es segregada socialmente, por ejemplo, al sostener que no hay una imagen fija o esencia de lo que es ser anciano, el individuo puede pretender que es joven y buscar huir a esa

esencia para evitar la segregación que la imagen de anciano despierta. Así, no hay una aceptación de lo que uno es, sino una huida camuflada para evitar el rechazo.

La realidad es que cuando los sujetos segregados, como la mujer o el anciano, se presentan ante el mundo, lamentablemente tienen que hacerlo anteponiendo siempre “su verdad”: que son mujeres o ancianos, para adquirir con ello todo lo que socialmente esos roles implican. La autora no pierde de vista que las personas se encuentran situadas de forma singular, por lo que es erróneo argumentar simplemente que no hay entidades absolutas o verdades que signifiquen a los sujetos en el mundo. Sin embargo, también destaca que esto no acontece así para todas las personas, sino únicamente en el caso de los grupos segregados, los cuales no tienen reconocimiento y tienen que cuestionarse qué implica su ser, debido a su situación concreta que los mantiene limitados.

Por el contrario, los varones, quienes no se hallan sometidos y poseen poder y reconocimiento, no son una singularidad, sino que incluso pueden ser considerados como el tipo humano absoluto: están en pleno derecho de ser hombres⁷². Además, no son todos los hombres los que poseen este estatus, sino que son los hombres jóvenes y productivos. Las mujeres u hombres ancianos, por el contrario, no son vistos del mismo modo. Aquí entran dos situaciones que dan pie al rechazo social: el machismo y el capitalismo.

Ahora bien, como ya se mencionó, lo Otro no se reduce al discurso que lo Uno da de él, por ello, De Beauvoir menciona que para que lo Otro se mantenga en ese espacio de otredad y no retorne a lo Uno debe asumir dicha extrañeza. Debe someterse al espacio que se le impuso: al juicio de la sociedad⁷³. Se requiere cierta sumisión de lo Otro para que no responda a lo Uno: para que no luche por retornar al espacio de lo esencial. A partir de lo anterior se comprende lo elemental del hecho de que lo Otro luche por el poder de auto-representarse y por adquirir una identidad propia.

En este punto, De Beauvoir argumenta algo que puede resultar polémico. Sostiene que lo Otro puede beneficiarse de su posicionamiento como otredad, debido a que hay cierta

⁷² Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 3

⁷³ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 6

ventaja que surge de su alianza con la Mismidad, es decir, de su relación de no reciprocidad con ella. Negarse a ser lo Otro implica renunciar a ventajas que implican su complicidad o pasividad, por ello, muchas veces opta por no luchar para retornar a lo Uno, sino que se queda conscientemente en ese espacio de extrañeza que representa ser lo Otro. Lo que se evita es el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus fines sin ningún tipo de ayuda o guía⁷⁴. Evita la angustia de ser una libertad plena, por el contrario, se halla en la aparente comodidad de estar sometido a la libertad de lo Mismo (de alguien que no es sí mismo). Dicho en palabras de la autora:

Al lado de la pretensión de cada individuo de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad para constituirse en cosa; es ese un camino nefasto, en cuanto que pasivo, alienado y perdido; resulta entonces presa de voluntades extrañas, cercenado de su trascendencia, frustrado de todo valor. Pero es un camino fácil: así se evitan la angustia y la tensión de una existencia auténticamente asumida⁷⁵.

En este sentido, las razones de la perpetuación de la relación entre lo Uno y lo Otro son muchas y no siempre tienen su origen del lado de quien domina u oprime (lo Uno), sino que el oprimido (el Otro) puede ver beneficios en ello y decidir no oponer resistencia. La angustia de ser un sujeto libre es una angustia agotadora que muchas veces se prefiere evitar. Ceder la libertad y quedarse en el espacio del Otro evita conflictos, sin embargo, también implica dejar de ser un sujeto y cosificarse. De Beauvoir critica este camino, pues es un camino pasivo que deja de lado las pretensiones de oposición o resistencia que naturalmente se dan en los sujetos. Deja de lado la reciprocidad de las relaciones y da lugar a una mera pasividad que frustra al propio sujeto y que reduce su valor.

Si bien la autora argumenta esto respecto a la relación mujer (Otro)-varón (Uno), esto puede extenderse a otras relaciones. En este punto, habría que cuestionar hasta qué punto esto se da en la experiencia cotidiana y de qué modo lo hace. Sin duda, puede haber veces en que el oprimido prefiere mantenerse en ese espacio, pero asumir que es por evitar conflictos existenciales aún mayores es problemático. En los rechazos que se

⁷⁴ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 6

⁷⁵ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 6

dan en la cotidianidad entran en juego muchos aspectos, incluso psicológicos o sociales, que interfieren en esta sumisión elegida (si es que puede llamarse de ese modo).

Resulta problemático apelar solamente a que se está ahí por comodidad, ya que de hecho esos espacios suelen ser demasiado incómodos en todos los aspectos. Para afirmar o negar lo anterior hace falta un análisis más profundo, sin embargo, esto escapa de los objetivos de este trabajo, por ello, solo se destacará el hecho de que la otredad debe tener una actitud activa y la disposición de enfrentarse a lo Mismo para evitar el estancamiento de su relación: para mantener el juego o dialéctica de lo Mismo y lo Otro.

Expuesto esto, hay que resaltar algunos aspectos importantes que se desprenden del pensamiento de la autora. El primero, es que lo Otro no es, bajo ningún contexto, esencialmente lo Otro: su esencia no es ser lo Otro, sino que esto viene impuesto por la dinámica social (donde domina lo Uno). Por ello, no se puede apelar a que ese lugar le corresponde naturalmente, sino que debe entenderse como un espacio impuesto, más que como un espacio elegido o deseado. Es un espacio que no es permanente en sí mismo y que debe ser transitorio para evitar caer en roles estáticos dentro de la dinámica social, roles que normalizan relaciones sociales de opresión y dejan de lado la búsqueda del reconocimiento de todos los seres humanos.

El segundo, es que para la autora es importante que los seres humanos reconozcan las discriminaciones sociales. Si bien estas suelen parecer insignificantes para quien no las vive, tienen graves repercusiones (morales, sociales, etc.) para quienes son su objeto de rechazo (como las mujeres y los ancianos). Así, al seguir en su obra al existencialismo, ve como un mal a toda opresión que lo Uno ejerce sobre lo Otro, lo cual puede verse en las temáticas sociales tan importantes que aborda, donde cuestiona de dónde surge el rechazo y cuál ha sido y es la situación de las personas rechazadas en el mundo.

Por último, es importante ver que la distinción entre la mismidad (lo Mismo o Uno) y la otredad (lo Otro) se ha impuesto de muy diversas maneras en las relaciones sociales, sin embargo, siempre se ha mantenido como un fenómeno existente: siempre se ha posicionado a ciertos grupos en ese espacio, aunque las causas, expresiones y el impacto del rechazo hacia ellos han variado.

4.1.2 Emmanuel Lévinas

En la obra de Emmanuel Lévinas hay una fuerte preocupación por la intersubjetividad u otredad, de hecho, gran parte de su pensamiento gira en torno a este tema o lo mantiene presente. El autor critica el hecho de que la filosofía occidental se ha centrado en muchos otros problemas y ha dejado de lado esta temática tan fundamental. Decide abordar este problema a partir de un enfoque ético, denotando que lo humano debe estudiarse desde ahí antes que desde cualquier otra disciplina. La relación con el Otro es abordada éticamente. Su ontología está precedida por una dimensión ética: por la responsabilidad para con el Otro que viene dada en el ser del ser humano. Lévinas rechaza analizar la relación con el Otro desde un enfoque epistémico, es decir, como si el Otro se presentara como un objeto ante un sujeto (el Yo). Contrario a ello, sostiene que la relación con el Otro es anterior a toda relación de conocimiento, se da como algo fundamental.

Sin duda, la preocupación ética que el autor expone a lo largo de sus obras, escritas y publicadas en años próximos (durante y después) a la Segunda Guerra Mundial, tiene una gran influencia de las difíciles vivencias que como judío experimentó en aquella época. Lévinas presencié los horrores de aquella guerra; estuvo confinado en un campo de concentración alemán, teniendo que huir gran parte de su vida y padeciendo el asesinato de la mayor parte de su familia. “Lévinas es uno de los escasos «filósofos judíos», es decir, aquellos para quienes la específica experiencia del judaísmo es principio de su pensamiento. Por ello, toma sobre sí la experiencia de la segregación y quiere hacerla expresarse en su propio lenguaje”⁷⁶.

Hay que tener en cuenta esto para entender su preocupación ética, ya que ante todo él es un filósofo judío que nota la necesidad de replantear las relaciones entre los seres humanos para evitar desgracias como las que sucedieron durante el holocausto: hay que hacer algo para evitar desgracias como las que la xenofobia produce. Si bien para él la ética es anterior a la ontología, no por ello niega la importancia que ambas tienen. La ontología únicamente tiene un papel secundario, fundado, pero sigue siendo importante.

⁷⁶ Antonio Pintor Ramos, “Introducción”, en *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 24

En este sentido, sostiene que la pregunta por el sentido de la moral implica una discusión con la tradición filosófica occidental, pues esta le ha conferido la primacía a la ontología.

Por todo lo anterior, no hay que perder de vista el importante aporte que Lévinas ofrece con su pensamiento. Pone en entredicho a toda una tradición y, además, busca cimentar un nuevo modo de pensar al mundo y a las relaciones que se tienen con los demás seres humanos: a partir de la ética. Sostener que la filosofía primera es la ética pone en entredicho la supremacía de la dimensión teórica de la razón e implica una búsqueda por reivindicar la prioridad de la dimensión práctica⁷⁷: se apuesta por el hecho de que el ser humano es ante todo un sujeto ético.

Lévinas argumenta que él no pretende fundar una ética, sino hallar su sentido. No pretende proponer o imponer una moral (reglas y leyes morales), sino que busca mostrar cuál es la esencia de toda relación ética, en general. Busca romper con las filosofías de la totalidad que han estado tan arraigadas en el pensamiento occidental, las cuales sostienen que todo puede ser totalizado en un único sentido (en una totalidad), en un solo saber. Afirma que la filosofía ha sido un pensamiento de lo igual, donde lo Otro es abarcado por lo Mismo y no se deja espacio para que la diferencia se exprese. Lo diferente ha sido asumido bajo el ser, por ello, no hay un reconocimiento de ello. El pensamiento que ha predominado es que toda trascendencia se da siempre dentro del ser. Bajo esta perspectiva resulta imposible pensar algo totalmente Otro, porque siempre se piensa a partir de lo Mismo.

Lévinas critica el imperio total o totalitario del ser porque ha imposibilitado reconocer lo diferente. Apuesta por un nuevo pensamiento: el de la ética del rostro. Busca dar pie a un pensamiento en el que se pueda pensar la verdadera trascendencia sin reducirla a un mero juego neutro dentro del ser. En su filosofía apuesta por lo desigual. No busca concebir a todos los sujetos bajo una misma línea discursiva, en la que se haga todo homogéneo e impersonal, sino que da pie al reconocimiento del carácter diverso e irreductible de los seres humanos y de sus relaciones.

⁷⁷ Cfr. Philippe Nemo, "Presentación de la edición española", en *Ética e infinito*, p. 13

Ahora bien, para el autor la humanidad del ser humano radica en su responsabilidad para con el otro. Si bien el Yo busca apropiarse de aquello con lo que se encuentra para identificarlo consigo mismo, este no es su elemento constitutivo por excelencia. La característica que le da su carácter de humano al ser humano, donde descubre su humanidad, es en su estar abocado hacia afuera, a lo más exterior: está abocado hacia otro ser humano, hacia alguien que no es el Yo, hacia lo fuera de sí.

Para el autor la existencia (el hecho de ser) es lo más privado que hay porque es incomunicable. Sostiene que “lo social está más allá de la ontología”⁷⁸. Ningún ser humano puede hacer que el Otro experimente su existencia, su ser o su soledad. Los seres humanos no pueden intercambiar con los otros su propio existir. La relación con el existir es naturalmente una relación interior e incomunicable. Aunque siempre se esté inmerso en relaciones transitivas con otros seres, nunca se es lo Otro. Lévinas se cuestiona cómo se puede salir de esa soledad y cómo se puede compartir lo que se es. Lo que busca no es solamente salir de la soledad, ya que esta se da únicamente como una marca del ser; lo que busca es salir del ser.

Al indagar en ello, sostiene que el conocimiento no es la vía debido a que este se da como algo inmanente, como una relación con una alteridad que se suspende y que se hace a la propia medida: hay una apropiación de por medio. En el conocimiento no se puede salir de sí porque únicamente se trata de una adecuación: se permanece en la mismidad (en lo Mismo) y lo Mismo domina a lo Otro. No hay comunión con lo Otro; no implica socialidad, sino que se sigue en soledad. En este sentido, la relación con el Otro no es una relación sujeto-objeto. El otro ser humano no se presenta como un mero objeto. Al Otro no se le tematiza, ni se le analiza; ni tampoco se trata de una mera relación de comunicación de saberes. La socialidad debe tener otra estructura debido a que es una forma de salir del ser de otra manera que por el conocimiento⁷⁹, en ella, se rompe el modelo del saber y se sale del ser de un modo auténtico.

La relación con el Otro se da como una demanda hacia el propio ser, por ello, no puede reducirse a la inteligibilidad o al saber, sino que se da como una totalidad. No se reduce

⁷⁸ E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 53

⁷⁹ Cfr. E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 56

a una mera síntesis o a una relación que se da con algo que se tiene enfrente y que puede o no concordar con la propia percepción o representación, o con cualquier acto pensante, sino que va más allá. Es evidente que el Otro tampoco puede reducirse a un concepto o a una extensión del Yo, pues se trata de algo totalmente Otro, de una totalidad imposible de sintetizar o de reducir: es una totalidad radicalmente trascendente. Cuando se está frente a él, se nota que es algo que trasciende los conceptos y los actos pensantes. Para explicar esta relación, Lévinas la nombra una relación cara-a-cara.

Al estar cara-a-cara con el Otro, al tenerlo de frente, toda la significatividad de esta relación excede cualquier concepto o frase y se muestra como algo que trasciende al Yo que se enfrenta a él. El Otro no es Otro porque el Yo lo perciba así, o debido a alguna de sus características: el Otro es irreductible. Siguiendo esto, la socialidad o la relación entre los seres humanos es algo que no se puede sintetizar de ningún modo. Esta relación supone a la moralidad, misma que es un componente preliminar de la totalidad. Por ello, la filosofía primera es una ética: hay que indagar primeramente en la socialidad, en la relación cara-a-cara de los seres humanos, con la moralidad que en ella viene. Se debe indagar en la significación moral de la socialidad⁸⁰.

Para Lévinas la ontología no puede expresar la exterioridad en toda su plenitud; es por este motivo que se vuelve necesario recurrir a la ética y a su lenguaje imperativo. Lévinas no aborda la proximidad hacia el Otro en términos del ser, sino que busca salir de ello y se remite a una socialidad pura, a una proximidad plenamente sincera que excede los términos o conceptos de la ontología. Sin embargo, no se trata de negar o de desconocer al ser, sino de reconocer que la socialidad sobrepasa este ámbito y que requiere ser abordada en otros términos.

Con base en lo anterior, el autor sostiene que la sociedad no es una mera adición: “en la relación interpersonal no se trata de pensar juntos al otro y a mí, sino de estar o ser enfrente, de cara. La verdadera unión o el verdadero conjunto no es un conjunto de síntesis, sino un conjunto de cara-a-cara”⁸¹. Al estar cara-a-cara, frente al Otro, el Yo se enfrenta a la distancia insuperable que hay entre el Otro, en tanto radical diferencia, y él.

⁸⁰ Cfr. E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 65

⁸¹ E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 66

Siguiendo esto, no se trata de pensar al Otro y al Yo juntos, sino de respetar la radical diferencia que hay entre ellos.

Es por este motivo que para Lévinas la filosofía primera es una ética, ya que solo esta respeta la radical diferencia del Otro, sin reducirlo, sino aceptándolo como una exterioridad, como algo totalmente fuera de sí. La relación con los otros viene dada ante todo como una socialidad ética. En este punto, el autor trae a colación un punto central en su pensamiento: el rostro. El rostro es entendido como el mirar al Otro cara a cara, como un enfrentamiento, en el sentido de tener enfrente a otro ser humano. El acceso al rostro es de entrada ético. La sujeción por el Otro viene dada en la llamada de auxilio que emana de él y que es reflejada en su rostro. El autor analiza la experiencia del rostro desde una experiencia cotidiana: el enfrentamiento cara a cara con otro ser humano. Parte de los gestos y de la corporalidad única del ser humano; de la sensibilidad propia de lo humano, la cual es imposible de igualar discursivamente. Solo en el cara-a-cara se siente la presencia del Otro, la cual demanda que se le auxilie y hace al Yo responsable de él incluso antes de que actúe.

He aquí la radical importancia y significatividad de la famosa frase de Lévinas: “la mejor manera de encontrar al otro es la de ni siquiera darse cuenta del color de sus ojos”⁸². Esta frase deja entrever que si uno repara en los rasgos del rostro del Otro ya de entrada lo objetualiza y, por ende, ya no se entra en una relación ética con él. La relación con el Otro no se trata de un mero mirar o de algo proveniente de la percepción, tampoco se reduce a la representación. El rostro no se reduce a la percepción, no puede convertirse en un mero contenido del pensamiento, sino que lo sobrepasa, va más allá. Es una invocación que escapa a toda posible tematización o comprensión. Es un mirar radical que trasciende cualquier rasgo.

En este sentido, “la relación auténtica con el otro no es la visión, sino la respuesta: la responsabilidad”⁸³. Ante la exigencia que emana del rostro del Otro, el Yo no puede quedarse en la quietud, sino que siente la necesidad de responderle, de voltearse hacia afuera, de voltearse hacia él y de verlo de frente. Hay una inversión: voltea y lo mira, le

⁸² *Ibid.*, p. 71

⁸³ *Ibid.*, p. 73

responde. El rostro del Otro se muestra como desprotegido y el Yo siente la responsabilidad de auxiliarlo. Sabe que debe buscar responderle por todos los medios. En el rostro del Otro hay una llamada al dar y al servir. Pide auxilio y demanda no dejarlo solo o abandonado.

La relación con el Otro se da como una exigencia que emana del Otro y que llega a lo más profundo del propio ser, como un auxilio o un pedido de ayuda. Esta demanda implica una renuncia al sí mismo y a su tendencia que lo inclina a buscar la apropiación del mundo. El sentido de lo humano es un sacudir ético que llega a lo más profundo del Yo y que es despertado por el Otro. La relación con el Otro implica una perturbación de lo Mismo. Lo humano se halla en lo profundo del ser, pero esto no es un lujo, sino que conlleva algo prioritario: responsabilidad ética para con el otro ser humano.

El Yo no puede escapar de esta responsabilidad, sino que está sujeto a ella: es rehén. Los términos rehén y sujeto toman un papel importante en el pensamiento del autor porque se trata de una responsabilidad previa a toda elección, la cual ata o sujeta al Yo y lo hace preso. En este sentido, contrario a muchas concepciones de la subjetividad, para el autor “la subjetividad humana no es autonomía o auto-afirmación, sino que significa sujeción al otro, quien, de esta peculiar guisa, me singulariza al asignarme la irrenunciable tarea infinita de socorrerle”⁸⁴.

Muy diferente a lo que viene afirmando De Beauvoir, para Lévinas la subjetividad es tomada en términos de sujeción, por encima de cualquier libertad. No se trata de una libertad plena que busca afirmarse frente al Otro, sino de una demanda que está en cada ser humano y que es anterior a su libertad o voluntad. La libertad no es lo que constituye al sujeto, ni su característica esencial. Se trata de algo que está fuera de la elección, pues precede a toda toma de posición respecto al prójimo. La responsabilidad para con el Otro no permite elección, irrumpe en el ser humano y le manda.

Antes de cualquier afirmación de sí mismo está la tarea de socorrer al Otro, de responsabilizarse por él. Se es Yo en tanto que se le responde al Otro. Hay un deber ético hacia el Otro por excelencia. No se puede rehuir de él, no se puede renunciar a la

⁸⁴ *Ibid.*, p. 15

responsabilidad que se tiene hacia él. Esta relación es la única que singulariza y que le da identidad al ser humano, ninguna otra relación o acción le da esta singularización. La responsabilidad para con el Otro posiciona al Yo como insustituible o único y, así, le da su identidad. En este sentido, la identidad o subjetividad pasa a segundo plano, ya que solo puede darse como algo fundado, como algo que requiere al Otro (a lo intersubjetivo) para afirmarse. Un sujeto solo puede ser un Yo cuando responde ante el Otro, sin ello, no adquiere identidad.

En palabras de Lévinas: "la responsabilidad [...] no es un simple atributo de la subjetividad, como si ésta existiese ya en ella misma, antes de la relación ética. La subjetividad no es un para sí; es, una vez más, inicialmente para otro"⁸⁵. La responsabilidad tampoco es un elemento de la conciencia. La subjetividad está siempre volcada hacia afuera. El lazo con el Otro se da únicamente como responsabilidad. No importa si es asumida o no, tampoco importa lo que se puede hacer por el Otro, este es el único modo en que puede darse⁸⁶.

El fundamento de la relación con el Otro se da en la responsabilidad y no en la libertad, aunque esta aparezca posteriormente. Hay que notar que la noción de responsabilidad tradicional sostiene que un sujeto libre y autónomo decide actuar de cierto modo y, por ende, se hace responsable por elección. Contrario a ello, Lévinas desarrolla un concepto de responsabilidad en el que no predomina la elección o libertad, sino que antecede a todo y no proviene de la decisión de un sujeto.

El autor lleva la relación ética con el Otro aún más lejos y sostiene que la responsabilidad para con el otro es una responsabilidad para con todos los seres humanos y, además, no exige reciprocidad. Este es un rasgo importante porque si bien el Yo es responsable del Otro, no puede exigirle lo mismo, ni actuar con miras a que el Otro también responda por él. Al ser humano no le incumbe si el Otro es responsable de él o no, tampoco debe

⁸⁵ *Ibid.*, p. 80

⁸⁶ Cfr. E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 81

importarle cómo asume esta responsabilidad. Ese es asunto suyo. La relación intersubjetiva es una relación asimétrica que no pide reciprocidad⁸⁷.

La no exigencia de reciprocidad debe entenderse como el hecho de que el Yo tiene una responsabilidad ineludible ante la vulnerabilidad o el sufrimiento del Otro. Hay que tener claro también que la asimetría de la relación con el Otro no significa que una de las partes es superior o inferior. No se trata de propiedades que son exclusivas del Yo o del Otro y que los distinguen tajantemente, sino del desinterés que hay de por medio en esta relación y que denota siempre que el Yo es más responsable que el Otro.

El Yo siempre debe dar un paso más, en el cual se expone y responde más: se anticipa al llamado del Otro. El Yo está sujeto al Otro por la responsabilidad que tiene hacia él y que puede o no ser correspondida. Le corresponda o no, sigue sujeto a él: es su rehén. El Otro le da el mandato de abrirse ante él. La responsabilidad para con el Otro lo impela y lo ordena al Otro, sin importar de qué Otro se trate. Se lo hace próximo: lo acerca a él. Además, esta responsabilidad es intransferible. Nadie puede sustituir a nadie; es una demanda al propio ser de cada ser humano. En palabras del autor:

El sujeto no es un yo trascendental intercambiable por otro; tampoco es otro-yo al que doy voz desde la absolutez de la conciencia que me constituye, ni siquiera otro polo en una previa comunicación que me incluye a mí y desde la cual lo «tuteo». El sujeto es la experiencia del otro como totalmente otro, que se me impone pasivamente como algo único no deducible de ninguna categoría, que me hace responder de él sin permitirme que mi arbitrio decida aceptarlo o rechazarlo, que me hace responsable antes de que pueda responderle. Lo que él tiene de totalmente otro es la intransitividad de su relación conmigo: tengo que responder de él antes de que él me responda y aun cuando no me responda; solo esta responsabilidad, al margen de cualquier intercambio de informaciones, me constituye como sujeto único que ni puede evadirse ni dejar su puesto a otro. Soy sujeto cuando aparezco *atado* con una responsabilidad que ni me he buscado ni procede del tiempo que domina mi conciencia⁸⁸.

La identidad del sujeto para Lévinas implica la imposibilidad de desentenderse de la responsabilidad para con el Otro. En la responsabilidad para con el Otro el sujeto es

⁸⁷ Cfr. E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 82

⁸⁸ E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 27

despojado de todo, hasta de la soberanía del Yo. Deja de lado lo que tiene en común con otros seres humanos y se vuelve único porque nadie puede reemplazarlo en su respuesta.

El Otro es trascendencia porque sobrepasa al Yo y no puede reducirse a él: tiene una irreductibilidad absoluta. Lo anterior tiene un valor ético radical. Lévinas trata de dar una nueva noción de subjetividad que no parte de la conciencia, de la tematización, o del saber. Parte de la sensibilidad entendida como proximidad, no como saber. La relación con el Otro no puede ser expuesta ni tematizada en imágenes. Es inconmensurable. No puede mantenerse dentro de un tema. Tiene un modo de significar distinto, más allá de lo visible e invisible⁸⁹. Este pensamiento es sumamente innovador, ya que lejos de ver al Otro en términos de oposición o amistad, va más allá y posiciona a la relación que se tiene con él como algo primordial: como la base sobre la cual se da la subjetividad. El Otro es irreductible a la subjetividad, es algo más original que le precede. No se trata de un mero querer o de un simple atributo de la subjetividad, sino de una demanda. De una orden que se da antes de cualquier tiempo.

No se trata de un Yo que antepone su identidad en cualquier relación. El Otro lo sujeta y lo acusa: lo hace único. Se es sujeto en tanto sujeción, se está enraizado al Otro, sea quien sea. La subjetividad se da en términos de sujeción y no de persona. En esta relación se abandona la subjetividad soberana y activa. Hay una de-posición del sujeto⁹⁰. Hay un acercamiento pre-original hacia el Otro: es la responsabilidad ilimitada que se tiene respecto a él. Es una puesta en cuestión radical, en ella, el Yo se remite a sí mismo más allá de su identidad, antes de toda conciencia de sí. Para Lévinas, dar es prioritario y viene de la mano con la responsabilidad para con el Otro. Es algo que no se puede aceptar o rechazar; ni siquiera puede elegirse: se ha sido sujeto de ella previo a todo. Se trata de una pasividad plena porque implica la exposición total frente al Otro: el Yo se da y es totalmente vulnerable. Hay una exposición al Otro sin asumir dicha exposición. Es

⁸⁹ Cfr. E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 164

⁹⁰ Cfr. E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 99

un desnudamiento pleno, una sensibilidad a flor de piel, un ofrecimiento que llega hasta el sufrimiento: es sensibilidad⁹¹. Implica un sacrificio sin reservas ni condiciones.

Se está expuesto porque se está a merced de la libertad y del destino del otro ser humano: el Yo se expone sin ningún abrigo. El Yo tiene una responsabilidad para con las libres iniciativas del Otro. La responsabilidad implica que no se pueda ser indiferente ante él: que la diferencia no implique que el Otro sea indiferente para uno. En la relación con el Otro no se borran las diferencias entre el Yo y el Otro como en las relaciones que suponen reciprocidad. El Otro no puede ser la extensión de lo Mismo, eso sería cosificarlo y reducirlo. Hay un derramamiento o donación del Yo hacia el Otro, una inversión.

Para Lévinas el primer mandato del rostro es el “no matarás”. El encuentro con el rostro del Otro despierta a la conciencia moral que ante todo dice no matarás. En palabras del autor:

El «No matarás» es la primera palabra del rostro. Ahora bien, es una orden. Hay, en la aparición del rostro, un mandamiento, como si un amo me hablase. Sin embargo, al mismo tiempo, el rostro del otro está desprotegido; es el pobre por el que yo puedo todo y a quien todo debo. Y yo, quienquiera que yo sea, pero en tanto que «primera persona», soy aquel que se las apaña para hallar los recursos que respondan a la llamada⁹².

En este sentido, “no matarás” refleja la responsabilidad ética que se tiene al estar cara-a-cara con el Otro. Es el llamado que se da cuando cualquier ser humano está ante otro ser humano, mismo que, antes de cualquier diferencia, hace que se le reconozca como un semejante; el Yo se reconoce en él y, por ende, le incomoda si quiere atentar contra el Otro. El autor ejemplifica esto con el hecho de que cuando se han realizado masacres contra diferentes grupos sociales, regularmente se busca cubrirles el rostro para evitar ver su sufrimiento de frente: para evitar sentir la mirada del Otro y no enfrentarse a la demanda que viene de él. “El 'no matarás' se vuelve infinitamente exigente –y a la vez

⁹¹ Cfr. E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 60

⁹² E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 75

prometedor- al traducirse como la obligación de que el otro viva. En términos de Lévinas esta responsabilidad por la vida del otro recibe el nombre de 'maternidad ética'⁹³.

Resulta interesante que el rostro del Otro es visto como un mandato y a la vez como algo desprotegido. Ambos elementos van de la mano: en su desprotección el Otro reclama el auxilio de cada ser humano para socorrerlo desinteresadamente. El des-interés implica que se actúe guiado por la responsabilidad para con el Otro, sin ver si esto es recíproco o no. No debe actuarse con miras a que el Otro responda del mismo modo. La verdadera responsabilidad se da cuando se es capaz de olvidar la exigencia de reciprocidad. El interés puede ser entendido como el egoísmo, el *conatus*, que hace que todo ser humano quiera permanecer en sí mismo e imponerse. En este sentido, el des-interés significa dejar de lado el egoísmo para responder al mandato que viene del Otro, priorizándolo por encima del sí mismo. Para Lévinas, la significación del rostro es la base de todas las relaciones entre los seres humanos.

La responsabilidad para con el otro no tiene una limitación o meta: no hay un punto cumbre en el que es saciada, sino que mientras más se responde por el Otro, más se está sujeto de la responsabilidad para con él. Nunca puede decirse que se ha hecho todo lo posible por el Otro, siempre hay más: el ser humano siempre puede responsabilizarse más. Cuando se asume la responsabilidad, vienen de la mano más responsabilidades. La exigencia ética es insaciable, no hay delimitación y, por ende, ahí se manifiesta el infinito. Todo ser humano es responsable para con todos los seres humanos y nunca hay un punto en el que lo da todo. En este sentido, una vida verdaderamente humana no puede quedarse en la quietud, en la mismidad, o en el ser, sino que debe buscar ir hacia el Otro. Debe haber un despertar hacia el Otro. Se debe salir de lo igual para apostar por lo desigual.

Hay que reiterar que en la relación ética con el Otro no hay una anulación de su alteridad, ni tampoco hay una anulación del Yo en el Otro, sino que se está atado a él antes de cualquier relación. "El prójimo no me concierne porque sea reconocido perteneciente al mismo género que yo; al contrario, es precisamente otro. La comunidad con él comienza

⁹³ Silvana Rabinovich, *Heteronomía*, p. 2

en mi obligación a su vista. El prójimo es hermano”⁹⁴. Independientemente del vínculo con el otro, o de la semejanza que se pueda tener con él, todo ser humano es responsable de él. Se trata de una responsabilidad radical: no se elige ser responsable del Otro porque sea afín o agradable, ni siquiera porque sea similar, sino que se invita a una responsabilidad que se da porque cada ser humano está hermanado con el Otro. En este sentido, hay exceso de responsabilidad porque esta nunca está saciada.

Expuesto lo anterior, hay que precisar que al hablar de la responsabilidad desde este autor, se hace desde un enfoque muy peculiar: siguiendo a Silvana Rabinovich, la responsabilidad levinasiana es heterónoma⁹⁵. La heteronomía, entendida desde este autor, presenta un sentido diferente al tradicional. “Con Emmanuel Levinas la heteronomía pierde su definición por la vía negativa –que la reduce a la antítesis de la autonomía o simplemente a su carencia-, y se define como el sustento del concepto de 'sujeto'. Literalmente, para el filósofo lituano, sujeto es aquel que se encuentra sujetado a una relación con el otro. Así, el *nomos* por el que se rige el yo tiene origen en el *heteron*”⁹⁶. Dicho de otro modo, la “ley”, o en este caso, la responsabilidad que rige al Yo tiene origen en el Otro, en la alteridad u otredad. Es una responsabilidad exterior al Yo y a la voluntad, no es producto de una elección.

Al hablar de heteronomía frecuentemente se hace alusión a la libertad del sujeto, en Lévinas esto es diferente. La responsabilidad heterónoma surge ante la interpelación del rostro del otro: cuando el sujeto se voltea y lo ve de frente. Si bien las argumentaciones del autor fácilmente pueden ser cuestionadas ante hechos cotidianos, donde se ve que las relaciones sociales no se basan en la responsabilidad para con el Otro, sino en el odio, el rechazo o la violencia, hay que señalar que esta mirada o enfrentamiento no implica hostilidad. “Podría objetarse que esa irrupción del otro en la calma del yo es violenta. Sin embargo, contrariamente al sentido común, la violencia, según el filósofo lituano, consiste en ignorar esta oposición del rostro del otro, en reducirlo a cálculo para

⁹⁴ E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, p. 148

⁹⁵ S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 3

⁹⁶ *Ibid.*, p. 1

su sometimiento, borrando su inquietante alteridad”⁹⁷. Ser violento con el otro es ser indiferente ante él o ella.

Esta concepción de la violencia resulta muy diferente a la concepción tradicional, donde la violencia implica la intencionalidad de causar daño, es decir, donde ser violento implica una acción o intención. Para Lévinas, por el contrario, ser violento implica dejar de hacer lo que se puede (y debe, ya que proviene del mandato que el otro da) por el Otro.

Dicho esto, hay que notar que el pensamiento de Lévinas implica una ética heterónoma, cuya característica es:

la inversión de la perspectiva: al provenir de la exterioridad, se relaciona con el mundo desde el lugar del otro (que nunca puede confundirse con el yo, o con el Mismo), de ahí su enorme potencial (auto)crítico. Exterioridad del otro que exhorta al sujeto a tomar posición a su favor: al mostrarle su condición de usurpador y ocupante, el otro conmina al sujeto a ceder el espacio que ocupa. Implacable en su crítica, la heteronomía genera un pensamiento inquieto, neutraliza la comodidad autocomplaciente típica de una moral altruista⁹⁸.

Siguiendo esto, hay que entender que el Otro es previo a cualquier cosa, precede al Yo. El Otro, en tanto exterioridad, obliga y sujeta al Yo y le hace ver el espacio que ocupa: lo obliga a cederlo. De este modo, la heteronomía da pie a una importante crítica porque no iguala al Yo y al Otro, sino que mantiene sus distinciones. Desde estas distinciones obliga a que los sujetos se relacionen con el mundo desde el lugar de la otredad, sin embargo, no hay una autocomplacencia altruista porque no hay elección de por medio y, por ende, el Yo no puede jactarse de estar haciendo un bien, sino que solamente obedece a algo que le precede: al mandamiento (o responsabilidad) que surge de su relación con el Otro. Es importante no confundir a la responsabilidad heterónoma con el altruismo. El altruismo implica una elección: se decide procurar a las personas aún a costa del bien propio, sin embargo, es el sujeto el que decide esto y, por tanto, puede caer en un beneficio propio, en una jactancia o vanagloria, o en una hipocresía.

Ahora bien, a pesar de que la responsabilidad para con el Otro es previa a cualquier voluntad (o decisión racional), lo cual podría hacerla parecer algo fuera de lo racional, la

⁹⁷ *Ibid.*, p. 2

⁹⁸ *Idem*

heteronomía no es irracional⁹⁹. Por el contrario, “Lévinas considera que, anterior a la razón lógica –que proporciona al sujeto los elementos para tomar decisiones de manera autónoma- la heteronomía apela a la razón ética pre-originaria”¹⁰⁰. Para el autor, la razón ética pre-originaria esta dada en el ser humano como un mandato que lo obliga al otro y sobre el cual no puede decidir, ni mucho menos renunciar. Cabe señalar que Lévinas no sostiene que las relaciones sociales se dan con base en la responsabilidad de la que habla, es decir, que sus argumentaciones no son una descripción de los vínculos sociales, sino que plantea a la relación heterónoma como una hipótesis ética¹⁰¹. Lévinas denomina a esta hipótesis ética “*pre-originaria* o *an-árquica*, esto es, que subyace al orden social y es anterior a todo origen (*arjé*) y a toda cronología”¹⁰².

La responsabilidad heterónoma levinasiana no es un elemento descriptivo o esencialista. No pretende decir cómo son las relaciones sociales, ni tampoco apela a que el ser humano es esencialmente responsable, como si la responsabilidad fuera un elemento constitutivo de él. Lejos de eso, la responsabilidad en Lévinas es un importante elemento porque da pie a re-pensar las relaciones sociales. En un mundo como el actual, donde predominan el individualismo, la violencia y el rechazo, donde hay una constante lucha entre el Yo y el Otro, misma que desemboca en un conflicto constante con las distintas formas de otredad, este pensamiento permite ver al mundo desde una nueva ética y, así, incita a la esperanza. Este pensamiento “oculta genuinas esperanzas de justicia. Esta justicia se teje en una ética que, al anteponer el otro al sujeto, le intima a reconocer su vulnerabilidad”¹⁰³.

Cabe señalar además que, la ética heterónoma, la cual, como ya se mencionó, es la filosofía primera en el pensamiento del autor, no deja de lado las dificultades que se presentan en la sociedad: mismas que se dan cuando aparece la presencia del tercero al lado del otro¹⁰⁴. Lévinas sostiene que cuando se dan relaciones con más seres humanos (con la sociedad), estas se moldean, debido a que no se puede dar todo al

⁹⁹ Cfr. S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 3

¹⁰⁰ S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 3

¹⁰¹ Cfr. S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 3

¹⁰² S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 3

¹⁰³ *Idem*

¹⁰⁴ Cfr. E. Lévinas, *Ética e infinito*, p. 75

Otro: hay Otro que es prójimo del Otro y que también es Otro para el Yo. El Otro ya no tiene el privilegio que posee cuando el Yo se halla a solas con él, debido a que hay más relaciones interpersonales que deben establecerse con los demás seres humanos. La multiplicidad de seres humanos con los que se establecen relaciones da pie a complicaciones e inversiones.

En la sociedad hay una multiplicidad de seres que se hacen frente y se hablan: están cara-a-cara. La conciencia humana permite concebir un mundo exterior en el que hay otros seres: la realidad social implica necesariamente la existencia del tercero. En este sentido, “la relación del yo con la totalidad es una relación con los seres humanos cuyo rostro reconozco. Frente a ellos soy culpable o inocente. La condición del pensamiento es una conciencia moral”¹⁰⁵.

Lévinas sostiene que la socialidad ética precede a toda regulación impuesta política o socialmente. “En el plano social y político, la ética desempeña un papel de horizonte, de promesa. La idea de justicia es matizada por la pluralidad, la exigencia infinita de la *difícil libertad* se atenúa. La ética, entonces, funge desde un afuera que vigila al poder desde la vulnerabilidad”¹⁰⁶. Toda ley o política es posterior a la responsabilidad para con el Otro, es decir, a la ética, de modo que no hay nada previo a la exigencia ética que el propio ser demanda cuando se está en la relación cara-a-cara con el Otro.

Siguiendo esto, la ética funciona como observadora o vigilante del poder político porque no confía en él. Para Lévinas es elemental que la política no olvide su origen: la ética. La autonomía, en este sentido, no se halla opuesta a la heteronomía, sino que tiene su origen en ella: la necesita como condición previa.

La autonomía, en cuanto afirmación del Mismo, corre el peligro de olvidar su proge, su condición filial respecto al Otro. El orden político en su afirmación de libertad debe tender a la autonomía; sin embargo, la política no puede negar su génesis social y ética. Dicho en otros términos, la autonomía política no debe pretenderse *ex nihilo*, porque si niega su estirpe heterónoma –su condición de heredera responsable con el pasado, el presente plural y el porvenir-, corre el riesgo de volverse tiranía¹⁰⁷.

¹⁰⁵ E. Lévinas, *Entre nosotros*, p. 31

¹⁰⁶ S. Rabinovich, *Heteronomía*, p. 4

¹⁰⁷ *Idem*

Es elemental que la política no reniegue de su origen ético para evitar que en la realidad social se den las exclusiones tan comunes hoy en día. Si bien Lévinas no entra en el terreno de la política, sino que lo vigila desde afuera, hace un importante aporte al evidenciar que la ética debe de preceder las relaciones sociales. Asimismo, denota la importancia de que al hacer uso de su libertad los individuos tengan presente su responsabilidad para con los otros. En este sentido, Lévinas posiciona a la heteronomía y a la autonomía, y a la ética y a la política, de un modo diferente al tradicional.

Dicho lo anterior, en este trabajo se sostiene que la responsabilidad heterónoma levinasiana es un importante punto de partida para mejorar las relaciones sociales. Concretamente, al hablar del tema central de este trabajo: la vejez, la responsabilidad heterónoma abre lugar para un nuevo modo de relación con ella, mismo que deje de lado el rechazo al que se le somete. Hay que reconocer que si bien, como ya se mencionó, la responsabilidad levinasiana funciona como una hipótesis ética más que como una descripción de la realidad, tenerla presente motiva a repensar las formas de relación y a mejorar el trato con la otredad, teniendo en mira siempre a la justicia.

La palabra responsabilidad refleja bien el compromiso que hay de por medio en las relaciones intersubjetivas, ya que denota el carácter moral y desinteresado que debe darse en ellas. Independientemente de quien sea el Otro, o de si se desea o no, se debe responder por él. En las relaciones cotidianas, esta responsabilidad previa a todo compromiso puede ser muy fructífera, pues da pie a un pensamiento que invita a auxiliar a todos los seres con los que uno se relaciona; a no mantenerse ajeno ante su padecer; a no dejarlos como algo externo, sino entender que esa exterioridad no exime la responsabilidad que se tiene.

Es elemental cambiar la relación con la otredad para lograr un verdadero despertar humano. Lo ético del pensamiento levinasiano es evidente: da un nuevo modo de pensar al Otro. Contrario a la idea de que el Yo antecede al Otro, misma que es la idea tradicional en la filosofía, Lévinas posiciona al Otro antes que al Yo. Esta inversión de los roles es sumamente importante, ya que ceder la soberanía del Yo lleva a replantear las relaciones con las demás personas (e incluso, las relaciones con las otras formas de vida), sobre todo con aquellas que se hallan desfavorecidas y que están pidiendo auxilio.

Su pensamiento también da pie a asumir la propia vulnerabilidad y a asumir el riesgo que implica relacionarse con los otros, un riesgo que no debe verse con miedo. Priorizar no dañar al Otro incluso antes del propio bienestar es dejar de tomarse a uno mismo como el centro. Es admitir cierta pasividad ante el mundo, dejando de lado la pretensión de ser el punto de referencia en cualquier vínculo. Reconocer la propia vulnerabilidad hace que se comprenda la vulnerabilidad del otro, y viceversa. Como Rabinovich menciona:

La ética heterónoma da la clave para desactivar la lógica de 'guerra preventiva' -tan común en las sociedades occidentales- en la que, ante el temor a ser agredido por el otro cuya calidad de indigente se percibe como amenaza (esta amenaza consiste en recordarle al sujeto su propia vulnerabilidad), el sujeto opta por 'prevenir' la supuesta agresión, perpetrándola. Al definir al sujeto a partir de su responsabilidad por la fragilidad del otro, la heteronomía cuestiona radicalmente el esquema de autoafirmación que ha imperado en la ética y en el pensamiento occidental¹⁰⁸.

La ética heterónoma de Lévinas invita a ver la vulnerabilidad del otro de frente, no como una amenaza que recuerda que uno se halla tan desprotegido como él, sino como una llamada o exigencia a la responsabilidad. Esto implica dejar de lado las pretensiones de autoafirmación tan comunes, ya que no se piensa a la vulnerabilidad como algo de lo que se debe escapar.

Pensar a la otredad desde Lévinas permite repensar la relación con los demás seres, dejando de verlos como algo ajeno, sino entendiendo que la diferencia o exterioridad no implica desentendimiento o indiferencia. En el caso concreto de la relación con la vejez, a partir de las argumentaciones del autor se nota que hay una responsabilidad por ver a los ancianos de frente y por responderles desinteresadamente. No se puede estar cómodo en la quietud porque se es joven; más allá de la edad y de cualquier otra circunstancia, hay una responsabilidad hacia ellos. Es indispensable salir del Yo, auxiliarlos y responder ante sus rostros envejecidos. Se tiene que dejar de lado la incomodidad que representa relacionarse con lo desigual, para así dar pie a pensar a lo Otro como la afirmación de la diferencia frente a la identidad, sin que esto genere rechazo.

La responsabilidad con la vejez aqueja directamente a todo ser humano. Merecen una responsabilidad radical que no se base en sobras, sino que realmente responda a sus

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 4

necesidades y demandas. Para que haya una relación interhumana se tiene que responder de frente a los adultos mayores. Debe haber cercanía: debe haber una relación cara-a-cara. La responsabilidad con ellos es irremediable y cada persona es insustituible en su labor. No basta con responsabilizarse de ellos desde una posición cómoda y lejana, pagándoles un asilo, o dándoles trabajos mal pagados e indignos. Tampoco basta con verlos esporádicamente, o con darles sobras de tiempo y de amor. Esto es solamente una responsabilidad rebajada, incluso, una hipocresía, ya que las otras personas se están ocupando de algo que atañe directamente a cada ser humano y en lo que nadie puede ser reemplazado. En estos casos, no hay socialidad de por medio y, por tanto, no hay un verdadero encuentro con la otredad.

Al evadir o ceder la propia responsabilidad con la vejez, se está evadiendo también el papel de sujeto (entendido en los términos de Lévinas) irremplazable que le corresponde a cada ser humano. El ser humano únicamente se hace sujeto cuando se hace responsable del adulto mayor: hay una sujeción mutua. Esta responsabilidad es radical y no debe darse solamente porque el adulto mayor es un cercano directo, un pariente, la propia madre o padre, la abuela o abuelo, sino porque en tanto ser humano toda otredad incumbe éticamente. Todos los seres humanos se incumben mutuamente porque la responsabilidad ética los llama. Al asumir la propia responsabilidad, se puede ver que el adulto mayor es más que un sujeto demacrado o arrugado, es más que una madre o un padre, es más que un abuelo o una abuela.

La responsabilidad es desinteresada porque no importa de qué adulto mayor se trate. Por ejemplo, una persona no tiene responsabilidad solamente hacia su madre adulta mayor, sino que todos tienen la misma responsabilidad ética hacia ella, en tanto Otro. Lejos de la cercanía o del vínculo con los adultos mayores, todos están responsabilizados de los otros. Cada rostro de cada adulto mayor es una exigencia ética que sujeta, llama y responsabiliza a cada ser humano.

Hay una obligación ética radical hacia el adulto mayor, misma que no surge porque él se halla en una situación en la que todo ser humano estará: la vejez, sino que trasciende esto. Que las personas se hagan directamente responsables de la vejez es crucial. Todas

las personas tienen a adultos mayores cerca, ya sean sus abuelos, sus vecinos o, incluso, sus propios padres. No se puede permanecer indiferente ante su situación. La responsabilidad hacia ellos debe de ser desinteresada, sin embargo, tampoco hay que perder de vista que en la mayoría de las relaciones que se tiene con adultos mayores sí hay una suerte de reciprocidad: ellos ejercieron cuidados y se hicieron responsables, ahora toca a cada uno responder por ellos y expandir este actuar hacia todos los adultos mayores.

Responder y procurar a los adultos mayores con ternura y responsabilidad implica un crecimiento humano y un progreso moral. Lévinas invita a repensar las relaciones que se tienen con la vejez, en tanto otredad, tanto a nivel individual como social. Su pensamiento destaca que siempre se puede hacer más por los adultos mayores y, aún más, que es una responsabilidad humana, de la que nadie puede ni debe escapar, porque esto es escapar de una exigencia que sobrepasa a todo individuo. La responsabilidad de Lévinas, como hipótesis ética, pese a ser justamente una hipótesis, debe salir de la teoría para ser usada como una guía en el modo de actuar con la vejez y con las otras formas de otredad.

5. El rechazo hacia la vejez: su representación como otredad

Infortunadamente, las relaciones que se dan entre la mayoría de las personas y los adultos mayores no se basan en la responsabilidad desinteresada de la que Lévinas habla. Por el contrario, la responsabilidad por el Otro es dejada de lado en el trato hacia la vejez, de modo que las relaciones que se dan en estos casos fomentan, normalizan y repiten numerosos tratos crueles como el rechazo y la violencia. En este capítulo se profundizará en la cruda realidad a la que la vejez se enfrenta: el rechazo. Se cuestionará qué es el rechazo, y, en el caso concreto del rechazo hacia la vejez, se cuestionará su origen y sus particularidades o características. Se sostendrá que su origen es su representación como otredad; por ello, se profundizará en lo que se entenderá en este trabajo como representación. Se argumentará también que la representación de la vejez como otredad ha reforzado los malos modos de relación que la sociedad tiene con ella. Además, ha propiciado que a lo largo del tiempo se normalice el rechazo hacia la vejez.

Dicho esto, en este trabajo se sostiene que el origen del rechazo hacia la vejez surge porque se le representa como una otredad en los términos de la filósofa Simone de Beauvoir. Si bien De Beauvoir sostiene en *El segundo sexo* que lo Otro absoluto es la mujer, también asume que ha habido otras colectividades que han sido posicionadas en ese espacio. A partir de ello, se seguirán las argumentaciones de la autora y se sostendrá que la vejez también ha sido posicionada como lo Otro absoluto, lo cual evidentemente ha afectado a los sujetos que experimentan esta etapa de la vida: los adultos mayores.

Con esto no se pretende esconder, minimizar o justificar el rechazo que la mujer, como otredad, ha sufrido y sufre en la actualidad. Hacerlo sería negar la situación de rechazo y violencia a la que se han hallado expuestas a lo largo del tiempo, misma que lamentablemente sigue perpetuándose. Por el contrario, se parte del hecho de que la sociedad ha ejercido y ejerce rechazo hacia muchos grupos o colectividades y los posiciona como otredades absolutas. Es prioritario visibilizar y analizar estas situaciones para promover cambios sociales. Además, es importante percibir que entre estas otredades hay ciertas similitudes, pero también hay diferencias significativas.

Se sostiene, pues, que la sociedad ha tomado el papel de Sujeto, es lo Uno o Absoluto, y, en cuanto tal, ha posicionado a la vejez (y a muchas otras minorías o grupos que incomodan, por su diferencia o por algún rasgo en particular) como lo Otro. Se trata de la vejez entendida como lo inesencial, frente a la sociedad entendida como lo esencial. Siguiendo a De Beauvoir, debe entenderse que la vejez en sí misma no es lo Otro, sino que es el lugar que se le ha dado a partir de la dinámica social: de la imposición que la sociedad, en tanto Sujeto que posee la autoridad, ha ejercido a lo largo del tiempo.

En tanto Otredad absoluta, los adultos mayores son una colectividad que ha sido posicionada como la categoría de lo Otro de un modo prolongado. La relación con lo Uno o sociedad no ha supuesto reciprocidad ni ha sido provisoria, sino que se ha dado un dominio prolongado de la sociedad sobre los ancianos. Este dominio prolongado ha pasado a verse como algo tan natural que, como suele pasar en otros casos de opresión prolongada, incluso se ha dejado de lado la búsqueda de cuál es su origen. Además de que ha permeado fuertemente en la representación de la vejez y de los adultos mayores, misma que suele contener características peyorativas que dejan de lado la inmensidad de características que la vejez puede implicar. Por lo mismo, la sociedad fácilmente puede pensarse a sí misma sin los ancianos, de modo que el anciano es lo que ella decide: se determina únicamente a partir de ella, en tanto conjunto. Al ser libertades autónomas, los adultos mayores se enfrentan a un mundo en el que se descubren y eligen, pero siempre bajo la imposición de ser el Otro.

Como De Beauvoir menciona, “el viejo, en tanto que categoría social, nunca ha intervenido en el curso del mundo. Mientras conserva eficacia, permanece integrado a la colectividad y no se distingue de ella, es un adulto de edad avanzada. Cuando pierde sus capacidades se preserva como otro; entonces se convierte [...] en puro objeto”¹⁰⁹. Dicho de otro modo, el viejo, como colectividad o grupo etario, como sujeto que experimenta la vejez, nunca ha intervenido en la sociedad activamente, sino que se ha hallado sometido a lo que lo Uno hace con él. Se ha ido desplazando acorde al lugar donde lo han ido colocando, pero no ha elegido su propio lugar, representación o definición. Aunado a esto, la autora destaca que mientras aún tiene cierta productividad,

¹⁰⁹ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 109

el anciano es relativamente respetado, sin embargo, en cuanto empiezan a notarse más las consecuencias de la edad, es radicalmente rechazado y posicionado como lo Otro.

Este posicionamiento como Otredad tiene fuertes implicaciones porque no solo se trata de un posicionamiento simbólico sin implicaciones reales, es decir, no se trata únicamente de palabras o de metáforas, sino que, como en el caso de la mujer que De Beauvoir aborda en *El segundo sexo*, esto repercute fuertemente en la situación que los sujetos viven en el mundo. Estas repercusiones llegan a tal grado que dan pie a la representación de la vejez y de los adultos mayores y permean fuertemente en el tipo de relaciones que se tiene con ellos: relaciones que, en su mayoría, dejan entrever el rechazo que se tiene hacia la vejez. En este sentido, en este trabajo se sostiene que la representación de la vejez es la que origina el rechazo que padece, mismo que se refleja en el modo en que la sociedad se relaciona con ella.

Además, se sostiene que para justificar la representación de la vejez como Otredad se le atribuyen muchos rasgos peyorativos, mismos que, como se expondrá más adelante, se reflejan en los prejuicios en torno al cuerpo envejecido y en el modo en que se ve a los ancianos como sujetos inservibles. Sin embargo, para comprender cabalmente esto, es conveniente entender primero qué se entenderá por representación.

5.1 Representación

El hecho de que la vejez sea representada como otredad, es decir, como algo afuera de la mismidad, conlleva numerosas consecuencias. La representación de la vejez está compuesta de muchos factores, pero el más radical es este, pues al posicionarla como lo Otro, se le despoja de sus posibilidades de despliegue en el mundo. Por ello, es conveniente delimitar primero qué se entenderá por representación en este trabajo, pues existen muchos sentidos a partir de los cuales el término puede ser comprendido.

Representar, primeramente, puede entenderse como el hecho de tener presente algo en la mente, en este sentido, implica una reproducción mental de un objeto, ya sea interno o externo¹¹⁰. En otro sentido, no contradictorio al primero, también implica el hecho de sustituir: se sustituye el objeto por un contenido cognoscitivo¹¹¹. Es importante poner atención en este último punto, ya que la sustitución que la representación implica puede o no coincidir con el objeto representado, o dicho de otro modo, fácilmente puede sustituir lo que el objeto implica por meras atribuciones y juicios sin fundamento que incluso pueden tener origen en meros prejuicios o tabúes.

Pese a coincidir o no con el objeto representado, la representación puede reflejar rasgos que socialmente son vistos como negativos o positivos, por lo que puede tener consecuencias importantes en los contextos sociales: en el modo en que se dan las relaciones con lo representado. Es en este sentido en el que se usará el término, pues en el caso de la vejez la representación social que se tiene de ella ha pasado a cobrar mayor importancia que la realidad de lo que implica esta etapa. Ya no se le ve en su realidad, que de por sí es cruda y fuerte, sino que a esto se le han anexado un sinfín de características peyorativas que han sustituido la propia realidad de la vejez y de los ancianos, y que han dado lugar a un rechazo que ni siquiera se ve como tal, pues se camufla con la normalización de las relaciones cotidianas que rechazan a esta otredad.

Lo anterior no implica que todas las representaciones por sí mismas son perjudiciales o incluso malas; sostener eso es dejar de lado la importancia que tienen en la vida social

¹¹⁰ <<https://dle.rae.es/representar>> [Consulta: 03 de marzo, 2021]

¹¹¹ Cfr. Gladys Villarroel, *Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad*, p. 440

y en la comunicación, en el intercambio de ideas, o en el entendimiento colectivo. Las representaciones sociales son importantes porque permiten un intercambio cognoscitivo que se da en la vida cotidiana y que es de carácter práctico. A partir de dicho intercambio se busca comprender, explicar y tratar de intervenir en lo que acontece en la realidad social, por ello, influyen en el actuar humano y no se reducen a un ámbito meramente mental o teórico. Este carácter práctico es el que permite la intervención de los sujetos en la construcción de la realidad común, lo cual también les da a las representaciones su carácter dinámico: no son estáticas o inamovibles, sino que se hallan sujetas a cambios, acorde a los distintos ambientes, momentos o etapas históricas y sociales. Sin embargo, evidentemente hay representaciones que perduran y que incluso parecen estar arraigadas o estancadas en el pensamiento social.

Las representaciones sociales se dan de forma colectiva y no de forma individual o aislada. Frecuentemente guían el comportamiento y el actuar colectivo y permiten un entendimiento mutuo al brindar a las personas un modo compartido para referirse, nombrar o agrupar a la realidad común. En este sentido, funcionan como guía y como límite del comportamiento humano, porque van determinando clasificaciones y relaciones de diferente tipo con los objetos que se representan. Lo anterior, sin duda, explica su importancia, ya que repercuten en el modo de actuar humano a un nivel más amplio: a nivel social.

Al ser de tal magnitud, sus consecuencias pueden ser de gran impacto, tanto negativo como positivo, ya que no se trata solamente de lo que un sujeto piensa o proyecta, sino de cómo una colectividad representa a un objeto o sujeto y actúa con base en ello. Además, evidentemente cuando se trata de representaciones de sujetos o de conjuntos de sujetos (colectividades, grupos sociales, comunidades, o cualquier grupo de personas) las consecuencias pueden ser peores que cuando se trata de representaciones de objetos, debido a que en estos casos las representaciones repercuten directamente en el modo de relación que se da entre los seres humanos.

Si las representaciones sociales de ciertos seres humanos o grupos implican características peyorativas o no aceptadas por el común de la sociedad (por lo que siguiendo a De Beauvoir es lo Uno), fácilmente se convierten en prejuicios o estereotipos

casi inamovibles que mantienen estáticos los roles de quienes rechazan y de quienes son rechazados. De este modo, definen y limitan dogmáticamente a la realidad y pueden ser la base de una jerarquización social que posiciona a unos en situación de ventaja y a los otros en una desventaja aparentemente permanente. Al dejar de lado el dinamismo y la necesidad de replantear constantemente a las representaciones, se da pie a un rechazo o violencia que, incluso, se cree justificado, o que se ve normalizado a partir de ellas.

Es esto lo que acontece en muchos casos de rechazo y, concretamente, es lo que acontece en el caso del rechazo hacia la vejez. En este caso, la representación cobra especial relevancia porque no suele ser positiva. La vejez frecuentemente es vista como una etapa insoportable y a los ancianos se les atribuyen características denigrantes. Incluso, el término viejo o anciano en sí mismo puede tomarse como peyorativo porque enraíza a las personas a su edad, como si eso las definiera: los confina a una única característica que deja de lado todo lo que como personas fueron cosechando a lo largo de sus vidas. Como De Beauvoir menciona, incluso parece que se “considera injusto que el deterioro senil no sea sancionado socialmente”¹¹².

¹¹² S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 152

5.1.1 La representación de la vejez como un límite

A partir de todo lo anterior, en este trabajo se sostiene que la vejez es rechazada por la representación que socialmente se tiene de ella. Los adultos mayores no pueden representarse a sí mismos a través de sus propios proyectos de vida porque socialmente ya se tiene una imagen muy marcada e incluso determinante de lo que la vejez implica. En su mayoría, estas representaciones son peyorativas y denigrantes y refuerzan su representación como Otredad.

Siguiendo a Marisa Belasteguigoitia, “el otro es aquel que tiene que negociar o disputar sus formas de representación que están muy mediadas, estereotipadas, inmutables”¹¹³. Esto acontece en el caso de la vejez. En tanto otredad, la vejez se halla sometida al modo en que es representada por lo Mismo o lo Uno. En este sentido, está limitada, porque no tiene el poder o la autoridad para auto-representarse en el mundo. No tiene la misma facilidad que lo Uno para elegir su propia representación, sino que tiene que luchar por ello. Lo Uno ha pasado a definirla y ha establecido su representación. El mundo ve a los adultos mayores a partir de lo que se dice que la vejez es, más que por lo que realmente son ellos o por lo que quieren ser y proyectar de sí mismos. El hecho de que se mencione que la otredad debe disputar o negociar sus formas de representación deja entrever que esto se encuentra lejos de ellos, como si no fuera su derecho, como si fuera algo que deben merecer.

A lo Otro se le quita el poder de auto-representarse. En palabras de Belasteguigoitia:

Representación es sinónimo de poder. Tener poder significa poder representarse y tener control de las representaciones. El poder es el poder del diálogo, el poder del debate, el poder de la discusión, el poder de la negociación y el poder de la construcción. Un sujeto tiene poder cuando logra separar su palabra del cuerpo y hacerla que circule e impacte. En el campo de la

¹¹³ <https://www.lai.fu-berlin.de/es/e-learning/projekte/frauen_konzepte/projektseiten/konzeptebereich/be_otro_otredad/contexto/index.html>
[Consulta: 27 de octubre, 2020]

representación son centrales tanto el hecho de la visibilidad o invisibilidad como el hecho de ejercer un tipo de violencia¹¹⁴.

Los ancianos, al igual que otras Otridades, no poseen el poder de autorepresentarse debido a que se mantienen sujetos al lado de la invisibilidad, al lado de lo Otro, de lo inesencial. Esta falta de poder abarca distintos espacios elementales para que una persona pueda desarrollarse dignamente, como el poder de dialogar y de ser visible. Puede sonar extraño, pero el anciano no tiene el poder de ser visto dentro de un sistema que lo ha ido invisibilizando socialmente. No tiene voz ni espacio, sino que ha sido sometido a un rechazo tal, que su sola imagen incomoda. Cuando el ser humano llega a la vejez, “el veredicto social adquiere validez completa y el mundo ya no nos permite un paso más allá de lo que está establecido como posible para nosotros”¹¹⁵.

La sociedad (como conjunto), en tanto Uno o lo Mismo, se encuentra del lado del poder y de la visibilidad; a partir de ella se invisibiliza a algunos grupos, como a los adultos mayores. Es la sociedad la que tiene el poder de representarse y de representar al Otro, por ende, ella es la que puede ejercer la violencia y, efectivamente, lo hace, dejando a los ancianos en un estado de vulnerabilidad y silencio. La representación es un límite para la vejez de dos maneras: por un lado, su representación social es peyorativa y está muy arraigada; y, por otro lado, esa representación no surge de ellos, ni siquiera influyen en ella, pues ha tenido origen en lo externo, en lo Uno. De este modo, se le ha quitado el poder de autorepresentarse y, además, no se quedan sin representación, sino que su representación ha sido impuesta y es tan negativa que se usa como pretexto para justificar su rechazo en el mundo.

Sin duda, resulta indispensable abogar por la vejez, para que pueda hacerse notoria la representación peyorativa a la que los adultos mayores se hallan sujetos y para que se reconozca su derecho de representarse a sí mismos acorde a sus necesidades, deseos, y metas. Pueden elegir permanecer en el estado en el que están o no, pero eso es una

¹¹⁴ <https://www.lai.fu-berlin.de/es/e-learning/projekte/frauen_konzepte/projektseiten/konzeptebereich/be_representacion/contexto/index.html>
[Consulta: 6 de noviembre, 2020]

¹¹⁵ J. Ámery, *Revolución y resignación: acerca del envejecer*, p. 45

cuestión que cada adulto mayor debe ver por sí mismo, ya que tampoco se trata de llegar e imponerles un modo de vida que para la sociedad resulte el “adecuado” o “mejor”, sino de escucharlos, y, desde esa escucha, hacer valer sus derechos y necesidades.

También es elemental hacer un replanteamiento continuo de las representaciones que socialmente se tienen. No puede creerse que estas son inofensivas y que es innecesario reparar en ellas, ya que con base en ellas se dan numerosas relaciones que evidencian la desigualdad y la injusticia. Si se repara en su importancia, mínimamente se puede notar la responsabilidad de todas las personas para no catalogar a los otros con base en representaciones estáticas y peyorativas, y para cambiar dichas representaciones en un sentido incluyente, empático y respetuoso. Además, es importante mantener su carácter dinámico para evitar caer en estereotipos inmutables. Este dinamismo también se puede enfocar de formas positivas; con base en él se puede buscar transformar aquellas representaciones que son peyorativas, como la de la vejez.

En este punto, cabe señalar que la representación de la vejez ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En ella han influido numerosos aspectos, como los propios ideales y valores que han predominado en las distintas épocas, el pensamiento de los intelectuales de los distintos tiempos o, incluso, obras literarias, sociales y filosóficas; sin embargo, como ya se mencionó, se trata de una otredad absoluta porque en su gran mayoría estas representaciones han sido peyorativas y siempre se ha mantenido a los sujetos del lado de lo Otro, negándoles el poder de determinarse en el mundo.

Ahora bien, en este trabajo no se pretende abogar por el hecho de que la vejez se vea como la etapa más feliz de la vida, la mejor de todas, o por el hecho de que todos deberían desear llegar a ella, pues eso sería crear una representación que tampoco coincidiría con lo que la vejez implica. Lo que se pretende es visibilizar que las representaciones sociales que se tienen de esta etapa de la vida y de los adultos mayores son tan peyorativas y negativas que dejan de lado los rasgos positivos que esta etapa también puede implicar. Por ello, resulta necesario abrir espacio para la auto-representación de los sujetos que experimentan la vejez y para la gran diversidad de representaciones que surgirán a partir de ello.

Por último, es importante destacar la fuerte responsabilidad que queda para quienes se hallan del lado del poder, es decir, para quienes colaboran en la representación del mundo, como los pensadores, los filósofos y los intelectuales. Ellos tienen una gran responsabilidad porque sus argumentaciones fácilmente pueden influir en el pensamiento social y pueden dar pie a que se formen representaciones positivas, que promueven una sociedad incluyente, pero también negativas, que justifican, promueven o son indiferentes ante el rechazo y la exclusión. Fácilmente pueden dar lugar a prejuicios y pensamientos excluyentes, por ello hay que poner especial atención en lo que se dice y en sus posibles implicaciones sociales. Si uno tiene el poder de la palabra y de ser escuchado por la colectividad, debe emplear ese poder éticamente. Además, esta responsabilidad queda para cualquier ser humano, independientemente de todo.

5.2 Rechazo

Con base en todo lo anteriormente expuesto, se puede percibir que la vejez es objeto de un profundo rechazo, lo cual se ve reflejado en numerosos ámbitos y se refleja crudamente en el hecho de que a lo largo del tiempo ha sido posicionada como una otredad absoluta. Es conveniente señalar que se habla de rechazo hacia la vejez porque se trata de algo muy interiorizado en la sociedad, que no siempre se torna en una violencia explícita que conlleva fuerza, y que no solo se refiere a algo externo, pues también se da hacia sí mismo. Dicho de otro modo, se trata de algo que no siempre puede ser considerado violencia, pero que no por ello deja de ser un fenómeno preocupante; por el contrario, es alarmante el modo en que este rechazo está arraigado en el pensamiento social y regula las diferentes relaciones que se tienen con los adultos mayores y con uno mismo, ya que interfiere significativamente en cómo el ser humano se relaciona con su propia vejez, ya sea en el presente o en el futuro.

En términos generales, rechazar es “mostrar oposición o desprecio a una persona, grupo, comunidad, etc.”¹¹⁶. Implica la no aceptación de lo que se rechaza y deja entrever que no hay tolerancia hacia ello. El rechazo puede surgir por diversas cuestiones, sean de índole moral, producto de características físicas o psicológicas, entre otras cosas. Incluso, puede deberse a cuestiones que se le atribuyen al sujeto rechazado, pero que ni siquiera se dan realmente de ese modo, por lo que no tienen fundamento, sino que son producto de la invención social, derivadas de prejuicios.

A diferencia de la violencia, que es definida como “el uso intencional de la fuerza física”¹¹⁷, el rechazo no siempre implica una intencionalidad, es decir, no siempre es algo deliberado o reflexionado. En el caso del rechazo hacia la vejez, se da como algo normalizado que se camufla de muchas maneras, como el ignorar a los adultos mayores, o el hecho de apartarlos de las actividades cotidianas para dejarles actividades propias de ellos. Se habla de rechazo porque se trata de un desprecio impregnado en el pensamiento social que ha perdurado a lo largo del tiempo y que se da de maneras muy

¹¹⁶ <<https://dle.rae.es/rechazar>> [Consulta: 02 de marzo, 2021]

¹¹⁷ <<https://www.who.int/topics/violence/es/>> [Consulta: 04 de marzo, 2021]

cruels y evidentes, pero también de formas muy sutiles que son (aparentemente) imperceptibles incluso para quienes las realizan. Esto complica la situación, ya que es algo totalmente normalizado que no se percibe y, que por lo mismo, se torna un fenómeno complejo que implica grandes retos debido a que requiere actuar sobre el pensar colectivo.

A partir de lo anterior se entiende que la violencia siempre implica intencionalidad y frecuentemente culmina en el uso de la fuerza física; aunque en la actualidad es bien sabido que hay muchos tipos de violencia que no la implican necesariamente, como la psicológica. El rechazo fácilmente puede culminar en violencia, sea física o psicológica, sin embargo, esto no siempre acontece así. En el caso de la vejez, por ejemplo, el rechazo se da en situaciones tan simples como asociar la belleza a la juventud, o pensar que los adultos mayores necesariamente disminuyen su eficiencia en las actividades cotidianas y laborales.

Una persona puede creer que no está ejerciendo rechazo hacia la vejez porque no maltrata a los adultos mayores, sin embargo, sigue reforzando ideales peyorativos sobre ellos, como el hecho de que su abuela es lenta, o el temor a envejecer que mantiene oculto dentro de sí misma. Incluso cuando se cree que hay inclusión hacia los adultos mayores, por debajo puede haber rechazo, como en los ya tan frecuentes casos donde los adultos mayores solamente son contratados en empleos como empacadores en centros comerciales, donde se les paga mal, pero se argumenta que se está siendo bondadoso con ellos.

El rechazo hacia la vejez está arraigado en el pensamiento social, por ello, suele pasar desapercibido y no se nota la gravedad que implica para quienes lo sufren. Se trata de un rechazo que se da de forma explícita, al atribuirle características peyorativas a la vejez para justificar los modos en que se les segrega en diferentes ámbitos, pero también de forma implícita, pues muchas veces no se reflexiona en el trato que se le da a los ancianos, simplemente se sigue la representación social que se tiene de ellos. Además, como en la mayoría de los casos de rechazo, los ancianos frecuentemente son sometidos a un distanciamiento físico: a un aislamiento o abandono.

Como Nussbaum menciona, el estigma vinculado a la vejez (a los cuerpos envejecidos, a la piel flácida y a otras señales de la edad) parece ser culturalmente universal¹¹⁸. En este trabajo se sostiene que, como en muchas (si no es que en todas las) formas de rechazo, el rechazo hacia la vejez tiene su origen en la representación que se tiene del sujeto rechazado, la cual es tomada como verdadera sin ningún tipo de cuestionamientos y, por ende, no se da paso a que el sujeto rechazado se represente a sí mismo y se vaya definiendo, sino que las relaciones se basan en la representación socialmente dada.

En el caso de la vejez, las representaciones llegan a abarcar tanto que se va cerrando el espacio para un cambio de la visión de los ancianos y simplemente se les cataloga antes de tener un acercamiento hacia ellos. Al acercarse ya se tienen suposiciones, como que tienen la piel arrugada, mal olor, mal aspecto, dientes amarillentos, que son lentos, amargados, y que no entienden del mismo modo las cosas, etc. Ya se cree saber qué esperar de ellos, no importa nada más. Las personas se acercan a ellos con una actitud de predisposición, dejando de lado la apertura o el diálogo y, por ende, dejando de lado también la posibilidad de construir mejoras.

Si bien ante lo anterior puede sostenerse que en la actualidad los adultos mayores ya no son rechazados, sino que su representación ha cambiado y, debido al supuesto avance en el reconocimiento de los derechos humanos de todas las personas, poseen la misma dignidad que todos los demás sujetos, hay que tener cuidado con este tipo de argumentaciones, debido a que suelen limitarse al ámbito teórico y dejan de lado la importancia de luchar para que el reconocimiento de todos los sujetos realmente se concrete en el ámbito práctico. Muchas veces únicamente se camuflan discriminaciones extremas y se cae en una segregación que se oculta debajo de una aparente igualdad.

Aunado a lo anterior, no se debe creer que el hecho de que haya derechos establecidos para proteger el bienestar de los adultos mayores es suficiente, pues de nada sirven si no se respetan ni se concretan en la cotidianidad. Si bien existen algunos avances en el reconocimiento de los ancianos, estos definitivamente no son de las dimensiones necesarias, ya que no los abarcan a todos y, peor aún, por debajo de ellos la

¹¹⁸ Martha Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 156

representación que se tiene de la vejez sigue siendo peyorativa y tan fuertemente arraigada en la sociedad (tan estática) que imposibilita que los cambios sociales se den de raíz y a niveles amplios.

5.3 Particularidades del rechazo hacia la vejez representada como otredad

La situación del adulto mayor es particular porque no nace siendo lo Otro, incluso pudo pertenecer a lo Uno en etapas previas de su vida, cuando era joven y activo, sin embargo, con la edad progresivamente se ve sometido a ese extrañamiento que la sociedad le impone. El anciano, en tanto otredad, con la edad pierde el privilegio que tuvo en otro tiempo: parece que la edad le anula su condición de ser humano y lo somete al rechazo. A los ancianos no se les ha dado ni se les da el mismo estatus de reconocimiento político, ético y ontológico que a las demás personas; se les trata como si fueran algo separado que no tiene las mismas necesidades ni los mismos derechos: son una otredad que tiene que mantenerse ahí, del otro lado.

Esto es común en muchas formas de rechazo: reconocer a los sujetos segregados como personas resulta impensable, ya que se asumiría que son semejantes. Si bien teóricamente se les puede asumir como semejantes, en la cotidianidad no es así: sigue habiendo una enorme brecha entre la teoría, que los defiende y que incluso hace que se crea la historia de que la sociedad es muy incluyente; y la práctica, donde se sigue segregando a los Otros, sin siquiera nombrar el rechazo, pues se piensa que ya se está haciendo mucho por ellos.

Siguiendo a De Beauvoir, se sostiene que los ancianos han sufrido las consecuencias del mito del Otro y que solamente podrán reivindicar su lugar cuando se vuelvan a afirmar como seres humanos. Cuando se definan a partir de sí mismos, sin ser definidos a partir de algo externo como la juventud o los ideales de vida que les son ajenos y que, sin embargo, a lo largo del tiempo se han ido estableciendo como deseables. Cuando se consideren positivamente, como son para sí mismos, sin dar prioridad a las consideraciones negativas, es decir, a cómo son (o cómo deben ser) para lo externo o sociedad. Lo anterior resalta que se requiere un papel activo del anciano, para que busque reivindicarse y para que concrete su retorno a lo esencial. Sin embargo, esto se complica por muchas razones, entre ellas, porque no hay una cohesión de grupo entre los sujetos que experimentan la vejez.

La vejez representada como otredad presenta particularidades interesantes. Al indagar en el origen de su posicionamiento como otredad se nota que, en primer lugar, los adultos mayores no son segregados por ser una minoría, como en muchos otros casos ocurre. Por el contrario, como se mencionó con anterioridad, la población de esta edad ha ido aumentando con el paso del tiempo. Desde hace varios años, e incluso en la actualidad, ocupan una importante porción de la población mundial. Cada día es más frecuente que las personas lleguen a la vejez y, aunque no se repare en ellos, se encuentran en la mayoría de los espacios de la cotidianidad.

Los ancianos tampoco han sido segregados por la pertenencia a una determinada religión, cultura, o tradición; entre ellos hay muy diversas creencias e ideologías. Estos factores pueden remarcar el rechazo hacia ellos, es decir, tornarlo más fuerte, sin embargo, no son el principal factor. El rechazo hacia los ancianos viene de algo más profundo, pues independientemente de características particulares que incluso pudieron ser privilegios en otras etapas de la vida (como la situación económica o los rasgos físicos), al llegar a la vejez los sujetos se enfrentan (en mayor o menor medida) al rechazo.

Aunado a lo anterior, el hecho de que no hay un acontecimiento histórico concreto que permite determinar a partir de cuándo se comenzó a considerar al anciano como el Otro, propicia que esto sea visto como algo permanente, que siempre ha sido así, pues no se tiene en la historia un antes con el cual hacer una comparación¹¹⁹. En la mente colectiva el anciano siempre ha estado subordinado, o mínimamente separado, por ello, no suele resultar alarmante verlo en esa situación: se ve como algo totalmente normalizado. Hay que notar que si bien ha habido sociedades antiguas en las que la vejez ha sido vista como una etapa valiosa y, por lo mismo, el anciano se presenta como un sujeto valioso y sabio; esto únicamente ha sido en un sentido teórico. Incluso en esas sociedades esa imagen ha caído en el olvido y ha dado paso al abandono y al rechazo.

También puede pensarse que el rechazo se deriva de las características físicas o de la fisiología que la vejez implica. En este punto es importante señalar que los casos del

¹¹⁹ Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 5

rechazo hacia la vejez y hacia las mujeres tiene un punto en común: se trata de un rechazo en el que influyen las características físicas o biológicas que se perciben a simple vista en los sujetos segregados. Tanto la mujer como los ancianos son fácilmente percibidos por sus características físicas. Ambos son vistos como sujetos débiles e inservibles dentro del sistema capitalista, lo cual deja entrever que quienes dominan el sistema son en su mayoría los hombres (el patriarcado), y que, evidentemente, las mujeres ancianas son aún más rechazadas y vulneradas que los hombres ancianos.

Este es un factor común en los grupos sociales rechazados; suele haber ciertos rasgos físicos fácilmente perceptibles que dan pie a su identificación, e incluso, estos rasgos se usan como excusa para su justificación. En el caso de la vejez, si bien los rasgos físicos influyen, no son el principal factor que explica su rechazo, pues las alusiones despectivas hacia ellos no se refieren únicamente al cuerpo, sino que abarcan prácticamente todas las esferas en las que un ser humano se desenvuelve. No sólo se les considera desagradables físicamente, sino que también se les considera incapaces, lentos y desagradables.

Dicho esto, es elemental destacar que el rasgo más peculiar del rechazo hacia la vejez es que no se está rechazando al Otro que es una otredad en un sentido radical: algo totalmente diferente u opuesto, sino que se rechaza a un sujeto que (potencialmente) está representando a la Mismidad. Esto no se da en otras formas de rechazo, sino que es un rasgo exclusivo del rechazo a esta otredad.

5.3.1 La vejez: la otredad que potencialmente se halla en cada ser humano

La vejez, entendida como una etapa natural de la vida humana, muy posiblemente representa el futuro de cada ser humano. Si bien puede haber muchos factores, enfermedades o accidentes que acaben con la vida de una persona antes de que llegue a la vejez, lo cierto es que cada vez son más las personas que llegan a esta etapa. Con las pretensiones de tener una vida larga, las cuales son tan comunes hoy en día, la vejez se torna una etapa que muy posiblemente se vivirá en el futuro. Incluso, es una etapa que debería desearse vivir, pues es parte esencial de la tan anhelada vida larga que se espera. Si bien es natural desear una vejez digna y feliz, no puede dejarse de lado que también implica aspectos complicados que se dan naturalmente.

En este sentido, nadie puede escapar a la vejez, es un destino inevitable e irreversible del ser humano. Desde que uno nace trae consigo a la vejez, como una etapa que si bien es futura, estará ahí, como parte de la vida y del desarrollo humano. Dicho de otro modo, “parece que cada organismo contiene en el momento de partida su vejez, ineluctable consecuencia de su realización”¹²⁰. Si bien la vejez no se halla en la mente de las personas hasta que se aproximan significativamente a ella, es algo que potencialmente se halla en el desarrollo humano.

A partir de lo anterior, naturalmente surge una cuestión: si eventualmente las personas llegarán a la vejez y de algún modo lo saben, ¿por qué se le rechaza? Para responder a lo anterior es importante notar que este rechazo no es como la mayoría de los rechazos. Por ejemplo, en la homofobia o misoginia el rechazo y la violencia ejercidos se suelen justificar haciendo alusión a que los sujetos rechazados representan a la otredad en un sentido pleno, es decir, se trata de sujetos que son radicalmente diferentes a quienes los rechazan, son lo Otro totalmente diferente, por lo que nunca podrán “representar” o siquiera “asemejarse” a ellos: son opuestos, incluso contrarios. Se trata de la otredad que siempre puede mantenerse en el lado de lo Otro debido a la “radical” diferencia respecto a lo que la mismidad o Uno impone. Al no dejar espacio para la similitud, no representa tanto peligro.

¹²⁰ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 33

En el caso de la misoginia, los hombres violentan y rechazan a las mujeres porque son algo diferente, son lo Otro; ellos nunca serán mujeres, por lo mismo, no pueden, o, mejor dicho, no quieren verse representados en ellas. Lo mismo acontece en el caso de los homosexuales, quienes además son rechazados bajo la idea de que representan algo que es “antinatural” y que jamás representará a la sociedad que los rechaza. Si se analiza el rechazo a las personas de alguna nacionalidad o raza en particular, se puede ver lo mismo: se les rechaza por algún rasgo (por lo general físicamente perceptible) que los distingue y que nunca podrá poseer quien rechaza; por un rasgo que permite marcar una tajante e inamovible distinción respecto a ellos.

Lo anterior es aún más perceptible en el caso de los crímenes de odio, ya que se hacen bajo la excusa de que contra quienes se atenta representan algo totalmente diferente que genera rechazo o repulsión y que debe ser exterminado. Cabe señalar que al exponer lo anterior no se pretende justificar el rechazo que se ejerce hacia ninguna persona o grupo, solamente se quiere resaltar un rasgo que comparten.

En el caso del rechazo hacia la vejez lo anterior es diferente. Si bien dicho rechazo suele provenir de personas que aún no se hallan en esta etapa (de jóvenes o adultos) y que por ello ven a los adultos mayores como una otredad, no se trata de una otredad en el mismo sentido que en los rechazos anteriormente mencionados, pues la vejez es una otredad que muy posiblemente representará a aquellos que están ejerciendo el rechazo. Como Nussbaum menciona, “la vejez es la única categoría estigmatizable a la que todos vamos a llegar inevitablemente, si vivimos lo suficiente”¹²¹.

En esta forma de rechazo la barrera entre la Mismidad y la Otredad es menos estática y firme, debido a que la Otredad de la que se habla es una etapa natural de la vida humana, y más aún, es un futuro inevitable, si se llega a vivir lo suficiente. Por ello, aunque se desee mantener esta barrera, necesariamente se ve debilitada cuando el sujeto se aproxima o llega a la vejez y se percata de que aquello que rechaza pronto lo representará a él mismo. Y, peor aún, cuando se percata de que lo representa sin siquiera ser una representación elegida o deseada, pues es algo que socialmente se ha

¹²¹ M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 151

impuesto y que ni siquiera representa todo lo que la vejez puede implicar. Esto torna el fenómeno en algo muy complejo, ya que en el rechazo hacia la vejez se está rechazando también una parte que, guste o no, en tanto seres humanos, a todos les corresponde.

A partir de lo anterior también se puede explicar otro rasgo particular del rechazo hacia la vejez, el cual ya se mencionó brevemente. Este rasgo consiste en que el rechazo no sólo proviene de otros grupos sociales o etarios, sino que también se da entre los propios ancianos. Es común escuchar a los adultos mayores argumentar que aún son jóvenes o, incluso, es frecuente verlos expresarse despectivamente de otros adultos mayores, en quienes se deja recaer todas las representaciones peyorativas que socialmente se atribuyen a la vejez, y que si bien también (injustamente) les corresponden, prefieren dejar lejos: en el lado de lo Otro, de lo diferente y segregado. El rechazo hacia la vejez es un fenómeno complejo porque “tiene grandes y perniciosos efectos en la relación de unas personas con otras y, a medida que envejecen, en la relación de la persona consigo misma”¹²².

Pocas veces se escucha que los adultos mayores hablen de un “nosotros” al referirse a sus compañeros de edad. De hecho, no desean formar una colectividad con ellos; eso implica asumirse como algo que no quieren ser y ceder totalmente al juicio del mundo: es permitirle la entrada a la vejez, y con ello, a todo lo que socialmente viene con ella. Esta falta de cohesión como colectividad o grupo hace que los ancianos vivan dispersos en la sociedad, sin un vínculo fuerte entre ellos, dando pie a que se torne aún más problemática su situación en el mundo, ya que frecuentemente no encuentran apoyo en las personas de otras edades, ni tampoco en personas de edades similares.

El hecho de que el anciano se someta al juicio que los demás le han impuesto hace que el adulto mayor además de volverse un extraño para los demás, se vuelva un extraño para sí mismo. Una vez repudiado por el mundo, se rechaza también a sí mismo, debido a que no se reconoce en la imagen que la sociedad le ha dado¹²³. El rechazo interiorizado

¹²² *Idem*

¹²³ Cfr. J. Ámery, *Revolta y resignación*, p. 28

propicia que el anciano quiera adquirir características de los que no son segregados, asumiéndose como parte de ellos. Como Martha Nussbaum menciona:

Dar lugar a un estigma social basado en el rechazo significa, en este caso, que uno se rechaza a sí mismo. Si otras formas de estigma se asocian poderosamente con la subordinación social a los demás, ¿acaso esta no es una forma muy intensa de subordinación socialmente infligida en la que participan, más o menos voluntariamente, los propios ancianos, subordinándose y excluyéndose a sí mismos?¹²⁴

Sin duda, el rechazo y la subordinación que las personas experimentan en la vejez son muy intensos y afectan de una forma muy grave a los ancianos porque ellos mismos se excluyen del mundo y se someten al lugar que se les ha dado. No solo se trata de un rechazo social hacia la vejez, es decir, no se trata solamente de algo que proviene de lo externo, sino que es un rechazo hacia esa forma de vida y hacia los sujetos que la atraviesan, llegando a convertirse en el rechazo de uno mismo, porque se sabe que uno llegará a ella o, en su caso, ya está en ella. Dadas las cualidades que se le suelen atribuir a la vejez, se rechaza a los ancianos y, además, se rechaza formar parte de ellos. No se quiere llegar a esa etapa: atemoriza formar parte de los segregados. Se rechaza en el anciano la futura condición humana y se evita aceptar que en algún momento todos se parecerán a esas personas.

Las personas temen la degradación que la vejez trae consigo. Esta degradación no solo se refiere a las cuestiones corporales o físicas, sino que es una degradación social: implica cuestiones éticas, políticas y económicas. Al adulto mayor se le degrada de múltiples formas. Parece que la imagen del anciano despierta una particular sensibilidad hacia la decadencia futura que se teme para uno mismo. Hay un desdoblamiento de uno mismo y la persona se niega a verse en la imagen que el espejo le da: ella o él no es eso.

Dicho lo anterior, es notorio que, como De Beauvoir menciona, sería mucho mejor dejar de lado el rechazo hacia la vejez y asumir la condición total humana, no evadiendo los aspectos que desagradan de ella, sino aceptándolos, aceptando que se es la habitación del destino inevitable: la vejez. Es elemental comenzar a reconocerse en el anciano que

¹²⁴ M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 151

se será, pues sólo así una persona se puede asumir plenamente también como lo que ahora es¹²⁵.

En este trabajo se sostiene que es elemental visibilizar el rechazo hacia la vejez, inicialmente, para mejorar su situación en el mundo; pero también para que todas las personas puedan reconocerse en ella y asumir la responsabilidad que se tiene hacia los adultos mayores, ya que también el propio futuro se halla comprometido ahí. No es algo que debe resultar ajeno; si solo se le teme o se le rechaza, no se pueden concretar cambios que serán beneficiosos para los otros y para uno mismo. Sin embargo, también se tiene presente que al ser un rechazo tan arraigado socialmente es un fenómeno muy complejo que no es fácil de desentrañar. Conlleva muchos esfuerzos, de todo tipo. Si bien esto es así, visibilizar y analizar esta cuestión para dar posibles respuestas a lo que acontece detrás del rechazo hacia la vejez es un paso importante que puede abrir camino para cambios concretos.

¹²⁵ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 7-8

6. Aspectos que influyen en la representación de la vejez como otredad (¿de dónde surge la representación de la vejez?)

Como ya se mencionó, la vejez es representada como otredad, de ahí surge el rechazo que se experimenta al llegar a esta etapa de la vida. A continuación, se señalarán aspectos que influyen en esta representación. Si bien puede haber muchos, se abordarán dos. El primero de ellos, son los prejuicios en torno al cuerpo envejecido, mismos que se dan como un fenómeno social hacia la corporalidad en general: ya de entrada hay prejuicios o problemas para abordar y aceptar plenamente la corporalidad humana; pero que se acentúan y se hacen más evidentes y crueles cuando se trata del cuerpo envejecido. El segundo aspecto, relacionado al anterior, se refiere al hecho de que socialmente el anciano es visto como un sujeto inservible para el sistema porque no produce económicamente. Socialmente se considera que el anciano ha dejado de tener la capacidad de desempeñar labores que dan ganancias o que le permiten sustentar sus propios gastos. En esta concepción también interfiere el modo en que son vistos el cuerpo y las funciones del anciano, pues se considera que la vejez trae consigo deterioros graves que le imposibilitan desempeñar incluso las tareas más sencillas.

A partir de lo anterior, se podrá ver que a las personas ancianas se les atribuyen características peyorativas que no colindan con la realidad, sino que exageran rasgos que socialmente generan rechazo. Estas características no se reducen a lo corporal, sino que se expanden a otras esferas, como las intelectuales o psicológicas. De este modo, se crea una representación de la vejez muy diferente a la que debería tener, debido a que se les atribuyen características arbitrarias que solo fomentan o refuerzan el rechazo hacia esta etapa de la vida y hacia las personas que la viven.

6.1 Prejuicios en torno al cuerpo: cuerpo envejecido

Los prejuicios en torno al cuerpo no se han dado exclusivamente en la actualidad, por el contrario, han predominado en el pensamiento desde épocas muy antiguas. Estos prejuicios se encuentran arraigados en el pensamiento social y se hacen evidentes en cuestiones como el pudor que surge al hablar de ciertas cuestiones corporales, o al hablar de la sexualidad. Los prejuicios pueden percibirse en muy diferentes ámbitos; uno de ellos, donde los problemas que implica hablar de la corporalidad pueden verse fácilmente, es la filosofía. La filosofía, al igual que otras disciplinas, no se reduce al ámbito teórico, sino que la teoría o pensamiento que se desarrolla tiene influencia en el modo de pensar y en el actuar social. No se reduce a meras teorías, sino que cala en las representaciones sociales y en el modo de relacionarse de las personas.

En este sentido, las argumentaciones filosóficas no son insignificantes, sino que tienen consecuencias importantes que influyen en la sociedad. Por ello, se torna elemental que los filósofos y las filósofas, y los pensadores, en general, reparen en la responsabilidad que tienen. En el caso de los prejuicios en torno al cuerpo, ha sido evidente que desde el comienzo de la filosofía ha habido un continuo rechazo hacia el cuerpo. Esto puede deberse en gran medida a la concepción predominante que diferencia al alma o razón del cuerpo y que posiciona al segundo como lo impuro, apegado meramente al instinto, a lo salvaje o animal, lejos de la racionalidad y, por tanto, rebajado o secundario.

Uno de los primeros filósofos que abordó esta distinción fue Platón. Este pensador marcó un punto prioritario en la filosofía. Debido a la época remota en la que su pensamiento se desarrolló y a lo innovador de muchas de sus argumentaciones, sus postulaciones han tenido gran influencia, a tal grado que aún en la actualidad dicha influencia se sigue percibiendo en la filosofía y en el pensamiento social.

Platón, a través de su teoría de la inmortalidad del alma, estableció una tajante distinción entre el cuerpo y el alma¹²⁶. Bajo su teoría, el cuerpo es un contenedor que encadena al alma a lo terrenal. El alma es el halito de vida que está en cada ser humano y que, si la

¹²⁶ Cfr. Platón, *Fedón*, p. 609-691

persona se aleja de lo corpóreo, puede trascender a la realidad suprema: al *topos uranus* o mundo de las ideas. El cuerpo humano es visto como un mero instrumento del alma, como algo rebajado que solamente es usado por ella para concretar una buena vida y para poder trascender¹²⁷.

A partir de lo anterior, se entiende que el cuerpo y todos los instintos o deseos que emanan de él (lo meramente carnal) poseen un nivel ontológicamente inferior que todo lo relacionado al alma. Para poder trascender al morir, las personas, quienes viven atadas temporalmente a este mundo terrenal, deben desapegarse del cuerpo y dedicarse a tareas intelectualmente superiores, que beneficien al alma¹²⁸. El cuerpo se ve como algo corruptible, sujeto al devenir, al cambio y al deterioro, mientras que el alma, al ser incorruptible o inmortal, es superior.

En este sentido, para Platón debe haber un alejamiento de lo corporal, ya que dejarse guiar por ello representa un modo de vida inferior. Este pensamiento se ha mantenido como algo constante y puede verse también en algunas religiones, como la católica, donde predomina la distinción entre cuerpo y alma y a partir de ello se rechaza lo proveniente del cuerpo. En la religión el cuerpo es el enemigo del alma, por lo que todo lo relacionado a lo corporal se representa como algo impuro o, incluso, maligno. Dejarse llevar por los impulsos que tienden al cuerpo es malo. Los seres humanos son criaturas que deben buscar la pureza del alma y no ceder a los apetitos o deseos. La influencia de este pensamiento también puede verse en el tabú tan fuerte hacia el tema de la sexualidad, de los tatuajes y perforaciones, y de cualquier modificación corporal. También puede verse en el voto de castidad que se les pide a los sacerdotes y a las monjas, denotando que el sexo es malo y que, si uno quiere acercarse a Dios, debe sacrificar esta parte, misma que, si bien es normal biológicamente, es rechazada bajo estas concepciones.

Sin duda, esto es problemático, pues se niega una parte natural del ser humano y se le pasa a concebir como algo indecente o moralmente malo. Algo que debe ser escondido

¹²⁷ Cfr. Platón, *Fedón*, 107c-108c

¹²⁸ Cfr. Platón, *Fedón*, 82c-83c

o, en el mejor de los casos, aniquilado. Bajo esta concepción, no se habla de disfrutar de la vida sexual ni de poder decidir sobre el propio cuerpo, lo cual desencadena tabúes y problemas para asumirse a sí mismo como un conjunto de componentes que, lejos de ser negados, deben ser aceptados y procurados para tener una mejor calidad de vida o, incluso, una mejor aceptación y conocimiento de lo que uno es.

Ahora bien, otro filósofo que expresa la inferioridad del cuerpo frente al alma o raciocinio es Descartes. Si bien este pensador ya no habla en términos de alma y cuerpo, sino de *res cogitans* y *res extensa*¹²⁹, sigue la misma línea de argumentación: un dualismo entre mente y cuerpo, donde el cuerpo tiene un sentido o valor inferior. Posteriormente, Kant continúa esta línea. Es con este pensador donde el prejuicio hacia el cuerpo se hace aún mayor. Para Kant, el ser humano se diferencia de todas las demás criaturas debido a la racionalidad¹³⁰: esto es lo que le faculta para ser moral y superior en todos los sentidos. Con base en su pensamiento, la razón se posiciona como lo prioritario en el ser humano, lo cual puede tener consecuencias positivas, pero también negativas.

Su pensamiento ha tenido importantes repercusiones sociales. En primer lugar, este argumento da lugar a que se tome a los animales y a las demás criaturas que no poseen racionalidad (o no en los términos de la racionalidad humana) como seres inferiores, fomentando un pensamiento antropocéntrico. A partir de esto, se dio una delimitación radical entre lo que es humano y lo que no y se creyó justificado el modo en que el ser humano utiliza a los demás seres vivos para su beneficio, como si por el mero hecho de ser racional, tuviera un lugar privilegiado y las demás formas de vida estuvieran a su disposición.

En segundo lugar, se comenzó a tomar una actitud de rechazo hacia todo aquello que conecta al ser humano con los animales, como los instintos o deseos. Es decir, hacia todo aquello relacionado a la animalidad: lo sexual, lo reproductivo, lo carnal. Dado que la racionalidad es lo que distingue al ser humano, quien es tomado prioritariamente por esta cualidad, el cuerpo es visto como algo inferior o mínimamente secundario. Quien

¹²⁹ Cfr. René Descartes, *Meditaciones metafísicas*

¹³⁰ Cfr. Immanuel Kant, *Idea para una historia universal en clave cosmopolita*

vive haciendo caso a lo corporal es un ser que no hace uso adecuado de su racionalidad y, que, por ende, vive rebajando su humanidad.

Sin duda, ideas como estas han favorecido los prejuicios y tabúes en torno al cuerpo. Estos prejuicios se han extendido fácilmente en la sociedad y han propiciado problemas para asumir la corporalidad como algo natural. No se pretende argumentar que en el pensamiento de estos filósofos recae toda la responsabilidad de los prejuicios en torno al cuerpo, sino que se quiere señalar que las argumentaciones de los pensadores han influido en los problemas que hoy en día sigue habiendo para asumir la corporalidad humana. Sin duda, hay muchos factores que han influido en ello, sin embargo, no puede dejarse de lado la responsabilidad que los intelectuales han tenido y tienen, pues poseen el poder de la palabra, lo cual se torna también en el poder de la representación.

Dicho lo anterior, hay que señalar que en el pensamiento social frecuentemente el cuerpo no se ve como una posibilidad de descubrimiento, no se admite que sus funciones y componentes, e incluso sus cambios, padecimientos y deterioros, pueden enseñar mucho de uno mismo, como especie y como individuo; por el contrario, se ven como algo externo que se mantiene en el desconocimiento y que desencadena la imposibilidad de asumirse como personas plenas. Frecuentemente hay problemas para hablar de temas o cuestiones que son totalmente normales biológicamente, pero que se suelen ver como algo impropio en el ser humano, algo que es mejor no nombrar.

La incomodidad que representa la corporalidad se da en la población en general, sin embargo, es evidente que con aquellos grupos que se hallan oprimidos y que se representan como otredades, como los ancianos (y las mujeres), la dificultad es aún mayor. Lo que se quiere denotar en este punto inicialmente es que los prejuicios en torno al cuerpo son algo arraigado ya en el pensamiento social, algo que se ha mantenido presente, sin embargo, cuando se trata de un cuerpo envejecido o viejo, estos prejuicios son aún mayores, ya que la vejez destaca la corporalidad corruptible del ser humano. La vejez acentúa los de por sí ya existentes prejuicios hacia el cuerpo y hacia la animalidad. Es peor visto que un adulto mayor viva su sexualidad libremente, o que siquiera hable de ella. Muchas veces se cree que los adultos mayores ya no tienen las mismas

necesidades que las personas jóvenes, como si amar o desear fuera algo moralmente inaceptable en ellos, y como si su cuerpo dejara de ser humano y fuera solo una carcasa vieja y sucia, sin contenido.

Además, la vejez va en contra de muchos de los estereotipos corporales que la sociedad ha ido trazando como deseables o ideales, debido a que destaca muchos de los rasgos naturales que el cuerpo tiene, pero que no son vistos como tales, sino que se conciben como defectos que hay que cubrir de alguna manera. Al decir que los destaca, se hace alusión a que los hace sumamente evidentes, los muestra en su crudeza. La vejez remarca el hecho de que el cuerpo se encuentra sujeto al cambio y que siempre está expuesto a enfermarse o deteriorarse. Lo anterior se ve en rasgos como las arrugas, el deterioro de los dientes o el cabello, o cuestiones tan simples como el apareamiento de las canas. La vejez deja ver a la propia corporalidad de un modo peculiar, de frente, lo cual es rechazado porque a lo largo de la vida se tiende a huir de ella y de su corrupción.

En este sentido, “para cada individuo la vejez entraña una degradación que él teme. Contradice el ideal viril o femenino adoptado por los jóvenes y adultos. La actitud inmediata es negarla en la medida en que se define por la impotencia, la fealdad, la enfermedad. La vejez de los otros inspira también una repulsión inmediata”¹³¹. A lo largo de la vida se busca modificar todo aquel rasgo que deja entrever el paso del tiempo en el cuerpo; se camufla lo que no gusta, aquello que no cumple con los estándares sociales de belleza. Lo anterior propicia que se recurra a muchos procedimientos o intervenciones corporales para preservar una apariencia “joven y bella”, ya que socialmente se asocia a la juventud con la prosperidad, la inocencia y la fecundidad, mientras que la vejez implica lo opuesto, es decir, la esterilidad, la fealdad y la decadencia.

Es fácil percibir cuáles son los rasgos físicos que se atribuyen al cuerpo envejecido, mismos que por sí mismos generan rechazo: se prefiere un cuerpo joven que un cuerpo envejecido o viejo. El cuerpo del anciano es asociado con la fealdad, la enfermedad y lo antiestético. Los ancianos desagradan tan solo por sus rasgos corporales, mismos que se dan de forma natural, debido al proceso biológico del desarrollo humano, pero que,

¹³¹ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 51

son vistos como algo totalmente antinatural e indeseable. Lo anterior deja ver lo injustificado del rechazo hacia ellos. Se les rechaza por cómo se ven, lo cual ni siquiera depende de ellos, sino que es resultado de un fenómeno natural e indetenible: el envejecimiento.

La corrupción del cuerpo que resalta la vejez se vive diferente en las mujeres y en los hombres. En las mujeres los signos de la edad, como las arrugas, la flacidez o los daños que el cuerpo experimenta naturalmente por el transcurso del tiempo, son aún más rechazados; producen desagrado, repulsión y rebajan el valor que tienen: un valor siempre atado a la cosificación. Se considera que ya no son ni pueden ser atractivas y que, por ende, han perdido sus “rasgos femeninos”. En el caso de los hombres, al disminuir su capacidad física y su fuerza, o al ya no poder trabajar, se les concibe como menos valiosos. Los hombres suelen sentirse frustrados, debido a que colocan todo su valor en la producción y al ya no poder producir, consideran que han perdido virilidad. Además, comienzan a tener inseguridades en torno a sus funciones sexuales.

De Beauvoir aborda lo anterior. Sostiene que a lo largo de la vida la mujer se halla más encerrada a sus cuestiones fisiológicas que el hombre. Se encuentra sujeta a sus funciones de hembra; por ello, la vejez le afecta más y en diferentes sentidos. El tránsito de una etapa a otra es mucho más abrupto para las mujeres, implica crisis más fuertes. El hombre envejece paulatinamente, pero la mujer se ve abruptamente golpeada por el envejecimiento y por la vejez: como si por ello abruptamente perdiera su feminidad¹³².

La mujer “todavía es joven cuando pierde el atractivo erótico y la fecundidad, de donde, a los ojos de la sociedad y a los suyos propios, extraía la justificación de su existencia y sus oportunidades de felicidad: le resta por vivir, privada de todo porvenir, la mitad aproximadamente de su vida adulta”¹³³. Todo esto pesa debido a los cambios orgánicos naturales que implica, sin embargo, el mayor peso que tiene se debe al fuerte simbolismo que socialmente se le da. La mujer anciana puede sentir que ha perdido sus atractivos eróticos y su fecundidad, mismos que, como le han hecho creer, son su destino, su

¹³² Cfr. S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 264

¹³³ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 264

función, lo que dota de sentido a su vida. Se cuestiona qué puede hacer ahora que, si bien tiene más vida por delante, ha dejado de tener importancia social, pues ya no cumple con el rol que se le ha impuesto a lo largo de su vida. De lo anterior se deriva que la mujer suele hallarse atormentada por el miedo a envejecer de un modo peculiar y muy fuerte a lo largo de su vida.

La menopausia tiene un valor muy fuerte para la mujer. Para De Beauvoir, es en ese momento cuando muchas mujeres que se han abandonado toda la vida se enfrentan a sí mismas. Sostiene que hay un cambio significativo entre las mujeres que asumen su envejecimiento y quienes no. En palabras de la autora:

Desde el día en que la mujer acepta envejecer, su situación cambia. Hasta entonces, era una mujer todavía joven, entregada a una lucha encarnizada contra un mal que misteriosamente la afeaba y deformaba; se convierte en un ser diferente, asexual, pero consumado: una mujer de edad. Puede considerarse entonces que ha sido liquidada su crisis de menopausia. Pero no hay que concluir de ello que en adelante le será fácil vivir. Cuando ha renunciado a luchar contra la fatalidad del tiempo, se inicia un nuevo combate: es preciso que conserve un lugar en la Tierra¹³⁴.

A partir de lo anterior, se comprende que asumir el envejecimiento y la vejez es algo prioritario y complicado, pero que es aún más difícil para la mujer. Al hacerlo se enfrenta al hecho de tener que verse doblemente invisibilizada: por ser mujer, y por estar envejecida. Si de por sí su vida implica una constante lucha, en la vejez es aún más radical la opresión y el rechazo al que se encuentra sometida.

Ahora bien, por otro lado, al hablar de la vejez frecuentemente se encuentran alusiones a las sensaciones desagradables que producen los adultos mayores, lo cual se basa en la representación peyorativa que se tiene de ellos. Es común encontrar términos como repulsión, odio, terror, disgusto, vergüenza, o repugnancia. Por ejemplo, Ámery cuestiona qué es lo que siente el anciano por su propio cuerpo cuando nota los signos marcados que el envejecimiento y la vejez han ido dejando en él, ¿es inquietud, aversión o autoextrañamiento? Él sostiene que el sujeto ya no se reconoce en la imagen que ve en el espejo: hay una desarmonía que lo convierte en extraño de sí mismo. Es una

¹³⁴ *Ibid.*, p. 269

condición ambigua. Los signos de deterioro corporal que percibe en sí mismo lo hacen huir de esa imagen, una imagen que está sumamente influenciada por el juicio de los otros, porque sabe que genera rechazo y que el mundo le ha dado la espalda¹³⁵.

Martha Nussbaum también aborda este tema y lo hace desde un concepto que refleja bien la dura realidad a la que el adulto mayor se enfrenta. Esta autora sostiene que la vejez genera repugnancia, más concretamente, se trata de lo que ella denomina repugnancia proyectiva¹³⁶. Menciona que en la actualidad el asco y la vergüenza se han apoderado de las personas, lo cual tiene mucho que ver con los estigmas en torno al cuerpo envejecido.

Siguiendo una investigación de psicología experimental realizada por Paul Rozin, Nussbaum argumenta que la repugnancia tiene un rol social. Distingue entre dos tipos: la repugnancia primaria y la repugnancia proyectiva. La primera se refiere a la aversión a la contaminación producida por cuestiones que a todos los seres humanos (o mínimamente a la mayoría) les suelen desagradar intensamente, como ciertos fluidos u olores corporales, o sensaciones como las que se producen hacia ciertos objetos, por ejemplo, hacia algunos insectos y animales viscosos, o hacia olores fétidos y excreciones.

La repugnancia primaria se da como algo culturalmente universal; si bien no es algo innato, posiblemente tiene influencia de tendencias heredadas. Todas las personas la han sentido. Esta reacción puede servir de protección contra peligros reales, pero es muy diferente al miedo, ya que se da frente a la aversión a una posible contaminación (que incluso puede ser imaginaria), más que frente a un peligro. La mayoría de las veces las personas tienen certeza de que lo que les genera repugnancia no representa ningún peligro, sin embargo, provoca en ellas un intenso rechazo.

Para explicar el origen de la repugnancia, Nussbaum, siguiendo a Rozin, menciona que “con la repugnancia estamos rechazando algo que tiene que ver con nuestra propia

¹³⁵ Cfr. J. Ámery, *Revuelta y resignación*, p. 26-28

¹³⁶ Cfr. M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 151-158

animalidad”¹³⁷. Cabe señalar que no se rechazan todos los rasgos de la animalidad, sino que “rechazamos todo lo asociado con la descomposición y la mortalidad; rechazamos nuestra propia pertenencia a la debilidad y vulnerabilidad animal, la animalidad mortal y la extinción”¹³⁸. Lo anterior es interesante porque aquellos rasgos positivos, como la fuerza o la agilidad, que también emparentan al ser humano con los animales, lejos de ser rechazados, son socialmente valorados, debido a que hacen que uno pueda sentirse valioso e importante. Sin embargo, se escapa de aquello que recuerda que se está sujeto al deterioro y que, lejos de lo que se desearía creer, ni como especie, ni como individuo el ser humano tiene un lugar privilegiado en el mundo, ya que finalmente sigue sujeto al tiempo y a la muerte.

La autora sostiene que, si bien esto puede parecer inofensivo, el hecho de fomentar o aceptar la aversión hacia uno mismo siempre es problemático y puede desencadenar consecuencias negativas. Además, socialmente la repugnancia ha sobrepasado esos límites y ha dado lugar a lo que Nussbaum denomina repugnancia proyectiva. La incomodidad que la propia animalidad representa hace que los seres humanos pretendan crear una zona de seguridad entre sí mismos y su animalidad. Esta zona de seguridad es una distancia que los mantiene lejos de ella y que les permite distinguirse: estar a salvo. En palabras de la autora:

La gente pretende crear una zona de seguridad, identificando a un grupo (normalmente, una minoría sin poder) que puede ser considerado como casi animal y sobre el que pueden proyectar diversas características animales, que poseen en el mismo grado que quienes realizan la proyección: mal olor, sexualidad animal, etc. La presunta idea parece ser: si esos humanos casi animales se interponen entre nosotros y nuestro propio hedor y decadencia, estaremos más lejos de la animalidad y la mortalidad¹³⁹.

Lo que se busca es posicionar a sujetos en un lugar estratégico para poder mantenerse lejos de los rasgos que generan incomodidad. En los términos en los que se ha venido desarrollando este trabajo, puede decirse que se busca a un grupo de personas para

¹³⁷ M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 152

¹³⁸ *Idem*

¹³⁹ *Idem*

posicionarlas como la otredad (en el lugar del Otro) y, así, reafirmar los propios rasgos positivos, rechazando la animalidad. Resulta interesante que los rasgos que se proyectan no son algo ajeno que no se posee, sino que son algo que también posee quien segrega. Evidentemente las personas en quienes se proyectan estos rasgos son rechazadas crudamente y se piensa que hay justificación para ello. Lo que interesa es que esa situación prevalezca para que se pueda estar a salvo. No hay un interés en cambiar los roles porque esto pondría en entredicho la propia pureza.

Los sujetos rechazados son elegidos porque no poseer poder, es decir, por estar lejos de lo que la sociedad ha normalizado. Son elegidos estratégicamente; se busca que no puedan reivindicarse, sino que de la sola repugnancia que generan se les quite todo derecho. La autora menciona que en todas las sociedades se encuentra estos subgrupos donde se proyectan las propiedades que repugnan y que, en general, se remiten a la hiperanimalidad (por ejemplo, se atribuyen rasgos como malos olores e hipersexualidad). Además, estas proyecciones o atribuciones son totalmente irracionales, sin fundamentos. Nussbaum ejemplifica esto, que ella denomina estigmas de repugnancia, con las características peyorativas que a lo largo de la historia se les han atribuido a varios grupos rechazados socialmente. Tal ha sido el caso de las mujeres, los homosexuales, los afroamericanos, o el desagrado que las clases altas sienten por los modos de vida de las clases inferiores.

Nussbaum sostiene que hay dos tipos de estigma de repugnancia que son diferentes y que, sin embargo, comparten similitudes entre sí. Se trata de la repugnancia hacia las personas con discapacidades físicas y mentales y hacia las personas ancianas (hacia sus cuerpos). El rechazo hacia las personas con discapacidades surge por la debilidad e incapacidad que ellos representan y que se ve como un destino abierto para todos. La repugnancia surge en este caso porque se tiene miedo de llegar a esa condición. De un modo similar, la repugnancia por los cuerpos de los adultos mayores se debe al temor que causa ver en ellos el reflejo de que cualquiera puede desintegrarse y entrar en un proceso de decadencia. Se ve la propia finitud, la proximidad de la muerte. En este punto, la autora realza el punto que se señaló anteriormente: la vejez genera temor y rechazo

de un modo particular, porque es un destino que se encuentra potencialmente en cada ser humano.

Ahora bien, “la repugnancia proyectiva siempre conduce a evitar el contacto físico. El tipo y la magnitud varían”¹⁴⁰. En ocasiones, incluso hay medidas que restringen el acercamiento de estos grupos a la sociedad en general. En el caso de los ancianos, repugna el solo hecho de atribuirles sexualidad y deseos. Además, es frecuente escuchar que huelen feo, que sus dientes están deteriorados y amarillentos, o que son sucios porque han dejado las medidas de higiene de lado. A partir de estas características se pretende justificar el rechazo que se tiene al acercamiento hacia ellos y, evidentemente, se crea un ambiente en el que se prefiere mantener distancia. Muchas veces se les abandona o se les encierra en lugares “especiales”, los asilos, donde no se les da la atención que requieren o, incluso, se les violenta.

Es interesante que De Beauvoir también aborda el tema de la repugnancia hacia la vejez, incluso, usa justamente ese término. Para ella, se trata de una repugnancia biológica que desata una especie de autodefensa en el ser humano. Como toda defensa, lo que se busca es alejar de sí lo que repugna: al anciano¹⁴¹. Por su parte, Ámery menciona que existe una cuarentena o un aislamiento higiénico hacia las personas que ya no son jóvenes¹⁴². Además, menciona que esto no se da solamente cuando se llega a la vejez, sino que frecuentemente se da desde una edad anterior, cuando el envejecimiento se hace evidente. De modo que si bien el aislamiento se va acentuando con el paso de los años, es un rechazo que se experimenta durante gran parte de la vida.

El hecho de que estos autores hablen desde diferentes concepciones, empleando diferentes términos, pero que tengan el mismo objetivo: explicar el rechazo hacia la ancianidad, deja entrever que todos ellos se percataron de que la vejez genera sensaciones desagradables en las personas. Una consecuencia que puede intuirse de lo anterior es que los seres humanos tienen muchos problemas para asumir la totalidad

¹⁴⁰ M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 155

¹⁴¹ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 269

¹⁴² Cfr. J. Ámery, *Revolta y resignación: acerca del envejecer*, p. 41

de su condición. Prefieren solo aceptar lo que convenientemente les aporta valor, como especie o como personas. Esto acontece con los rasgos corporales y también con la vejez, pues solo se asume lo que no representa peligro. Asumir al cuerpo anciano como algo natural que representa el propio futuro para muchos representa ceder y dejar de lado todo un entramado que se ha creado para mostrar que el ser humano es superior.

También hay un profundo rechazo hacia los lazos con la naturaleza, más concretamente, con la animalidad. Hay una idea tan arraigada de que lo humano es diferente de lo animal que se deja de lado que las personas también son animales y que, contrario a lo que socialmente se ha estipulado, eso no rebaja en nada su valor. Asumir la propia animalidad puede tener consecuencias positivas, ya que puede fortalecer el vínculo con la naturaleza y hacer que las personas reconozcan a los animales como sus semejantes, sin renegar de la parte que los emparenta y que, de hecho, es bastante evidente.

En la vejez se experimenta un doble rechazo: en primer lugar, un rechazo al cuerpo, lo cual se da como un fenómeno muy arraigado socialmente, y, en segundo lugar, un rechazo al cuerpo corrompido, deteriorado, envejecido o viejo. No puede reconocerse a la vejez en su totalidad si se sigue rehuendo de la corporalidad que todos, como seres humanos, encarnan a lo largo de la vida. Es necesario cambiar la imagen de lo corporal en primer lugar, para así, dar espacio a que se vea de otro modo el cuerpo anciano. Todos los seres humanos son cuerpo, pueden ser seres racionales, pero también son cuerpos sujetos al cambio y al deterioro.

En la medida en que las personas reconozcan la plenitud que son, darán paso a asumirse como una totalidad, sin rehuir de los aspectos que los hacen sentir vulnerables. Verán en estos aspectos una posibilidad de descubrimiento; aprenderán a ejercer el autocuidado y percibirán en el anciano un futuro que es inevitable, pero que, sin embargo, no es del todo malo, pues recuerda que el cuerpo requiere cuidado y amor a lo largo de toda la vida, para así, llegar a esa etapa de la mejor forma posible.

Para concluir es pertinente señalar que, si bien los factores físicos o corporales influyen ampliamente en el rechazo hacia la vejez, no son la única causa, ni podría decirse que

es la más importante. La vejez también es rechazada por las características que se imponen a estos sujetos y que, pese a no ser visibles como los rasgos físicos, vienen fuertemente enraizadas en la representación que se tiene de ellos: los ancianos tienden a ser vistos como sujetos lentos, amargados, aburridos, e incluso, tontos, psicológicamente débiles y con sus facultades mentales disminuidas.

Como Nussbaum menciona, a los ancianos se les atribuye rasgos que son reales, como el deterioro corporal, pero también se les atribuye otros que son inventados y que se expanden a las demás esferas de la vida, sin siquiera observar las cualidades de los adultos mayores¹⁴³. Las atribuciones, frecuentemente inventadas, no se limitan a la esfera de lo corporal, sino que se remiten también a las otras esferas y pasan a atribuir al anciano prejuicios de otro tipo. Un ejemplo es el hecho de que se les atribuye incompetencia para desarrollar las actividades cotidianas, sin darse cuenta de que muchos ancianos siguen siendo competentes toda su vida y que, lejos de aislarlos, debería incentivarse su independencia y el cuidado de su salud, para que puedan mantener la independencia y el bienestar durante toda su vida.

Estas atribuciones, inventadas o no, deben tenerse presentes para que, como sociedad, se evite su perpetuación. Para evitar seguir fomentando representaciones dañinas para los ancianos y, en lugar de eso, darles lugar para que se sigan desarrollando y descubriendo. Siguiendo esto, un ámbito en el que se ven estas atribuciones y que, sin duda, también deja ver el peligro que implican, es el ámbito económico. Derivado de la concepción social que se tiene de la vejez hay un pensamiento generalizado que sostiene que los adultos mayores no pueden desempeñar las mismas actividades laborales que las personas jóvenes. Si bien esto podría tomarse de un modo incluyente para abrirles espacios que correspondan a su condición y que fomenten su bienestar, inclusión e independencia, se hace lo contrario: se les cierran espacios y se les segrega. A continuación, se abordará este tema.

¹⁴³ M. Nussbaum, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas: vejez, estigma y repugnancia*, p. 156

6.2 El anciano visto como un sujeto inservible para el sistema

Al hablar de vejez no pueden dejarse de lado los aspectos económicos, ya que la vejez siempre se vive dentro de una sociedad. Como De Beauvoir menciona, el factor económico va de la mano de otras superestructuras sociales, políticas e ideológicas, que son el ambiente en el que la vejez de los sujetos se experimenta¹⁴⁴. La vejez no sólo implica contextos individuales, sino que depende en gran medida de los contextos de las sociedades y del lugar que el individuo anciano ocupa dentro de ellas. Si bien el rechazo hacia la vejez se da como un fenómeno generalizado, hay sociedades en las que el rechazo es aún más acentuado y hay otras en las que hay un mayor avance por el reconocimiento y por la inclusión de los adultos mayores.

El rechazo hacia la vejez se ve en muchos contextos; uno de ellos donde puede verse con mayor crudeza es el contexto económico. Inicialmente, hay que ver que la concepción común de la vejez, en tanto etapa de la vida y categoría social, implica que el anciano es visto como un individuo que ya no puede trabajar ni producir ganancias, por lo que ya no trae beneficios económicos, sino que se convierte en una carga: alguien a quien hay que brindarle todos los servicios, e incluso más servicios que a la población de otras edades, sin recibir nada a cambio. El hecho de que los adultos mayores no solo requieren los cuidados habituales, sino que frecuentemente tienen problemas graves de salud, como las enfermedades crónicas, las cuales conllevan mayores necesidades y costos, propicia que muchas veces el anciano sea visto como una carga.

Para muchos, incluso, el hecho de pagar impuestos para pensionar y dar atenciones básicas a los ancianos les resulta innecesario, argumentado que son personas a las que les queda poco tiempo de vida y que es mucho gasto para lo que ellos pueden dar aún a la sociedad. Esto también puede verse en el trato que ofrece el sistema de salud pública, donde es frecuente que se dé prioridad a la atención de otros sectores, sobre todo de los jóvenes o trabajadores, quienes aún producen, y que se deje de lado a los ancianos. También es frecuente oír alusiones a que ellos ya han vivido y que ahora les

¹⁴⁴ Cfr. Beauvoir, Simone, *La vejez*, p. 47

toca a los demás, a los jóvenes; que no tienen que quitar servicios, que deben ser un sector secundario porque se hallan significativamente más cerca de la muerte.

En este sentido, el capitalismo permea fuertemente en la representación que se tiene de la vejez. Al no producir, el anciano se ve expulsado de la sociedad y su valor es rebajado, como si, incluso ontológicamente, su ser ya no tuviera ningún valor. Pasa a ser visto como un sujeto inservible dentro de un sistema que se basa en trabajar y producir y que posiciona a la gente acorde a su nivel económico. Bajo esta concepción, lo que uno es y representa es fuertemente determinado por lo que se posee. Esta concepción no es inofensiva ni fácil de mover, pues “está grabada en la estructura social y económica de una época en la que, acuciados y fustigados por las exigencias de producción y expansión material, se ha reconocido que sólo la juventud es fuerte trabajando y divirtiéndose, y que a causa de ello se produce un consenso generalizado al que se podría denominar popularmente idolatría de la juventud”¹⁴⁵.

El anciano experimenta una sensación de insignificancia o invisibilidad, como si se dejara de existir conforme se envejece. Se va topando con un mundo que idolatra los rasgos de la juventud; no solo los rasgos físicos, sino los intelectuales y psicológicos e, incluso, su capacidad productora. Al buscar empleos, los ancianos tropiezan una y otra vez con el límite que su edad representa. En un mundo en el que lo socialmente deseable se halla tan fuertemente delimitado y lejos de lo que la vejez implica, resulta normal la sensación de abandono y de invisibilidad que los adultos mayores experimentan.

A partir de lo anterior y siguiendo a De Beauvoir¹⁴⁶, se sostiene que los ancianos, en tanto otredad, se hallan rechazados y objetualizados de una forma especialmente tajante (aún más que muchas otras formas de otredad). La autora menciona que incluso son aún más objetualizados que las mujeres, ya que no son necesarios (de ningún modo) para la sociedad: no producen ni reproducen nada, sino que se ven como una carga.

Al señalar lo anterior no se pretende minimizar el estado de opresión, rechazo, violencia y objetualización al que se hallan sometidos otros grupos sociales que también son

¹⁴⁵ J. Ámery, *Revolución y resignación*, p. 41

¹⁴⁶ Cfr. S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 109

tomados y representados como Otridad, ni mucho menos a las mujeres, quienes evidentemente se hallan en una posición de rechazo sumamente difícil que debe ser abordada y cambiada; sino que se quiere resaltar que la vejez se halla sometida a un rechazo muy fuerte y particular, porque es vista como algo meramente inservible. En el sentido en que De Beauvoir lo expone, el anciano es más rechazado y objetualizado que la mujer porque esta última es vista como un objeto o cuerpo sexuado que (“mínimamente”) es necesario para la reproducción; por el contrario, el adulto mayor no reproduce nada, ni mucho menos produce, sino que solamente pesa, pide y consume.

Es sumamente preocupante que se catalogue socialmente acorde a la producción y este hecho se ve arduamente reflejado en la vejez: el anciano es objetualizado crudamente debido al declive del valor social que se le da, un valor que se basa meramente en hacer y producir. Lo anterior va totalmente en contra de lo que en la actualidad se presume teóricamente: que el ser humano es valioso en sí mismo, que intrínsecamente tiene dignidad y que, por ello, deben respetarse y ejercerse sus derechos.

El valor de las personas parece degradarse cuando entran en la vejez; ya no gozan del prestigio que la producción económica otorga. Es un hecho alarmante, pues “la economía está basada en el lucro, a él está subordinada prácticamente toda la civilización; sólo interesa el material humano en la medida en que rinde. Después se lo desecha”¹⁴⁷. Esto deja entrever que es elemental cuestionar los cimientos de la economía actual para poder cambiar también la concepción del ser humano y de las personas adultas mayores.

En el rechazo hacia la vejez influye lo que Ámery denomina la edad social: una edad que viene impuesta por la sociedad y por el propio individuo acorde a su historia de vida y a sus ambiciones. Esta delimita lo que el anciano puede o no hacer de ahí en adelante, derribando muchas oportunidades y reduciendo su vida a unas cuantas opciones¹⁴⁸. A partir de la edad social hay quienes tienen más opciones que los demás, sin embargo, siempre es un peso porque en ella influye la sentencia o el veredicto social, el cual surge

¹⁴⁷ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 12

¹⁴⁸ Cfr. J. Ámery, *Revolución y resignación, acerca del envejecer*, p. 44

arbitrariamente, por prejuicios o conveniencias, pero nunca por lo que realmente el sujeto desea o necesita.

Parece que la problemática de dónde colocar a la vejez se vuelve un problema de las personas activas económica y productivamente, es decir, de las personas que “tienen un valor social”. Estas son las que, acorde a sus intereses, ven cuál es el papel más conveniente para el anciano, quien es tratado como un mero objeto o carga que debe ser (re)posicionado. En la vejez se pierde el estatuto o carácter de ser humano activo en un mundo donde reina el individualismo y la producción, y peor aún, la desigualdad y la falta de oportunidades.

La visión social que ve a la producción como el único fin humano está muy arraigada socialmente, a tal punto que los jóvenes y los adultos ya no logran reconocerse en el anciano porque ven en él a un sujeto improductivo, que ya no hace nada. Un sujeto que ya no tiene proyectos, ni se define en su *praxis*¹⁴⁹. Los adultos, tan acostumbrados a hacerse valer por lo que producen, se niegan a verse como sujetos improductivos que, por ende, ya no valen en el sistema. Prefieren reafirmar el ideal que a partir del capitalismo se ha impuesto y que los posiciona, aunque sea momentáneamente, en un lugar privilegiado o mínimamente mejor que en el que se hallarían si se asumieran como adultos mayores.

La influencia de la ideología actual, donde lo esencial es producir, puede verse en la relación que se tiene con los niños y con los ancianos. Ambos son vistos como sujetos que al no producir nada “valioso” no merecen lo mismo que las personas productivas, ni mucho menos pueden exigirlo: no pueden exigir ni siquiera cosas tan básicas como sus derechos o la reciprocidad. Sin embargo, en el caso de los niños, se les ve como futuros productores o trabajadores, es decir, como personas que muy posiblemente retribuirán lo que se invierte en ellos, por lo que el costo vale la pena. Por el contrario, en el caso de los ancianos, se les ve como meros consumidores, incapaces de producir nada más, ni en el presente ni en el futuro. Ya han producido lo que pueden producir, no tienen nada más que dar, solo les queda por futuro la muerte, ¿por qué invertir en ellos?

¹⁴⁹ S. de Beauvoir, *La vejez*, p. 269

Un punto importante que hay que tener presente al hablar de la vejez y el ámbito económico es que no todos los ancianos van a experimentar el rechazo económico y sus consecuencias del mismo modo, sino que hay un gran contraste entre los ancianos explotados y los ancianos privilegiados. La evolución económica que el capitalismo ha desencadenado ha posicionado a los adultos mayores como víctimas de un sistema que no los contempla; sin embargo, las consecuencias de este sistema también dan lugar a las marcadas diferencias entre los ancianos privilegiados y los que no lo son. Dicho de otro modo, los cambios económicos favorecen fuertemente a unos cuantos, mientras que dejan en el desamparo a la mayoría, lo cual también se observa en la situación de los ancianos: hay ciertas personas que pueden seguir gozando de algunos privilegios al llegar a la ancianidad.

La mayoría de las veces, las personas pobres que logran llegar a la vejez solamente se ven sometidas a una indigencia peor; viven sin acceso a servicios o, incluso, se ven condenadas al vagabundeo. En gran medida esto se da porque las posibilidades de ascender de clase social son escasas. Casi siempre la situación en la que naces representa y limita la situación en la que te desarrollarás, envejecerás, vivirás tu vejez y, finalmente, morirás. También están los casos en los que, si bien se poseía cierta estabilidad económica durante la juventud y la adultez, al llegar a la vejez esta desaparece tajantemente, ya sea porque la pensión no alcanza para sostener todos los gastos que una vida digna implica; por los despidos injustificados que se dan al llegar a cierta edad y que se deben a meros prejuicios, aunado a la falta de empleos y, concretamente, de oportunidades de empleos para personas de una edad avanzada; por el abandono de los familiares, quienes muchas veces sacan de sus casas a los ancianos; por la falta de apoyos sociales o gubernamentales que permitan el bienestar de todos los adultos mayores; etc.

Son muchos los casos de maltrato familiar que tienen su aparente origen en el ámbito económico, donde los adultos mayores son tratados como bultos. Se les mira como inservibles, como gente sin opinión que ya no tiene nada qué decir. Se siente un peso al tener que alimentarlos, vestirlos y cuidarlos. A veces, incluso, se les mantiene en casa solamente con miras a las promesas a futuro que se ven en ellos: la herencia. Ya no

valen por lo que son, ni siquiera valen o importan, sino que se les mantiene ahí porque van a proporcionar un beneficio a largo plazo, ya sea una vivienda o dinero. Solamente eso importa, nada más. Sin duda, vivir esto es complicado para las personas mayores. En estos casos, parece que no hay gratitud o amor por los padres o abuelos, sino que solo se ven como un cheque potencialmente abierto.

Son tristes estos casos, y hay un sinfín de casos inhumanos en los que se abandona a los adultos mayores en la calle o en cualquier lugar. Al analizarlos se comprende el porqué del abandono generalizado hacia los ancianos, ya que las personas ni quisiera tratan con amor y respeto a los ancianos más cercanos. Se escapa de la responsabilidad que se tiene hacia ellos, una responsabilidad que lejos de deberse al parentesco, apela a la propia humanidad, a la moralidad y a la empatía.

La realidad es que, contrario a la vida de descanso y bienestar que se suele prometer con el retiro y la pensión, gran parte de los adultos mayores viven en condiciones indignas y no tienen los medios necesarios para vivir. Como De Beauvoir menciona, “la sociedad impone a la mayoría de los ancianos un nivel de vida tan miserable que la expresión 'viejo y pobre' constituye casi un pleonismo; a la inversa, la mayoría de los indigentes es vieja. Los ocios abren al jubilado posibilidades nuevas; en el momento en que el individuo se encuentra por fin liberado de coacciones, se le quitan los medios para utilizar su libertad”¹⁵⁰. Es un hecho que denota la hipocresía social, pues se promete una vida de ensueño, cuando la realidad es que se aísla y rechaza al adulto mayor.

La mayoría de las personas viven atadas a una vida laboral agotante, así pasan numerosos años, envejecen, “después viene lo que la sociedad llama el bien merecido retiro, cosa que para uno significa una buena pensión de funcionario, para otro, una renta miserable, y para ambos el destierro de la realidad en formación, de la realidad histórica [...]”¹⁵¹. Si de por sí los ancianos son rechazados, los ancianos pobres lo son aún más. Siempre se han hallado anulados dentro de la dinámica social y esto se remarca cuando llegan a viejos y son objeto de una doble segregación. Dentro de la jerarquía social ocupan uno de los eslabones más bajos. Mientras que los ancianos privilegiados pueden

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 13

¹⁵¹ J. Ámery, *Revolución y resignación, acerca del envejecer*, p. 47

disfrutar de grandes pensiones y momentos de ocio, los ancianos pobres se ven sometidos a la indigencia o, si bien les va, viven al día, buscando oportunidades para sustentar sus necesidades.

Los cuerpos también sufren menor desgaste cuando las personas tienen un mejor estatus económico. Evidentemente el cuerpo de alguien que pudo dedicarse a actividades intelectuales o que no requieren esfuerzo físico sufre menos repercusiones que el cuerpo de alguien que tuvo que dedicarse a actividades de gran demanda física, sometidos a malas condiciones de vida. Los trabajos pesados a los que las personas de las clases más bajas se hallan sometidos originan el desarrollo de problemas de salud prematuramente, lo cual, a la larga, puede concluir en una muerte prematura. También propician que el cuerpo llegue más cansado a la vejez y que ni siquiera en esa etapa se le dé descanso, sino que se le siga explotando hasta el final de sus días.

Aunado a ello, las personas no privilegiadas frecuentemente no tienen la posibilidad de ahorrar, sino que, al hallarse sometidos a vivir al día, no pueden preocuparse por planear su vida futura. Por lo mismo, es frecuente ver que muchos ancianos se siguen viendo forzados a trabajar, y que, incluso, deben sufrir peores condiciones de vida que en su juventud, pues traen con ellos un profundo cansancio y, además, muchas veces se tienen que dedicar a trabajos informales, ya sea porque siempre fue así, o porque los despidieron por haber llegado a la vejez y tuvieron que enfrentarse a la tortuosa situación que la complicada dupla del desempleo y la vejez implica.

Es inhumano el modo en que la simple edad o el envejecimiento se utilizan como motivo para desemplear a un sinnúmero de personas, argumentando que ya no tienen habilidades para desempeñarse del mismo modo. Cuando son despedidas, muchas de las personas adultas mayores se enfrentan al dilema de cómo (re)encontrar el sentido de la vida, ya que han vivido con la idea que el sistema les ha dado, la cual sostiene que lo que uno hace o produce es lo único que da sentido a lo que uno es. Al desarrollarse con esa idea y verse abandonados repentinamente por el mismo sistema que les dio esas ideas, se enfrentan a una fuerte sensación de confusión y abandono.

También hay que pensar en aquellos casos en los que las personas realmente disfrutaban su trabajo y quisieran desempeñarlo mucho tiempo; hacerlo les da motivación y pasión

por la vida. En estos casos, es sumamente complicado que se les despida, sin tomar en cuenta su rendimiento, sus deseos y metas, o su bienestar. Al despedirlos, se les cierra el mundo, no saben dónde volver a encontrarse y se enfrentan a sentimientos muy fuertes: el mundo les ha dado la espalda de todos los modos posibles.

La sociedad busca ocupar a la vejez con actividades mal pagadas, sin prestaciones. Resaltando con ello que socialmente los ancianos ya no producen nada valioso, que ya no pueden dedicarse a las mismas actividades que los jóvenes, pero que, a pesar de ello, la sociedad supuestamente es tan buena e incluyente que se ocupa de ellos y les da oportunidades. En este punto, se observa la doble moral que la sociedad sostiene, por un lado, los rechaza y los orilla a actividades mal pagadas, pero todavía se jacta de estarlos incluyendo en la dinámica laboral y económica. Como menciona Ámery:

La sociedad puede ocuparse de él mediante la asistencia social o también mediante la gracia de una ocupación de media jornada que podría perfectamente no realizarse. No es tan tonto como para no saber que solamente se le deja hacer, que no es más que una carga y un comensal inútil. Quizás tendrá asistencia, esto es mejor, por supuesto, que dejarle abandonado a sí mismo y a su minúscula pensión¹⁵².

Con lo anterior, el autor también resalta la hipocresía social que se tiene hacia la vejez. Resalta un punto que suena cruel pero que es una realidad: los adultos mayores se dan cuenta del rechazo al que se ven sometidos, no son tontos, como se quiere creer, sino que saben que el mundo se les cierra y que las labores que se les suelen dar son sobras camufladas de inclusión y de bondad social. Lo anterior tiene que cambiar. No se puede seguir tratando a los ancianos bajo el prejuicio de que son incompetentes en todos los ámbitos de la vida sin siquiera remitirse a sus capacidades reales. Se deben proteger sus derechos y hay que buscar el modo para que puedan vivir una vejez digna. Lejos de dejarlos en el desempleo y en el abandono, hay que adaptar los trabajos a sus condiciones, las cuales son muy diversas, para que, si bien no se les someta a un cansancio inconveniente, tampoco se les ningunee ni se les deje en el abandono, o se asuma cualquier cosa por ellos, sin cuestionar qué quieren y necesitan.

¹⁵² *Idem*

Lo último es muy importante. Es central cuestionarles directamente qué es lo que desean, sin suponer. Solo al escucharlos y responder a sus llamados se les respeta cabalmente. Como se ha mencionado a lo largo de este trabajo, es importante partir de las necesidades peculiares de cada adulto mayor, porque, si bien se puede generalizar en cierto sentido, las personas llegan a la vejez en formas muy diferentes y también desean cosas diferentes. Como Lolás Stepke menciona “la vejez misma, es una apología de doble faz. Aquello que se celebra también puede ser objeto de preocupación. Lo deleitable es a veces negativo. La vejez, como la vida misma, siempre aceptará miradas múltiples y contradictorias”¹⁵³.

Algunos adultos mayores desean descanso, otros desean seguir trabajando. Aunque para los externos resulte obvio qué es lo mejor para ellos, puede que ellos tengan otra idea de bienestar y hay que respetar este hecho. No se deben presuponer sus deseos, cuestionarles es indispensable para que no se les cierren caminos que ellos aún desean seguir, ni se les obligue a seguir en ellos si ellos ya no lo desean.

Sin duda, los gobiernos tienen mucho que hacer en este punto. Sus planes tienen que contemplar esta problemática para favorecer la inclusión económica y digna de los adultos mayores. Además, tienen que promover el cuidado de la salud y del ahorro. También es elemental que se centren en medidas que disminuyan los índices de pobreza de la sociedad en general y, en este caso, del grupo etario de los ancianos, ya que es aún más complicado ganarse la vida en edades muy avanzadas, y es peor en la dinámica actual. Cambiar la visión de los adultos mayores en el ámbito económico es un reto importante para la actualidad, pues, como se mencionó anteriormente, la población de adultos mayores ha ido incrementando e incrementará aún más con el paso de los años. Esto obliga a repensar la relación que se tiene con ellos y a buscar un mundo más justo para ellos y para todos, donde puedan desarrollarse y contribuir a la sociedad en todos sus rubros.

¹⁵³ F. Lolás Stepke, “Prólogo” en *Sobre la vejez*, p. 4

7. Conclusiones

A lo largo del presente trabajo se percibió parte de la enorme dimensión e importancia que el tema de la vejez implica. Con base en lo expuesto, se nota la urgencia de abordar este tema desde la Ética; más que eso, se nota la urgencia de replantear las relaciones con la otredad para favorecer la inclusión y el reconocimiento de los grupos rechazados, como la vejez. Siguiendo a Lévinas, se enfatiza en la responsabilidad que a cada ser humano le compete para cambiar la situación de los adultos mayores. Es prioritario que se tomen medidas a nivel individual y social para que la vejez se asuma de un modo diferente.

Este trabajo es una labor teórica por cuestionar el rechazo al que se halla sometida la vejez. No agota la enorme dimensión que el tema implica; tampoco se sostiene que la teoría basta para cambiar la situación de la vejez. Lo que se busca es abrir espacio para que esta problemática se visibilice, para replantear y cuestionar la labor que a cada persona le corresponde y, para que así, se puedan proponer acciones concretas en torno a las problemáticas que el tema implica, el cual, hoy más que nunca, exige un análisis ético y, más que eso, exige la responsabilidad desinteresada y humanizante de la que Lévinas habla.

A través de la discusión que se mantuvo, quedaron algunas problemáticas y retos abiertos, los cuales también demandan un profundo análisis y dejan el espacio abierto para futuras investigaciones.

Por un lado, es importante indagar en las experiencias que las personas ya de por sí vulneradas dentro de la dinámica social tienen al llegar a la vejez. Este es el caso de las mujeres. Indagar cómo experimenta la mujer la vejez es crucial porque se halla sometida a un doble rechazo. De por sí es vista como lo Otro, en los términos de De Beauvoir, pero al llegar a anciana esto se acentúa más y adquiere características particulares. Lo peor es que esto no se da únicamente en este caso, sino que son muchos los grupos que se enfrentan a un doble rechazo en la vejez, como los homosexuales, las sexoservidoras, algunos miembros de ciertos grupos indígenas, etc. Indagar en su situación es importante para visibilizarla y cambiarla.

También es importante profundizar en el papel que el capitalismo tiene en la concepción actual que se tiene de la vejez. Inicialmente, hay que dejar de concebir al ser humano con base en lo que produce, así se podrá cambiar la imagen que se tiene de la vejez, la cual la posiciona como una etapa meramente improductiva. En lugar de eso, hay que buscar proponer nuevas formas de inclusión de la vejez en la dinámica económica y promover las formas de autocuidado y de envejecimiento exitoso que propicien que los adultos mayores puedan mantener su independencia. Para lograr la verdadera inclusión económica de los adultos mayores hay que trabajar en la sociedad en general, para que les abra espacios de acuerdo con sus necesidades y posibilidades, y también hay que trabajar en los propios ancianos, como grupo etario, para que prioricen realizar acciones encaminadas a mantener una buena calidad de vida e independencia durante toda su vida.

Otro punto es el del cuerpo envejecido. El cuerpo es un tema que se presta para profundas discusiones filosóficas. Es crucial buscar reivindicar el papel del cuerpo dentro de la complejidad que el ser humano implica, únicamente así se podrá tener un mejor reconocimiento de la corporalidad a cualquier edad, incluyendo a la vejez. Cuestionar la representación que se tiene del cuerpo envejecido y proponer nuevas formas de relación con él es algo elemental para dar pie a una nueva ética de la vejez. Es importante concientizar a las personas sobre los cambios que naturalmente se dan en el cuerpo, para que estos se puedan asumir mejor en el presente y en el futuro. Asimismo, es importante abordar problemáticas derivadas del mal reconocimiento del cuerpo, como el tema de la sexualidad en la vejez. Hay que reivindicar el papel que la sexualidad, el placer y el amor tienen en los adultos mayores, quienes siguen siendo seres humanos con las mismas aspiraciones y deseos que las demás personas. Estas cuestiones, tan naturales, no deben ser mal vistas en esta etapa de la vida.

Por último, el tema de la vejez como otredad queda abierto para muchas interpretaciones, no solo desde la perspectiva de Lévinas y de De Beauvoir, sino desde las perspectivas de muchos otros filósofos. Debido a que las relaciones con los otros siempre han sido algo problemático, han sido muchos los autores que han abordado el tema de la otredad. Abordar el tema desde sus posturas puede enriquecer mucho la

discusión sobre la vejez, porque ampliaría el entendimiento de lo que subyace en las relaciones intersubjetivas y de lo que ha propiciado la lamentable situación de muchos grupos sociales como los adultos mayores.

El aislamiento, el rechazo y la segregación no se dan únicamente en los casos necesarios, donde el Otro representa un peligro real, sino que se dan en la relación con cualquier sujeto que resulte incómodo, ya sea por su diferencia o por algún rasgo en particular. A lo largo de la historia nunca han dejado de existir ciertas formas de exclusión y de rechazo que mantienen en la base un antagonismo entre lo Mismo y lo Otro. Si bien estos mecanismos han ido cambiando su objeto de exclusión a lo largo del tiempo, se mantiene una constante: traen de fondo una serie de representaciones que afectan directamente la percepción que se tiene de los Otros y, por tanto, su modo de vida, sus derechos y sus oportunidades.

Lo anterior obliga a cuestionar y repensar cuáles son los parámetros que se usan en la actualidad para posicionar a un grupo social como la otredad. También hay que cuestionar porqué es tan difícil convivir con lo diferente. Las argumentaciones de De Beauvoir y Lévinas invitan a repensar las relaciones que se tienen con lo Otro, sin embargo, no son las únicas. Otro ejemplo son las argumentaciones de Michel Foucault, en cuanto a las relaciones de poder que se dan entre la Mismidad y la Otredad, o las de René Girard, quien habla del fenómeno del chivo expiatorio. Sin duda, hay muchos autores que pueden ser tomados como ejes para evidenciar la difícil situación de la vejez y de otros grupos posicionados como otredad. Estas posturas, en las que es importante profundizar con la atención necesaria, quedan abiertas para futuras investigaciones. La Ética tiene mucho que decir al respecto, ya que aceptar la diferencia y respetar a la otredad es esencial. Es un paso importante para que se abra espacio para una mejor convivencia y comunión, y para un mayor progreso humano y moral.

Referencias

Ámery, Jean, *Revolta y resignación. Acerca del envejecer*. Trad. de Marisa Siguan y Eduardo Aznar. Valencia, Pre-textos, 2001. 144 pp.

Aristóteles, *Retórica*. Trad. de Quintín Racionero. Madrid, Gredos, 1999. 624 pp.

Beauvoir, Simone, *El segundo sexo: los hechos y los mitos*. t.1. Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1968. 162 pp.

Beauvoir, Simone, *La Vejez*. Trad. de Aurora Bernárdez. México, Contemporánea, 2015. 710 pp.

Belasteguigoitia, Marisa, “El otro”, en *Freie Universität Berlin*, [en línea] <https://www.lai.fu-berlin.de/es/e-learning/projekte/frauen_konzepte/projektseiten/konzeptebereich/be_otro_otredad/contexto/index.html> [Consulta: 27 de octubre, 2020]

Belasteguigoitia, Marisa, “Representación”, en *Freie Universität Berlin*, [en línea] <https://www.lai.fu-berlin.de/es/e-learning/projekte/frauen_konzepte/projektseiten/konzeptebereich/be_representacion/contexto/index.html> [Consulta: 6 de noviembre, 2020]

Cicerón, Marco Tulio, *Sobre la vejez*. Trad. de Rosario Delicado. Madrid, Editorial Talvez, 2005. 35 pp. (Clásicos: sobre la amistad).

Descartes, René, *Meditaciones metafísicas*. [en línea] <<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/4/1566/4.pdf>>

Fernández Nadal, Estela, “La cuestión de la alteridad en el segundo sexo”, en *Teseopress*, [en línea] <<https://www.teseopress.com/recorridos/chapter/27/>> [Consulta: 21 de enero, 2021]

Flores Farfán, Leticia, “La vejez y sus metáforas”, en Villegas, Talavera, Monroy y de Mora, coord., *Figuras del discurso II: temas contemporáneos de política y exclusión*. Ciudad de México, Bonilla Artigas Editores, 2017, pp. 261-275

Hegel, Georg Wilhelm, "Independencia y sujeción de la autoconciencia; señorío y servidumbre", en *La fenomenología del espíritu*. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1966. pp. 113-121

Hipócrates, *Aforismos y sentencias*. Trad. de Manuel Casal. Madrid, Fondo Emeterio Valverde y Téllez, 1818. 231 pp.

Jiménez Alfaro, Marco, "El envejecimiento y la muerte: un enfoque filosófico", en *Phainomenon: Revista del Departamento de Filosofía y Teología*, núm. 1, vol. 14. 2015. pp. 85-94

Kant, Immanuel, *Qué es la ilustración. Idea para una historia universal en clave cosmopolita*. Trad. de Roberto R. Aramayo. Madrid, Alianza, 2013. pp. 99-126

Lévinas, Emmanuel, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Trad. de Antonio Pintor. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2003. 269 pp.

Lévinas, Emmanuel, *Entre nosotros: ensayos para pensar en otro*. Trad. de José L. Pardo. París, Pre-textos, 2001. 287 pp.

Lévinas, Emmanuel, *Ética e infinito*. Trad. de Jesús M. Ayuso. Madrid, Machado Libros, 2008. 103 pp.

Lolas Stepke, Fernando, "Las dimensiones bioéticas de la vejez", en *Acta Bioethica*, núm. 1, vol. 7. 2001. pp. 57-70

Lolas Stepke, Fernando, "Prólogo", en Cicerón, Marco Tulio, *De senectute*. Madrid, Triacastela, 2001. 2-4 pp.

López Pulido, Alfonso, "La vejez como enfermedad: un tópico acuñado en la Antigüedad clásica", en *Gerokomos*, núm. 4, vol. 29. Barcelona, 2018, diciembre, pp. 156-159

Nussbaum, Martha y Saul Levmore, *Envejecer con sentido, conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares*. Trad. de Antonio Francisco Rodríguez Esteban. Barcelona, Paidós, 2017. 352 pp.

Organización Mundial de la Salud (OMS), *Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud*, 267 pp.

Platón, *Diálogos. Fedón*, t.1. Trad. y notas de Carlos García Gual. Madrid, Gredos, 2010. pp. 609-691

Platón, *Diálogos. República*, t. 2. Trad. y notas de Conrado Eggers Lan. Madrid, Gredos, 2011. pp. 11-420

Rabinovich, Silvana. *Heteronomía*. [en línea]

<<https://www.iifl.unam.mx/uploads/justiciadelotro/pdfs/rPdf05.pdf>> [Consulta: 9 de agosto, 2021]

Schopenhauer, Arthur. *El arte de sobrevivir. De la diferencia entre las distintas edades de la vida*. Trad. de José Antonio Molina Gómez. Barcelona, Herder, 2013. pp. 37-50

Villarroel, Gladys, "Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad", en *Fermentum. Revista venezolana de Sociología y Antropología*, núm. 49, vol. 17. Venezuela, mayo-agosto, 2017, pp. 434-454

<<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/envejecimiento-y-salud>> [Consulta: 20 de octubre, 2020]

<<https://www.gob.mx/inapam/es/articulos/la-importancia-de-la-gerontologia-y-el-papel-de-las-y-los-gerontologos?idiom=es>> [Consulta: 22 de diciembre, 2020]

<<https://www.gob.mx/inapam/es/articulos/envejecimiento-y-vejez?idiom=es#:~:text=Este%20proceso%20se%20encuentra%20influenciado,y%20forma%20parte%20del%20envejecimiento>> [Consulta: 20 octubre, 2020]

<<https://dle.rae.es/resignaci%C3%B3n>> [Consulta: 20 octubre, 2020]

<<https://www.un.org/es/sections/issues-depth/ageing/index.html#:~:text=En%202018%2C%20por%20primera%20vez,a%20426%20millones%20en%202050>> [Consulta: 18 de noviembre, 2020]

<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/edad2019_Nal.pdf> [Consulta: 19 de noviembre, 2020]

<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/EstSociodemo/ResuItCenso2020_Nal.pdf> [Consulta: 11 de mayo, 2021]

<<https://dle.rae.es/representar>> [Consulta: 03 de marzo, 2021]

<<https://dle.rae.es/rechazar>> [Consulta: 02 de marzo, 2021]

<<https://www.who.int/topics/violence/es/>> [Consulta: 04 de marzo, 2021]